



VIDA

del V. Siervo de Dios

ANTONIO ALONSO BERMEJO

NATURAL DE LA NAVA DEL REY,

traducida del italiano

POR

D. LEON CARBONERO Y SOL,

Director de «La Cruz.»

SEVILLA:— 1863.

IMPRESA DE D. A. IZQUIERDO,

Francos, 45.

OBRAS PUBLICADAS
POR DON LEON CARBONERO Y SOL.

LA CRUZ.

Revista religiosa de España y de los demas países católicos.

Esta publicacion tan recomendada por los Sres. Prelados españoles y por la prensa tanto nacional como estrangera, se publica en Sevilla todos los dias 49 de cada mes, en un cuaderno de cerca de 436 páginas, con cubierta de color.

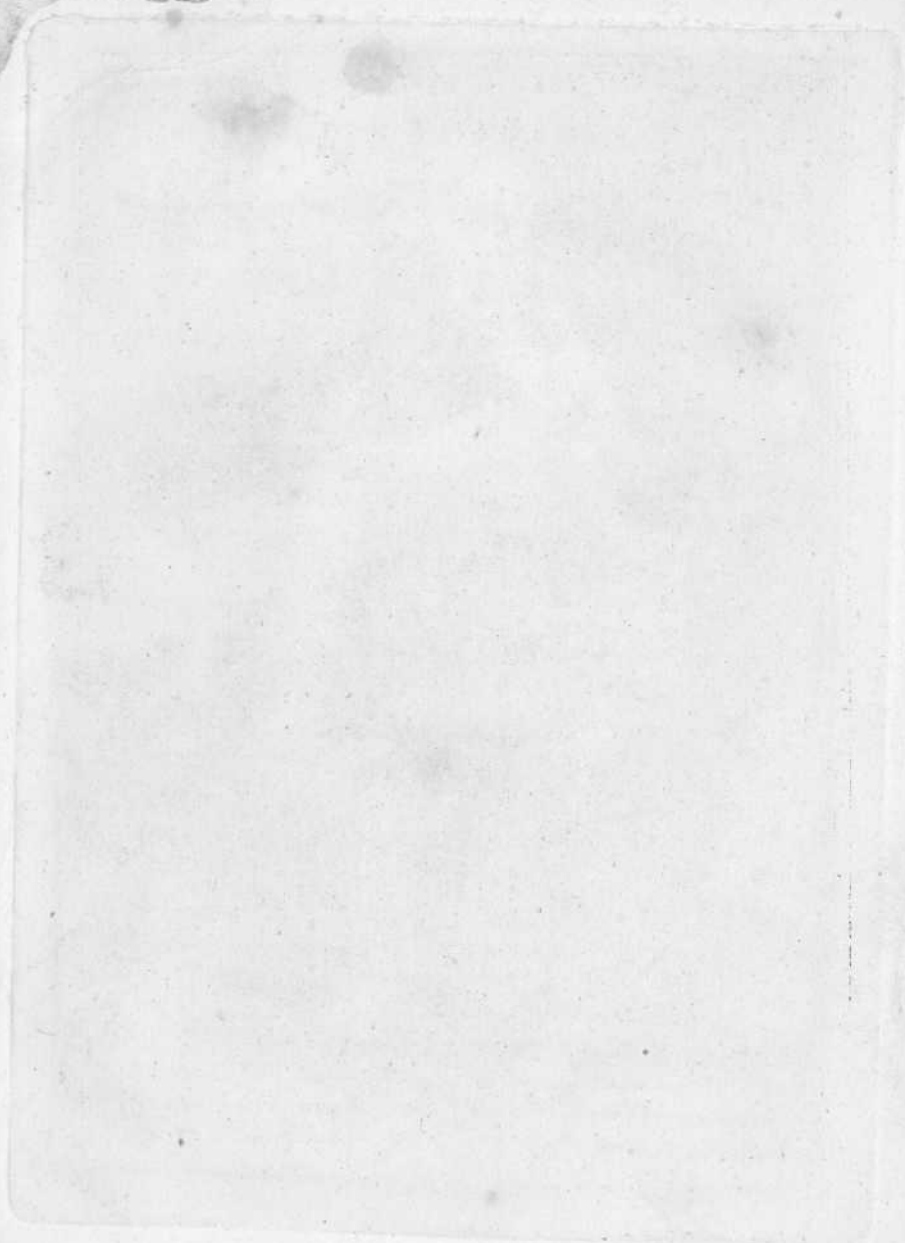
Punto central de suscripcion en Sevilla, al señor director de la CRUZ, calle Zaragoza, núm. 53.

El precio mensual de cada número, franco de porte, haciendo la suscripcion directamente al mismo director, es 4 y medio rs., y 10 rs. en el estrangero y Ultramar

VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. SEBASTIAN DE JESUS SILLERO, religioso lego de la casa grande de S. Francisco de Sevilla, con el extracto de los procesos para su próxima beatificacion.

Esta obra consta de un tomo en 4.º y se vende en Sevilla á 6 rs. en rústica y 8 en tela. Fuera y franco 8 rs. en rústica 10 tela.

LA GUIRNALDA DE LA INOCENCIA.— Esta obra ha sido recomendada por Real Orden, por muchos Sres. Prelados por varias comisiones de instruccion pública y por la prensa y ha sido traducida á uno de los dialectos de Asia. Su precio 3 reales rústica, 4 holandesa, 6 tela con plancha dorada, Fuera y franco 3 y medio, 4 y medio y 8 respectivamente.





*Ven. Hermano Antonio Alonso Bermejo, Fundador y Enfermero perpetuo del Hospital de S. Miguel de la Nava del Rey.
Falleció á la edad de 80. años el 14. de Noviembre de 1758.*

VIDA

del V. Siervo de Dios

ANTONIO ALONSO BERMEJO,

FUNDADOR DEL HOSPITAL DE S. MIGUEL

EN LA VILLA

DE LA NAVA DEL REY;

ESCRITA EN ITALIANO É IMPRESA EN ROMA

CON APROBACION DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS,

PARA PRESENTARLA Á NUESTRO SANTISIMO PADRE

EL PAPA PIO IX,

Y REPARTIRLA ENTRE LOS EMMOS. CARDENALES

QUE ENTIENDEN EN LA CAUSA DE BEATIFICACION Y CANONIZACION
DEL VENERABLE.

Traducida del italiano al castellano

POR D. LEON CARBONERO Y SOL,

Director de «La Cruz.»

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

SEVILLA. — 1864.

IMP. DE D. A. IZQUIERDO,

Francos, 45.

VIDA

del V. Sacerdote de Dios

ANTONIO ALONSO BERNARDO

FUNDADOR DEL HOSPITAL DE S. MIGUEL

EN LA VILA

DE LA NAU DEL REY

SEGUNDA EDICION CON CORRECCIONES

La presente obra es propiedad de la villa de la Nau del Rey, y la comision encargada de la prosecucion de la causa de beatificacion y canonizacion, hará valer sus derechos contra el que la reimprima sin su permiso.



R.P. 490

AL CLERO,

Ayuntamiento y Vecinos de la Nava del Rey.

A los varones insignes, que enriquecidos con la piedad de los antiguos hijos de Castilla, honran la memoria de un hombre venerable, que con sus virtudes les edificó.

A los ilustres patricios que admirando la vida ejemplar de un conciudadano suyo, ofrecen al mundo el ejemplo de sus esfuerzos por imitar los grandes modelos del catolicismo;

A las autoridades eclesiásticas y civiles de la Nava del Rey, que para dirigir á sus súbditos por los caminos de la rectitud y de la justicia, —segun Dios,—tejen coronas de premios celestiales, para que sean estímulo de la prácticas de la verdadera religion ;

A los Ministros del Señor, que abrasándose en caridad y celo por la salvacion de las almas, buscan en el oráculo infalible del Vicario de Jesucristo la declaracion de Santidad de un hijo del pueblo, para que en él contemplen todos los prodigios de la oracion y la gloria que Dios reserva á los que se someten á la direccion espiritual del Sacerdocio Católico;

Al Ayuntamiento y pueblo de la Nava del Rey, que herederos del catolicismo y fervor religioso de sus padres, fomentan, promueven y costean la autorizacion para levantar altares á un hijo del pueblo;

A la comision para promover la causa de beatificacion y canonizacion del Venerable Siervo de Dios, Antonio Alonso Bermejo; que con actividad y celo, con abnegacion y entusiasmo se consagra á una de las mas delicadas y dificiles empresas, la declaracion de Santidad;

A cuantos renovaron sus homenajes de admiracion á la virtud de tan esclarecido castellano;

A cuantos con liberalidad contribuyeron con ofrendas para obtener los triunfos y premios debidos á la virtud;

Al inmortal Pio IX que viva voz de Dios en la tierra inundó de alegría á los hijos de Castilla, haciendo en favor de sus compatriotas una declaracion que presagia la proximidad del dia en que nos prosternemos ante sus altares;

CONSAGRA, DEDICA Y OFRECE ESTA TRADUCCION DE LA VIDA DEL
VENERABLE SIERVO DE DIOS ANTONIO ALONSO BERMEJO.

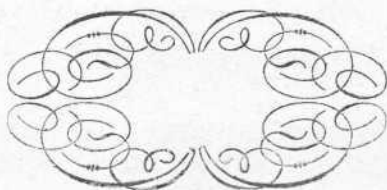
LEON CARBONERO Y SOL.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Es tan hermosa la virtud, y son tales sus atractivos, que —como ha dicho con razon un sábio de la antigüedad,—impulsa á que la amen, aun aquellos que no esperan obtener de ella ventaja alguna.» Esta belleza de la virtud es comunemente brillante y suprema, en todos aquellos que la cultivan en grado heróico; y así sucede, que la historia de los que llegaron á tal heroismo, está siempre llena de interés para el que no ha perdido el sentimiento de lo bello. Esta reflexion seria suficiente, para que la vida del Venerable Siervo de Dios Antonio Alonso Bermejo, que ofrecemos al público, se recomendara por sí misma al benévolo lector. Despues del decreto pronunciado por el Vicario de Jesucristo sobre el he-

roismo de las virtudes del Venerable Antonio, la sencilla exposicion de los hechos, es un argumento de bastante importancia, y muy digno de la meditacion del que piensa con rectitud, á lo cual se agrega la especialidad, y aun puede decirse, la singularidad del tipo que se nos presenta. Y no se crea que el varon insigne, cuya vida vamos á escribir, perteneci6 á la sagrada milicia, 6 es un religioso que vivi6 en el claustro, 6 un hombre esclarecido en ciencias, 6 insigne por las luchas sostenidas contra los enemigos del nombre cristiano; el Venerable Antonio Bermejo fu6 un sencillo y modesto seglar, que naci6, muri6 y vivi6 en una villa pacifica de Espa~a. Una inteligencia dotada de mediana cultura, un pingüe patrimonio y suficiente vigor corporal fueron las dotes que el Se~or le concedi6 para llegar al encumbrado grado de virtud á que lleg6. Cual fu6 el uso que hizo de estos medios para practicar y manifestar de un modo verdaderamente estupendo, una ardiente caridad hácia Dios y hácia el prójimo, va á ser el objeto de la presente historia. Si en estos rasgos y caracteres de la vida de Antonio hubiese algo de comun con los de otros muchos héroes celebrados por la Iglesia, no por eso perderia nada de su valor el argumento que nos ocupa, á la manera que un inteligente aficionado á perlas y otros objetos preciosos, no dejaria de admirar uno nuevo, que se le presentara, aun cuando en algunas de sus cualidades fuese semejante á otros de gran valor que ya hubiera admirado. Por lo demas, nosotros protestamos que todo cuanto vamos á referir en el presente libro no debe tomarse en otro sentido, que en el que suelen tomarse las cosas que se apoyan solo en la autoridad puramente huma-

na, y no en la divina de la Iglesia C. A. R., ó de la Santa Sede Apostólica, con arreglo á la forma establecida en los decretos de Urbano VIII.



VIDA

del Venerable Siervo de Dios Antonio Alonso Bermejo.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Nacimiento é infancia del venerable Siervo de Dios.

1. La Católica España, nacion insigne por el gran número de sus héroes en las virtudes cristianas, fué pátria del Venerable Siervo de Dios Antonio Alonso Bermejo. Nació en la villa de la Nava del Rey, pueblo de la Abadía de Medina del Campo, diócesis de Valladolid, el dia 17 de Enero de 1678, (1) y fueron sus padres Andres Alonso é Isabel Bermejo, honrados labradores de aquella comarca, que se sostenian cómo-

(1) Proceso Apost. Valladolid, fol. 682.

da y holgadamente con el cultivo y cosecha de sus campos. Aunque podian vanagloriarse de la pureza de su sangre y excelencia de sus costumbres, su mayor gloria la fundaban en ser católicos sinceros, en vivir constantemente fieles á la religion en que criaron y educaron á sus hijos, porque además de Antonio, tuvieron otro llamado Andrés del que deberemos hacer en otro lugar una mención honorífica.

2. Nuestro Antonio fué regenerado en la sagrada fuente bautismal el día 29 del mismo mes de Enero en la Iglesia de S. Juan, parroquial de dicha villa, donde segun costumbre del país, el bautizante y su padrino Nicolas Alonso le dieron por abogado especial á S. Francisco de Sales. Parece que este santo tan ilustre por los ejemplos de Santidad que legó á los que viven en el siglo, tuvo un cuidado especial de su protegido para acreditar en él, como tambien, aun en medio del mundo, puede llegarse al heroismo de las virtudes cristianas. En efecto, desde sus primeros años, dió el niño Antonio muestras y esperanzas de lo que habia de ser, porque desde entónces empezó á ser guardador esmerado y solícito de la estola de la inocencia, que recibió en el bautismo, y que conservó sin manchilla hasta su ancianidad. Todo el que lo conoció admiró en él la suma modestia de todas sus acciones. (1)

3. Sus piadosos padres se encargaron de instruirle desde la infancia en los rudimentos de la doctrina

(1) Proceso Apostol. Valladolid fol. 4045

de Cristo, de cuya enseñanza sacó no escaso provecho, como lo acreditó en sus obras. Entre todas las virtudes que el Divino Maestro practicó desde sus primeros años, quiso que una fuese la especialmente señalada para que la imitasen todos los que profesan su divina doctrina. Esta virtud es la de la obediencia; virtud en que Antonio se distinguió en alto grado, según testimonio de cuantos deponen sobre ella (1). A la completa obediencia que profesaba á sus padres agregaba la reverencia y amor sumo, cumpliendo así, desde su infancia, con el primero de los preceptos divinos que pertenecen al amor del prójimo. Apenas adquirió de sus padres terrenales el conocimiento del Padre celestial, levantó á El su alma, como lo acreditó el haberse dedicado desde niño á frecuentes ejercicios de piedad y devoción (2). En esta fuente fué donde bebió la inclinación, presteza y solícitud con que desde edad tan tierna se consagró á todo lo bueno, y por lo que fué tan generalmente admirado de todos (3) así como aquel disgusto con que todas las almas grandes suelen mirar los placeres y pasatiempos mundanales. En efecto; nuestro Antonio huía de toda clase de juegos, principalmente de los bulliciosos, y de aquellos pasatiempos á que son tan aficionados los niños. Amante de la soledad y del silen-

(1) Proceso Apostol. Valladolid fol. 4043 vuelto fol. 4010 etc.

(2) Proceso Apost. 466 vuelto.

(3) Proceso Apóst. fol. 2484 vuelto.

cio revelaba ademas una prudencia rarísima en la edad pueril. (1)

4. Estos gérmenes de virtud debieron acrecentarse y fructificar mucho mas cuando la gracia del Espíritu Santificante se difundió en él, por medio del sacramento de la penitencia, que recibió á la edad de ocho años, el día 9 de Mayo de 1686, de manos del Obispo de Valladolid el Ilmo. Sr. D. Diego de la Cueva y Aldana en la misma iglesia de S. Juan en que había recibido el bautismo. (2) En proporcion que crecía en años, crecía el ardor de su amor á Dios, mostrándose tambien cada dia mas severo consigo mismo, y mas benigno y piadoso con los demás, siendo mayor su fervor en los ejercicios de piedad y devocion, como lo afirman testigos autorizados. (3) Desde muy temprana edad aprendió á consagrarse á la oracion mental, á la cual unía el ejercicio de la vocal, principalmente el rezo del santo rosario, la asistencia diaria al santo sacrificio de la misa, la visita á las iglesias, su solicitud en oír pláticas y sermones, (4) y en todo revelaba su admirable modestia y compostura. Luego que empezó á acercarse al tribunal de la penitencia, y mucho mas cuando fué ya digno de participar de la mesa Eucarística, se dedico á la frecuencia de estos santos sacramentos con tal asiduidad y tales signos de de-

(1) Proceso Apostol. fol. 4048, 1411, 4832, 2041, etc.

(2) Proceso Apostol. Fé de Crisma exhibida á la Sagrada Congregacion de Ritos.

(3) Proceso Apostol. fol. 4667 2041. etc.

(4) Proceso Apost. fol. 4667, 4911, 2041, 2182, 2497.

vocion que escitaba la admiración y edificacion de todos. (1)

5. Fortalecido con estos auxilios poderosos de la religion no descuidaba la vigilancia de si mismo; porque guardaba cautamente sus sentidos y huia de las malas compañías y de toda diversion peligrosa; (2) empezando a considerar su cuerpo como enemigo, y afligiendo su inocente carne con ayunos y disciplinas. (3) Por último, desde su infancia empezó á poner en práctica los medios mas oportunos y seguros para conseguir su último fin. (4) Empero en tanto que era tan rigido consigo mismo, era todo amor y compasion para con su prójimo: y maravilloso era ver aquel niño privarse con gusto de una parte del alimento que sus padres le daban, y llevarlo á las casas de los pobres, á los cuales alimentaba con aquella parte de que el se privaba. (5) Todos estos hechos eran preludios de lo que debia hacer un dia en beneficio de sus hermanos, los pobres.

(1) Proceso Apost. fol. 2497, 4914, 2482 etc.

(2) Proceso Apost. fol. 2497.

(3) Proceso Apost. fol. 4914, y 4444.

(4) Proceso Apost. fol. 4832, 4444.

(5) Proceso Apost. fol. 4599, 4830 3776.

CAPITULO II.

Adolescencia del Venerable Siervo de Dios hasta el fallecimiento de sus padres.

6. Entre las grandes enseñanzas del sabio hay una que dice, que así como el ave nace para el vuelo el hombre nace para el trabajo; verdad que si no estuviera tan olvidada influiría poderosamente en la mayor felicidad social. No lo olvidaron los padres de Antonio, que aunque bastante acomodados, se sometieron al precepto intimado por el mismo Dios al primer hombre y á toda su descendencia, (1) queriendo además que hicieran sus hijos lo mismo que ellos hacían. En efecto; apenas lo permitieron la edad y las fuerzas de Antonio, le dedicaron sus padres al ejercicio de la agricultura, ejercicio á que se consagró con sumo gusto, apesar de las fatigas que consigo trae; ejercicio que desempeñó con la mayor exactitud, mostrando que el principal carácter de la virtud es el exacto cumplimiento de los deberes propios. (2)

7. De este modo encontraba su virtud medios para fortalecerse en aquel estado y para fortalecer también las fuerzas del cuerpo, dedicandose, como leemos en el proceso, á las faenas mas penosas, que sufría

(1) Genesis III, 49.

(2) Proceso Apost. fol. 4667, 1942, 2044, 2423, etc.

con resignacion y alegria (1) y como si esto no fuese bastante, continuaba afligiendo á su cuerpo con ayunos, cilicios, disciplinas y otras mortificaciones (2). Aunque tan ocupado en el cultivo de los campos sabia sin embargo encontrar tiempo que consagrar á Dios y á las prácticas religiosas, continuando en la oracion tanto mental, como vocal, frecuentando los sacramentos, y asistiendo á misa, á sermones, y á las funciones religiosas del mismo modo que lo hacia antes.

8. Tal era la vida luadable y virtuosa que traia Antonio cuando plugo al Señor llamarlo á mayor perfeccion, infundiendo en su alma una luz nueva y extraordinaria con ardientes estímulos de caridad en que sintió anegado su corazon. En el año de 1695, cuando Antonio habia cumplido ya los 47 años de edad, estando orando en la tarde del Jueves Santo ante el Santísimo Sacramento expuesto en la iglesia, recibió en su alma una ilustracion singular, con tan claro conocimiento de la Encarnacion del Verbo y de la Redencion, que no puede esplicarse con palabras. Léese en los procesos que en virtud de esta luz celestial, el venerable siervo de Dios comprendió en alto grado cuanto habia padecido Jesucristo por la redencion de los hombres, y cuan excesivo fué su amor en la institucion del Santísimo Sacramento. (3) Antonio, por la Divina influencia que este esplendor egerció en su alma, sintió aumentarse al

(1) Proceso ordinario fol. 505.

(2) Proceso Apost. ord. fol. 585, 639.

(3) Proceso Apost. 2498.

mismo tiempo en su pecho la llama de la caridad; y por consiguiente, concibió horror sumo á todo lo mundanal, y el deseo vehemente de imitar á Jesucristo, de participar de sus trabajos y dolores, y de corresponder á su inmenso amor, del mejor modo que pudiera. Desde esta época adoptó un método de vida mas ejemplar, mas pobre, mas devota, retirada, penitente y austera, formando resolucion de renunciar á todas las cosas temporales, y de aspirar solamente á las eternas. (1)

9. Todo este arcano hubiera permanecido oculto si el mismo siervo de Dios no lo hubiera revelado en seguida á su confesor D. Francisco Nuño. Por declaracion de este sabemos tambien que, Antonio puso desde entonces en práctica la resolucion que habia formado de consagrarse á una vida mas ejemplar y penitente, procurando abandonar y retirarse de todos los asuntos mundanos, dedicarse á la oracion mental y vocal en que consumia la mayor parte del dia, y pareciendole no corresponder á los beneficios con que Su Divina Magestad le favorecia, si dejaba de tributarle divinas alabanzas, abandonaba el lecho y el sueño para buscar á Dios, levantándose á media noche y orando por espacio de una hora. Del egercicio y costumbre de orar se siguió la mortificacion que impuso á su cuerpo, sujetándolo con rigurosos cilicios, con ayunos continuos, y otras mortificaciones y penitencias con que lo

(1) Proceso Apost. fol. 4558, 2498.

redujo á una perfecta y rigurosa servidumbre, teniendo siempre sometidas las pasiones á la razon. No contento con esto, de tal modo castigó su cuerpo, que bien puede decirse fué todo él una sola llaga (1).

10. Como siempre se aumentaba mas y mas en el venerable Antonio el deseo de imitar á Jesucristo, concibió una idea que solo puede sugerir la caridad mas ardiente; y fué la de abrir cinco llagas en su cuerpo, hiriendose con un clavo las manos, los pies y el costado, y volviendose á herir nuevamente cuando veia que se iban cerrando. Grande fué la cautela de que se valió para que nadie se apercibiese de ello; y así pasaron muchos años, sin embargo de que era tanta la sangre que de tiempo en tiempo fluia de sus llagas que quedaba sin fuerzas, sin que por eso dejase de atender á las faenas de la agricultura, trabajando como si nada tubiese, y como si fuera el jóven mas robusto. (2). Estos fervores de caridad no acallaban en el jóven Antonio las voces de la prudencia; y así como consideraba el primer precepto de esta, no atenerse á su propio juicio, sino á la obediencia, que profesaba ciega é ilimitadamente á sus directores espirituales, así luego que pasados algunos años, recibió de su confesor la orden de cerrar sus llagas, dejó en efecto que se cerraran, pero permaneciendo siempre en su cuerpo las cicatrices, como se reconoció al darle sepultura (3).

(1) Proc. Apost. fol. 682.

(2) Proc. ord. 683.

(3) Proc. Apost. fol. 2183.

11. Al año siguiente del suceso de la revelacion maravillosa y de la vocacion de Antonio á vida perfecta tubo que sufrir una pérdida muy sensible para su corazon. Tal fué el fallecimiento de su padre Andres Alonso, por cuya circunstancia permaneció bajo la obediencia de su madre y de su abuelo materno Marcos Bermejo. Aunque adulto ya, continuó profesando á su madre y abuelo el mismo respeto y la misma obediencia que les profesó desde niño. Pero así como era cada día mayor su deseo de ser mas y mas perfecto, así tambien pensaba sin cesar en el modo de traer una vida de religioso, aunque permaneciendo en el siglo. Muy á propósito para el logro de sus fines, le pareció la órden tercera de penitencia instituida por el Serafico P. S. Francisco, en la cual son admitidos tambien todos aquellos que viven en el siglo, y fuera del claustro. Antonio, que aun no habia cumplido el cuarto lustro de su edad, solicitó y obtuvo su admision en dicha órden tercera. Previas las diligencias acostumbradas, y el proceso sobre su vida y costumbres, vistió el habito de tercero, y profesó en el convento de Medina del Campo. Lleno de júbilo con aquel hábito humilde, lo llevaba con suma devocion: imitando fielmente al pobre de Asis, cumplia escrupulosamente todas las reglas de la órden tercera, y con la mas esacta diligencia procuraba intervenir en todos los ejercicios propios de aquella santa institucion, con admiracion egemplar de todos sus hermanos (1).

(1) Proc. ord. fol. 707. Proc. Apost. 1143, 1423, 2714. etc.

12. Este paso hácia la vida religiosa, no podia satisfacer al Siervo de Dios, cada vez mas deseoso de sacrificarse en aras del amor divino y del prójimo; y por lo mismo determinó entrar en la órden de S. Juan de Dios, donde creia poder hallar desahogo á este doble amor en que estaba tan abrasado. Así lo prometió á Dios, y por los años de 1700, segun se deduce de los procesos, vistió el habito de dicha órden. Dios lo habia dispuesto de otra manera: así es, que trascurridos los seis meses de noviciado, viendo el Provincial el defecto de vista de que adelecia Antonio, lo despidió considerandole inhabil, con suma pena y afliccion de su espiritu, porque se veia rechazado como siervo inutil. (1). Sin embargo, no le habia rechazado Dios, que se valió admirablemente de este suceso, para que Antonio, lleno del espiritu de S. Juan de Dios, aprendiese entre sus hijos el modo de asistir y curar á los enfermos en el alma y en el cuerpo, á fin de que llegando á ser un dia fundador de un vasto Hospital, donde habia de dedicarse á la asistencia de los enfermos, llevase esculpido en el alma un egepliar y un modelo digno de imitacion. Aquellos seis meses fueron tan provechosos para el fin á que el Altisimo dirigia á su siervo, como el tiempo que Moyses invirtió en el monte, contemplando el tipo del tabernaculo del Señor que debia egecutar con arreglo á la forma que se le mostraba. (2) Restituido á la casa paterna el venerable siervo de Dios, se encontró con que

(1) Proc. ord. fol. 640.

(2) Exodo XXV, 40: Act. Ap. VII, 44,

su madre había fallecido y se dedicó de nuevo al cultivo del campo, bajo la dirección de su abuelo Marcos Bermejo. (1)

CAPITULO III.

Desde la muerte de los padres del Siervo de Dios hasta la fundacion del Hospital de S. Miguel.

13 Por los años de 1693, falleció también el abuelo del Venerable Siervo de Dios Antonio, que contaba á la sazón 25 años de edad. Justo apreciador de la vanidad del mundo, se encontró mas bien embarazado que satisfecho, considerandose en la flor de sus mejores años libre y sin dependencia alguna y dueño de un gran patrimonio, porque con la muerte de su abuelo unió á los bienes paternos los de la linea materna. Cierta es que tenía á su hermano Andres, con quien dividia los cuidados de la administracion de sus respectivos patrimonios, y las ocupaciones propias de la agricultura; pero nuestro Antonio se sentia llamado á cosas mas grandes, y no comprendia ni sabia con precision que era lo que Dios queria de él. Sin duda con el fin de impetrar y alcanzar luces que lo sacaran de esta perplejidad, concibió el designio de emprender una peregrinacion á Roma y á Loreto donde se conservan tantas memorias y monumentos sagrados de los misterios de la

(1) Proc. Apost. fol. 2912 Proc. ord. fol. 640.

Encarnacion y Redencion, así como de los Santos Apóstoles y de los primeros héroes del cristianismo (1).

14. No fué en verdad ni la curiosidad ni otro proposito humano, lo que le movió á ello, sino el espíritu de fé viva y de acendrada piedad. Luego que obtuvo la licencia de su confesor y de su hermano, á quien encomendó el cuidado de sus bienes, pobre y sin provisiones acometió su largo y penoso viage (2) en el cual experimentó muchas veces la singular proteccion del Señor. En efecto, se sabe que habiendose caido en una ocasion de una gran altura, quedó tan estropeado que no podia andar, pero esforzandose todo lo que podia para seguir su camino, se sintió libre de toda incomodidad sin haber empleado remedio alguno. En otra ocasion fué acometido por la fiebre, y no encontrando modo de curarse, se encomendó á Dios y quedó sano. Sufrió en el mar una borrasca peligrosa, pero permaneciendo impávido entre los gritos de los pasajeros y absorto en la oracion, no solo salió salvo, sino que pasó entre las delicias de un raptó celestial aquel tiempo que fué para sus compañeros de espanto y de angustia.

15. Luego que llegó á Roma visitó con sumo recogimiento las iglesias y santuarios de la capital del mundo cristiano, recreandose con estar libre de toda distraccion, lo cual no habia podido conseguir durante su viage. La soledad y el silencio inflamaron su caridad, á la que daba pábulo retirandose á orar enteramente so-

(1) Proc. Apos. fol. 4024, 4308, 4756 etc.

(2) Proc. Apost. fol. 989.

lo en las Basílicas Romanas. Lo mismo le aconteció en el santuario de Asís á donde se dirigió sin saberlo mientras caminaba á Loreto, supuesto que al llegar al Convento que habia sido morada de su gran Patriarca, sintió inundada su alma con una paz dulcísima y con una plenitud de consuelos espirituales. Aun fué mucho mayor la alegría inefable de que se sintió inundado al penetrar en la Sta. Casa de Loreto donde permaneció cuatro dias, que segun confesion suya, le parecieron celestiales. Desde el primer dia de su residencia en Loreto se confesó con el Penitenciario Español, que siendo docto y prudente, reconoció la virtud del peregrino, y le permitió comulgase todos los dias; le disuadió de que hiciese el viage á Palestina, y le aconsejó se restituyese á su patria. Desde Loreto se dirigió segunda vez á Roma, y en uno de sus puertos próximos se embarcó para volver á España.

16. Luego que el Siervo de Dios llegó á su patria, emprendió la peregrinacion al Santuario de Santiago de Galicia. Nutrido su espíritu con tan santos afectos, despues de siete meses de peregrinacion, volvió á su tierra natal para consagrarse con fijeza á aquel género de vida á que el Señor lo llamase. Aun se encontraba dudoso y vacilante, pues ya pensaba entrar en alguna órden religiosa, ya se proponia retirarse enteramente del comercio de los hombres y pasar la vida en los desiertos (1) Entre tanto no omitia ningun medio eficaz para impetrar y obtener una luz divina que lo iluminara, valiendose al

(1) Proc. ord. fol. 640.

efecto de la oracion y del consejo de hombres sábios y timoratos. Poniendo así por su parte cuanto podia , consiguió que Dios, padre de las luces, viniera á consolarlo. Una luz súbita ilustró su entendimiento, dandole á conocer con claridad ser la voluntad del Señor que se consagrara al ejercicio de la hospitalidad y caridad cristiana en el Hospicio de S. Miguel, que ya ecsistia en su patria. El local de este establecimiento era estrecho, reducidas sus rentas, y poco el cuidado que de el se tenia; pero como las instituciones mas hermosas adolecen alguna vez de ciertos abusos, sucedia que aquel pobre recinto no servia para otra cosa mas que para acoger á viageros pobres y vagabundos, que con frecuencia lo convertian en lugar de escandalos y de acciones pecaminosas. Ademas de esto, se albergaban en dicho hospicio personas de ambos sexos, y no habiendo locales distintos ni la debida vigilancia, facil era que se cometieran desordenes.

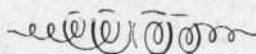
17. Impedir los escándalos, proveer á las necesidades de los pobres, asistir á los enfermos, cuidar de los hospedados, y traer al mismo tiempo una vida retirada y penitente eran los fines que se proponia el Siervo de Dios al retirarse á dicho hospicio. En efecto; luego que en el puso el pie se sintió lleno de alegria y júbilo, y esta alegria y júbilo, que esperimentó despues de tantas luchas y ansiedades fueron para él indicio, de que aquel era el estado á que el Señor lo habia llamado. No contento con haberse proporcionado á si mismo tanto bien, quiso que de el fuera tambien parti-

cipante su hermano Andres, y para este fin lo exhortó con interes para que adoptara el mismo genero de vida. Para conseguirlo dirigió á Dios súplicas fervorosas, y luego que trascurrió algun tiempo, su hermano cedió á sus insinuaciones, y ambos animados del mismo espíritu pusieron manos á la obra, dedicandose al ejercicio de la caridad con los pobres, que eran asistidos por el Venerable Siervo de Dios con tales demostraciones de amor, que revelaban cuan inmenso era el fuego de la caridad que ardia en su pecho.

18. El método de vida que se habian propuesto ambos hermanos, era digno de dos religiosos que vivian consagrados enteramente al servicio de Dios y del prógimo, así es que el provecho espiritual que ellos sacaban era proporcionado á la utilidad que redundaba en los pobres. Como Antonio se habia propuesto reformar aquella institucion en beneficio de los enfermos, en union de su hermano, y con el producto de sus respectivos bienes, hizo construir una decente, aunque reducida enfermeria, donde los pobres enfermos pudieran ser asistidos para el restablecimiento de su salud sin riesgo de que perdieran la del alma. Merced á este proyecto de los piadosos hermanos, á los gastos que hicieron de su propio peculio, y á la asistencia gratuita que prestaban al hospicio, recibio ventajas y mejoras muy notables. Sin embargo, aun no estaba satisfecho Antonio. Hecho pobre para los pobres, mendigaba para ellos en su lugar nativo, en las ciudades y lugares próximos, y no faltaron personas, que movidas con el ejemplo de ambos herma-

nos contribuyeron con limosnas crecidas, para ayudar y promover los progresos de aquella obra benéfica.

19. Por espacio de dos años continuaron ambos hermanos unidos y concordados en el método de vida que habian emprendido, pero al cabo de ellos falleció Andres, lleno de alegría, por haber escuchado los consejos de su hermano. Dios le habrá recompensado, en verdad, el sacrificio que hizo por amor suyo. Por la muerte de Andres, recayeron en su hermano Antonio los pingües bienes, que hasta entonces habian poseido en comun: y por consiguiente, éste se vió mas libre y desembarazado, para ejecutar el proyecto mas noble y generoso, que puede concebirse, para llegar á aquella perfeccion evangélica, que Cristo nuestro Señor propone á los que desean elevarse sobre la esfera comun, en el ejercicio de las virtudes cristianas. Este proyecto fué el de deshacerse de los bienes terrenales, para que con ellos fueran socorridos los pobres, acumulando así un tesoro de riquezas espirituales, que jamas pueden faltar. En el capitulo siguiente diremos como lo puso en practica el venerable Siervo de Dios.



CAPITULO IV.

De la fundacion del Hospital de San Miguel, y de la donacion universal que en favor suyo hizo de sus bienes el Venerable Siervo de Dios.

20. El Venerable Antonio habia conocido, que el metodo de vida que habia abrazado y el fin que abrazándolo se habia propuesto en el hospicio de S. Miguel, era del agrado del Señor; pero al mismo tiempo dirigia la vista á su pingüe patrimonio, y viendo en el un obstáculo para la vida perfecta que habia elegido oia sin cesar este consejo del Salvador; *Vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendras un tesoro en el cielo, y sígueme.* (1) Para conseguir ambos fines, comprendió que el modo mas oportuno y prevechoso de despojarse de todos sus bienes en beneficio de los pobres, seria hacer una donacion universal en favor del mismo hospital, á cuyo servicio habia consagrado ya sus pensamientos, sus fuerzas, y toda su persona. Sobre este punto oyó el consejo de su confesor, y de otras personas piadosas é ilustradas, que aprobaron y aplaudieron su resolucion. Solo en cuanto al modo de llevarle á cabo, encontró algunos obstaculos, porque su primer idea fué la de donar sus bienes á la religion de San Juan de Dios, con la espresa

(1) Lucas. XVIII. 22.

condicion, de que algunos religiosos de esta órden se establecieran en el hospital, para asistir á los enfermos con arreglo á su instituto. Esta disposicion encontró dificultades, y fué necesario renunciar á ella.

21. En su consecuencia, se resolvió que el Venerable Antonio, con autorizacion y licencia del Vicario General de la Abadia de Medina del Campo, hiciera en favor del Hospicio, que habia de convertirse en hospital para los enfermos pobres, donacion universal é irrevocable *inter vivos*, de todos sus bienes muebles é inmuebles, consistentes en tierras, viñas, casas, censos, ganado mayor y menor, con el moviliario de la casa, todo lo cual ascendia á un capital de 150,000 reales, además del dinero en efectivo, que ascendia tambien á una suma considerable. (1) Esta donacion se haria al hospicio y á los pobres, y en su representacion, á los patronos del nuevo hospital, que habian de serlo los cabildos eclesiástico y civil de la Nava del Rey, los cuales, por medio de comisionados nombrados por ellos, tomarian posesion de los bienes, y la administracion de las rentas, cuidando y vigilando además la asistencia de los enfermos. El Venerable Siervo de Dios solo se reservaba la escasa suma de 300 reales para su funeral, y una habitacion y una racion de comida en el mismo hospital, en que se proponia seguir prestando su asistencia á los pobres. Con estas disposiciones se proponia nuestro Antonio quitar el hospedage de que antes disfrutaban los pasajeros, y vagabundos, destruir el germen de los escándalos y

(1) Proceso ord. fol. 642.

convertir sus bienes en favor de los pobres mas necesitados.

22. Ademas de esto, cediendo el patronato y administracion al cabildo y autoridad civil del pueblo practicaba el Siervo de Dios un acto de humildad, razon por la que rehusó el nombre y derechos de patrono y fundador, que con justicia le correspondian fundadamente; en cuanto á la reserva que se hizo de los 300 reales, creo que se consignó para la validez del acto, porque segun las disposiciones vigentes de aquella época, ninguno, excepto el caso de profesion religiosa, podia disponer de sus bienes, hasta el punto de privarse de la facultad de testar. Sea como quiera, aquella reserva no dependia de afecto alguno, que aunque tan pequeño, pudiera tener Antonio á las cosas del mundo, supuesto que aun de tan reducida cantidad, dispuso en su última voluntad á favor de los pobres. El acto de donacion fué reducido, con las clausulas espuestas, á escritura pública, autorizada por Diego Rodriguez, notario de la Nava del Rey, con fecha 10 de Marzo de 1700, á los 31 de edad del Venerable Siervo de Dios; documento memorable y perenne de lo que puede en un alma grande el espíritu de caridad y de pobreza, inspirado por las máximas del Evangelio.

23. Bien puede asegurarse que este acto equivalia á una nueva fundacion del piadoso instituto, porque se formó realmente un verdadero hospital para los pobres enfermos, quedando abolido el asilo de los viajeros pobres y ociosos, y estableciendose reglamentos para la

administracion y asistencia de los enfermos. Las ricas dotaciones que adquirió, unidas á otras muchas limosnas recogidas por el Venerable Siervo de Dios facilitaron la contruccion de locales acomodados, convenientes y espaciosos, tales como enfermerias, oficinas, botica, habitaciones para los administradores y sirvientes, y por último, la creacion de una hermosa iglesia anexa al hospital para que nada faltase á las necesidades de tan piadoso instituto. Es muy de notar en este lugar el celo con que el Venerable Antonio multiplicó en cierto modo el capital donado á los pobres para la nueva fundacion, ya porque su ejemplo, y el gran concepto que se tenia de su virtud movia á muchos á contribuir con cuantiosas limosnas para el complemento de tan hermosa empresa: ya porque el mismo venerable con infatigable esmero ponía mano á las obras de construccion, trabajando como un peon de albañil, llevando cal, yeso, piedras, con humildad tan rara y con tan afanoso empeño, que excitaba la admiracion de todos. Una amorosa y viva confianza en la asistencia divina, y un eficaz proposito de poner por su parte todo lo que podia hicieron posible para Antonio lo que habria parecido un sueño ó una quimera; (4) tan cierto es que la gran confianza en Dios, y una voluntad eficaz lo consiguen todo.

24 Estas admirables empresas, estos heroicos sacrificios que el Venerable Bermejo hacia de sí mismo y de sus cosas en beneficio de sus prógimos debian atraerle el respeto, el amor y la gratitud de todos, y especial-

(4) Proces. Ap, fol. 3283.

mente de sus paisanos por el esplendor y utilidad que de las obras del siervo de Dios recibia su patria. Pero como una de las señales de que una obra proviene de Dios es el vituperio y el odio de los mundanos, aun cuando sus conciudadanos lo admirasen y profesaron la gran estimacion que se merece, no por eso deja de resultar de los procesos, que Antonio «sufrió afrentas, ultrajes, y oprobios que le infirieron sus propios paisanos, y especialmente sus parientes, con motivo de la renuncia que de sus bienes hizo en favor del Hospital. (1) En efecto, hubo algunos parientes, no muy próximos del Siervo de Dios, á los cuales se unian tambien algunos amigos y afectos suyos, que se habian imaginado, que el pingüe patrimonio de Antonio debia ser algun dia suyo, y viendo quizás defraudadas sus esperanzas de tan preciosa adquisicion, se vengaron de él con burlas é injurias, tratandole de falaz é hipócrita, y mancillándole con otros epitetos de desprecio. Ninguno de estos tenia en verdad derecho alguno, para conducirse así, porque careciendo el Venerable de hijos, de padres, y de hermanos, no habia persona alguna que pudiera tener derecho á sus bienes, de los cuales, por consiguiente, podia disponer con plena libertad. Ademas de esto, á vista de una disposicion tan favorable á una causa piadosa, no podian alegar aquellos espíritus arrogantes, ni aun razon alguna de conveniencia; porque es doctrina de los Padres de la Iglesia, que en la ejecucion del consejo evangélico, se debe atender al titulo de pobreza, y no al

(1) Proc. ord. fol. 670, 612, 755, 4,443, etc.

de parentesco. El espíritu de avaricia y de envidia, era lo único que movía á aquellas lenguas malignas.

25. A esta inesperada tempestad de ofensas, opuso el Venerable Siervo de Dios la paciencia mas invencible, y la mas inalterable mansedumbre; así es, que todo lo sufría sin turbarse, sin resentimiento, y con rostro sereno, respondiendo con benignidad: «*Queridos míos, tengamos paciencia por amor de Dios;*» (1) experimentando además cierta complacencia interior, escitada por el deseo, de encontrar nuevos sacrificios, que ofrecer á Dios. (2) Nadie puede imaginarse lo que el Venerable Siervo de Dios tuvo que sufrir por esta causa, pues que en los cincuenta años que vivió, después de haber hecho la donación de sus bienes, soportó resignado los efectos dolorosos de las injustas vejaciones de sus parientes. Referiremos algunos hechos, que parecieran increíbles; pero cuya verdad está apoyada en pruebas irrecusables. Uno de los parientes, que había confiado en la sucesión hereditaria de sus bienes, viendo desvanecidas sus esperanzas, con la donación que hizo al hospital, no contento con haber proferido contra él las palabras mas indignas, llegó al extremo de poner las manos en él, y golpearle en el rostro con tal violencia, que se le abrió una llaga, de resultas del golpe: ofensas todas, que Antonio sufrió con su acostumbrada resignación, sin que se observara en él el mas ligero resentimiento, hasta el punto de parecer

(1) Proc. Ap. 4,760,

(2) Proc, ord. 514.

que no habia recibido tal ofensa. (1) La llaga producida por la violencia del golpe, fué creciendo y dilatandose, consumiendo poco á poco con su fuerza maléfica, la carne de la mejilla izquierda, perdió el ojo del mismo lado, y sobreviniendo en fin la putridez, se llenó de gusanos, y lo dejó grave y terriblemente deforme, despues de sufrir los padecimientos y dolores que es fácil imaginarse.

26. Una persona respetable, que habia conocido al Siervo de Dios, refiere este suceso en los siguientes términos: «El hermano Antonio Alonso conservó por espacio de cincuenta años una llaga en la mejilla izquierda producida por un golpe, que oyó decir el mismo testigo. le habia dado un pariente suyo, por haber cedido sus bienes al Hospital, y no haberselos dejado á el, cuya ofensa ofreció el Venerable Antonio de todo corazon á Dios, sofocandola con la mayor resignacion. El mismo testigo añade, que esta llaga se fué aumentando cada dia mas, hasta tal punto, que le fué comiendo la carne de la mejilla izquierda, hasta hacerle saltar el ojo izquierdo, pudriendose de modo que se llenó de gusanos bastante grandes, algunos de los cuales, el mismo testigo sacó por sí mismo de dicha llaga, cuyo horrible padecimiento sufrió hasta algunos años antes de su muerte. (2) La existencia de esta llaga, que despues se hizo gangrenosa, y causó tan espantosos estragos en el rostro del Venerable Bermejo, está tambien confirmada con el testimonio de otros

(1) Proc. Ap. 1,654, Id. ord. 1,236.

(2) Proc. ord. fol. 372.

que personalmente lo conocieron, y aunque algunos dicen que duró algun tiempo mas, esto es, mas de cincuenta años, cuantos trascurrieron desde la donacion del Hospital, hasta el fallecimiento del Venerable Antonio, sin embargo, esta diferencia, lejos de destruir el fondo de la verdad, acredita mas el hecho.

27. La misma paciencia que Antonio demostró al recibir tan injustos insultos, la misma conservó inalterable para soportar las tristes consecuencias, como si no padeciera dolor alguno, ni disgusto de ningun género; con rostro siempre benigno, alegre y risueño soportaba la horrible deformidad y las incomodidades que eran consiguiertes, así es, que si alguno le quitaba aquellos gusanos, en vez de demostrar disgusto, revelaba cuanta era la alegría que experimentaba en sufrir por amor de Dios, un mal tan repugnante. Los médicos que le asistieron, al mismo tiempo que espermentaron la ineficacia de los remedios del arte, se maravillaban de que Antonio pudiera vivir, pues en concepto de todos, debía haber perdido ya la vida. A pesar de todo esto, continuaba siempre en el ejercicio de sus ocupaciones, en sus trabajos, en sus ejercicios de piedad y caridad y del método de vida, que como se verá mejor despues, era incómodo y lleno de fatigas. Con el trascurso del tiempo, sobrevinieron otras enfermedades, que unidas á la primera, hacian mas penoso el estado del Siervo de Dios; quien lejos de lamentarse, daba gracias al Señor, porque le ofrecia una parte del caliz de su Pasion. Pero en tanto que nuestro Antonio se habia dado, y todos sus bienes por Dios, parecia

que en cambio Dios le daba un cúmulo de males, con los que se mostraba contento y satisfecho. Solo los necios pueden escandalizarse de este que parece contraste, porque Dios en verdad lo remuneraba todo, haciendo de él por aquellos medios un héroe admirable. ¡Quiera Dios que este ejemplo sirva á los demas cristianos, para saber apreciar las miserias del mundo, segun su justo valor!

CAPITULO V.

Del oficio que tomó á su cargo el Venerable Siervo de Dios en el Hospital que fundó.

28. Muy distante el Venerable Bermejo de pretender en el Hospicio, fundado por él, gobierno ni manejo alguno, ó cualquier otro título de superioridad, (1) deseaba por el contrario emplearse en los oficios mas bajos y molestos; así es, que residiendo en el mismo local con habitacion y racion de un pobre, segun habia dispuesto en el acta de la fundacion, elijió el cargo de enfermero y criado del mismo hospital, en cuya ocupacion se empleó hasta su fallecimiento. (2) Debiendo, pues, estar sometido á los administradores y consiliarios que regian y gobernaban aquel piadoso instituto, hacia sin repugnancia alguna todo cuanto se le mandaba, dando puntualmente cuenta

(1) Proc. Apost. fol. 1,645, 1,888, etc.

(2) Proc. Apost. Fol. 4025. 4050. 4560; 1916, 3039. etc.

de todo lo que pertenecía á su cargo. En el modo con que desempeñó su oficio, en la infatigable asistencia que prestaba á los enfermos se descubre con la mayor claridad que el fin que se habia propuesto era su salud espiritual y corporal. Tanta fué la exactitud y ejemplaridad con que lo cumplió, que inspiraba admirablemente, y edificaba á sus superiores, iguales é inferiores, que le observaron y notaron. (1)

29. Siempre que algun enfermo entraba en aquel bendito recinto, se aproximaba á su lecho el Venerable Siervo de Dios á consolarlos y exhortarlos (segun leemos en los procesos) con la mayor dulzura, prudencia y eficacia para que soportaran con resignacion sus padecimientos, para que acudieran á Dios, buscando principalmente en El, el remedio de ellos, para que pusieran en su divina Magestad toda su confianza, para que se dispusieran á comparecer ante Dios, cuando se sirviera llamarlos de esta vida, haciendoles entender que semejante sufrimiento y resignacion, seria para ellos un mérito, que aminoraria las penas que merecemos por nuestras culpas, y recordándoles, por último, lo mucho que por nosotros sufrió Jesucristo, sin embargo de que estaba exento de toda culpa. (2) Siempre que nuestro Venerable Antonio observaba, que algun enfermo se agravaba y estaba en peligro de muerte tenia sumo cuidado de que en tiempo oportuno, se le administrasen los sacramentos de la penitencia, Eucaristia y Estremauncion, antes de que abati-

(1) Pro. Apot. 1890. 2014.

(2) Proc. Ap. fol. 1101.

do y exhausto el enfermo de fuerzas, se pusiese en estado de no poder recibirlos como conviene. Luego que veía que alguno estaba próximo á morir, redoblabá sus cuidados y asistencia, sin que jamas se apartase del lecho, confortando y exhortando al enfermo para que hiciera actos fervorosos de fé, esperanza, caridad y contrición, valiéndose de todos los medios imaginables para que tuviese una muerte feliz, en lo cual pasaba algunas veces muchas noches seguidas, sin descanso ni reposo de ningun género.

30. La caridad ardiente de Antonio no se extinguía con la vida de sus enfermos. Además de cuidar de sus cuerpos, amortajándoles, ayudando á su trasporte á la Iglesia parroquial y darles sepultura, era también maravillosamente solícito porque se hicieran sufragios por sus almas. No contento con asistir á sus exequias, oía misa, comulgaba frecuentemente, rezaba rosarios, mortificaba su carne haciendo penitencias por alivio de sus penas purgatorias. Uno de los ejercicios piadosos que practicaba con mas frecuencia, para alivio de las almas del purgatorio, era el *Via Crucis*, inculcando á los que á él concurrían, aplicasen á tan piadoso objeto las indulgencias concedidas á este sagrado ejercicio. Un Sacerdote que lo habia conocido, declara, que muchas veces lo encargó celebrara algunas misas por las almas de diversos difuntos, que habian fallecido en el Hospital, entregándole la limosna correspondiente (1).

31. Iguales á estos cuidados que Antonio se toma-

(1) Proc. Apost. fol. 4386.

ba por la salud espiritual de los enfermos, eran los que tenia por su salud corporal; y siendo estos mas propios de su estado, los dispensaba mas directamente, en tanto que respecto de los demas no podia hacer frecuentemente otra cosa, que solicitar el celo de los sagrados ministros. Así es, que si llegaba á sus oidos habia algun enfermo necesitado de socorro, que por vergüenza ú otro motivo se abstenia de venir al hospital, nuestro Venerable se dirigia á su casa, sin que de ella saliera sin llevarlo en sus mismos brazos. Acogido allí, le prodigaba toda clase de cuidados amorosos, tanto suministrándole alimentos y medicinas, como proporcionándole comodidad, aseo y asistencia continua. Jamas rehusó el contacto con los leprosos, ó enfermos de cualquier otro mal contagioso, curaba las llagas mas asquerosas, y experimentando al principio alguna repugnancia, se hizo violencia, hasta el punto de vencer cualquier disgusto ó nausea que hubiera podido impedirle el ejercicio perfecto de su heróica caridad. Encontrándose muchas veces en el Hospital, algunos enfermos, que, ó por la vejez, ó por sus padecimientos tiritaban de frio, los estrechaba á su seno, y con su aliento, y con el calor natural de su cuerpo, procuraba infundirles la fuerza vital. Si concebía temores de que alguno necesitase de noche pronto y urgente socorro, ponía á los pies de su cama su gergon de paja, y allí se acomodaba, procurando estar siempre dispuesto para acudir en socorro del que lo llamase.

32. Todas las mañanas, segun se lee en los proce-

sos, luego que concluía sus acostumbrados ejercicios y devociones en la Iglesia de los Agustinos Descalzos, ó en cualquiera otra de la villa, marchaba á la plaza pública donde por sí mismo, compraba los comestibles, y todo lo demas de que el Hospital necesitaba, ya para los enfermos, ya para los dependientes del mismo Hospital, ya para las provisiones de la cocina y otras oficinas, todo lo cual, llevaba por las calles públicas el mismo Venerable Siervo de Dios. Luego que llegaba al santo establecimiento, no se contentaba con prestar á todos y á cada uno de los enfermos los caritativos servicios yá referidos, sino que se consagraba gustoso á los actos más humildes, haciendo las camas, barriendo las enfermerías y demas lugares, limpiando los vasos inmundes, llevando leña para el consumo del Hospital; y por último, consagrandose á cuanto era más humilde y trabajoso. Como su caridad era inexhausta y limitados sus medios sucedía que las rentas del Hospital, aunque cuantiosas, eran relativamente escasas, y aunque espaciosas las salas, insuficientes para el número de enfermos. Para subvenir á la primera necesidad, andaba mendigando para sus pobres, no solo en su propia villa, sino tambien en otros lugares circunvecinos, sin cuidarse ni de las incomodidades del viage, ni de las impresiones del mal tiempo, ni de los desprecios y repulsas que debió sufrir. En el tiempo de la recoleccion de granos andaba por las eras haciendo cuestionaciones de semillas alimenticias, para el sostenimiento del hospital; y en tiempo de vendimia iba de bodega en bodega cargado con las odres, para recoger el mosto

ó vino con que contribuian sus caritativos paisanos, llevandolo por si mismo á su hospital, para que bebiendolo, restauraran las fuerzas sus pobres enfermos. Si de tal modo crecia el número de estos, que no era posible colocarlos en su hospital, cuidaba de conducirlos al hospital mayor, que ecsistia en la misma villa de Medina del Campo, á donde los llevaba metidos en un carro tirado por un asno, destinado al servicio del hospital; y como sucedería algunas veces que el animal, ó cansado ó rehacio se detenia ó retardaba el camino, el Venerable Siervo de Dios, lo reemplazaba tirando del carro, manifestando en este humilde y penoso oficio una alegría extraordinaria (1).

33. Aunque estas fatigas y molestias proporcionaban al Venerable Siervo de Dios muchos consuelos interiores, y le atraieron la admiracion y la estimacion de muchos, fueron sin embargo, algunas veces ocasion de que sufriera injurias y malos tratamientos. Algunos empleados y criados del hospital que debian venerarlo, como autor del piadoso establecimiento, ya por contrariedad de genio, ya por maldad de ánimo, no solo le faltaban al respeto, sino que le trataban con aspereza, con altanería y desprecio. Aunque nuestro Antonio oponia su acostumbrada tolerancia y mansedumbre, ellos aumentaban los escarnios y las afrentas, y él su tranquilidad, su serenidad y su paz. Fuera del hospital hubo tambien hombres violentos que contribuyeron á que resplandeciera mas su paciencia maravillosa. En una oca-

(1) Pro Apost. fol. 960, 4106, etc.

sion, hizo el Venerable Siervo de Dios compra de pan para el hospital, que no pagó puntualmente. Un panadero que le vió, creyó que el pan habia sido tomado, y que Antonio valiéndose de la confusion queria llevarse-lo sin pagar, razon por la que acometiendolo y llenandolo de improperios, le dió una fuerte manotada. El Venerable Siervo de Dios siguió sin turbarse y á la letra el consejo del Evangelio y presentó la otra mejilla. Este suceso ocurrido en la plaza pública hizo que se levantara un grito de indignacion de todos los concurrentes, que unánimes virtuperaron la injusta y violenta agresion del panadero, que arrestado fué conducido á la carcel y sometido á la formacion de causa criminal. Antonio compadecido de la desgracia de su ofensor, se dirigió al Juez para impetrar gracia en favor suyo. El Juez admiró la virtud del intercesor, pero no creyó que debia acceder á sus deseos. Antonio por su parte redobló sus súplicas, y fué tanto lo que hizo y dijo, que al fin fué el reo puesto en libertad (1)

34. Mas continua y mas larga fué la molestia que causó al Venerable Bermejo, un tal Pedro Rodriguez habitante de la misma villa, el cual mientras por un lado parecia émulo suyo en virtud, era en efecto por otro, el instrumento mas propio para afinarla. Este hombre dueño de un patrimonio bastante decente, siguió el ejemplo de Antonio, haciendo cesion de sus bienes al hospital con la obligacion de que le diera alimento y habitacion, arrojandose derechos y títulos iguales á los del Venerable

(1) Proc. Apost. fol. 4030, 4504.

Antonio, tenia gusto especial en contrariarlo en todo lo que podía, haciendole sentir todo el peso de su caracter áspero y fastidioso. Antonio suave, sufrido y benévolo jamás dió señal alguna de disgusto ó de afliccion; y por el contrario le correspondia con un afecto tierno, con una benignidad sin igual, acreditando así que él era gigante en virtud, y su rival una miserable imitacion.

CAPITULO VI.

Ejercicios de piedad practicados por el Venerable Antonio en el Hospital de S. Miguel.

35. Hemos considerado hasta ahora la vida eterna del Venerable Alonso en sus relaciones con los hombres, y al verle ocupado de dia y de noche en promover el bien del prójimo, y sacrificado por su salud, no faltará alguno que crea ver en él la Marta del Evangelio, siempre solicita por servir al Señor, en la persona de sus pobres. En efecto, Antonio, que habia escojido aquel sistema de vida para vivir enteramente retirado y absorto en Dios ¿como pudo encontrar en aquel Hospital el reposo y la soledad del yermo? Sin embargo, allí encontró cuanto necesitaba para la vida interior y escondida en Dios, pudiendo con una oracion constante y perpetua, emular á los mas insignes y mas contemplativos solitarios, allí atendia continuamente y sin descanso á los enfermos, consagrándose al mismo tiempo á la oracion mental y

vocal, á la asistencia á los divinos oficios, á la frecuencia de los sacramentos, á la visita de las iglesias, y á otras obras semejantes de piedad, cosas ámbas que están justificadas con el testimonio de testigos imparciales, Antonio de tal modo supo practicar las obras de amor á Dios y de caridad al prójimo, que acreditó, no solo que no son incompatibles, sino que unas y otras están unidas con muy estrecho vinculo. Así debe ser, porque Cristo Señor Nuestro, al enseñarnos los dos grandes preceptos del amor, en que se reasume toda la ley evangelica, nos previene que el segundo es semejante al primero (1)

36. Antes de detallar el método de vida de Antonio, bajo este nuevo punto de vista, creemos necesario hacer algunas advertencias, ya para desvanecer cualquier dificultad que pudiera ocurrir á la mente del lector, ya para que esta vida sirva de instruccion práctica á todo el que de ella quiera aprovecharse. ¿Como pudo el Venerable Bermejo estar tan consagrado á las prácticas de piedad, al mismo tiempo que tenia á su cargo todos los cuidados y ocupaciones propios de un padre de familia con muchos hijos, y todos enfermos, con el suficiente número de asistentes y criados á cuyo sostenimiento debia atender, y esto implorando en parte la caridad del prójimo? Esto se comprenderá facilmente, reflexionando que Antonio, pródigo de sí mismo y de todos sus haberes por amor al prójimo, fué parco y su-

(1) Marcos XII. 31.

mamente cuidadoso, mas de lo que se puede creer, en el empleo del tiempo, pues empleando el que tenia con sábia distribucion y economia pudo satisfacer todos sus compromisos y propósitos. Ademas de esto, de tal modo logró conciliar sus deberes para con Dios y para con el prójimo, que el cuidado de los enfermos no le impedia orar, ni la asistencia á los ejercicios de piedad le privaba de atender á la asistencia de aquellos. Necesario es explicar este hecho, porque nos ayuda á concebir una idea del género de vida que traia el Venerable Siervo de Dios.

37. Antonio, como enemigo declarado del ocio, no solo se aprovechaba de todos y de cada uno de los momentos de su vida, sino que se substraia de todos aquellos honestos pasatiempos en que hubiera podido licitamente recrearse un poco para alivio de sus fatigas. Todo su alivio lo encontraba en Dios; así es, que huia de toda conversacion mundana, no se ocupaba de cosas estrañas á su cargo; y hablar con él de noticias, de sucesos, ó de asuntos ajenos á aquellos á que le llamaba la justicia ó la caridad era perder lastimosamente el tiempo. Brevisimo era el tiempo que invertia en comer y dormir, y aun habia encontrado el medio de no robar este tiempo á sus pobres, supuesto que comiendo en el hospital y durmiendo al lado de las camas de los enfermos, cuando se agravaban, estaba siempre dispuesto á prestarles auxilio, siendo como un soldado vigilante que nunca abandona la guardia. Ahora bien; figuremonos un hombre que haya empleado poco ó casi ningun tiempo de su

vida en recreaciones, en comer y dormir, y veremos que este hombre ha redoblado el capital de su tiempo, y habrá podido hacer por sí solo todo lo que dos personas distintas serian capaces de hacer, atendiendo cada una á diversas ocupaciones.

38. A este diligentísimo uso del tiempo se agrega el orden de las varias ocupaciones, y la exacta division de las horas, que distribuidas con método desde las dos de la madrugada, hasta la media noche siguiente, formaban una serie no interrumpida de ejercicios de piedad hácia Dios, y de caridad hacia el prójimo. Daba principio á sus actos de piedad con los ejercicios de la Cruz, poniendose una cruz pesada sobre los hombros y meditando con ella las estaciones del *Via crucis*. Despues se tendia sobre la Cruz y meditaba en ella la crucifixion del Señor, y por último levantandose y apoyandose en ella con los brazo tendidos á manera de Crucifijo, meditaba los dolores de Cristo Señor Nuestro, cuando estuvo pendiente del santo leño, y fué levantado en alto. Concluido este ejercicio se daba la disciplina, despues de la cual tenia una hora de meditacion. Hecho esto, salia de casa, que en el invierno era antes de amanecer, y se dirigia á la iglesia de los Agustinos descalzos, pasando por el cementerio, junto al cual oraba por los difuntos. Al llegar á la Iglesia, si la encontraba cerrada, se ponía de rodillas á sus puertas, esperando á que la abriesen. Luego que entraba en ella volvía á meditar, hacia la visita del Santísimo y de los altares, asistia al divino sacrificio de la misa, y recibia los sacramentos de la Penitencia y

de la Eucaristia, que en los últimos años de su vida se le administraban diariamente.

39. Concluidos sus actos de religion, volvía Antonio al lado de sus enfermos y despues que los habia visitado, iba á proveerse de todo lo que debia servir, para consumo del Hospital. A su vuelta eran su reposo nuevos ejercicios de piedad, meditando nuevamente, rezando el rosario y leyendo libros espirituales. Desde las nueve de la mañana, hasta el medío dia, se consagraba á sus pobres, prestandoles los servicios de que hemos hablado en el capítulo anterior. Si le sobraba tiempo, visitaba los enfermos que habia fuera del Hospital, ó lo invertia en otras obras caritativas. Al mediodia, asistia á la comida de sus enfermos, asistiéndolos con su propia mano, y luego que concluíá, hacia él una comida sumamente ligera, y despues reposaba un poco. Desde las dos á las tres de la tarde, volviá á consagrarse á la meditacion, y todo el resto del dia era una sucesion continua de ejercicios de devocion y de caridad hasta despues de las diez, y algunas veces, hasta las doce de la noche, cuando por alguna circunstancia habia omitido alguno de sus ejercicios, que practicaba antes de entregarse al reposo. La observancia de este método revela por sí misma, que la vida de Antonio podia llamarse justamente una oracion continua, pero él encontró un medio de llenar aquellas lagunas, que formaban las horas que consagraba á los enfermos y á otras ocupaciones.

40. A fin de que ni aun en este tiempo estuviera su pensamiento separado de Dios, distribuyó todas las

horas del día y de la noche en cinco partes; á cada una de las cuales asignó la contemplacion de uno de los principales pasos de la Pasion de Jesucristo, esto es, la oracion en el huerto, los azotes, la coronacion de espinas, marcha al calvario y crucifixion; (1) por consiguiente, cualesquiera que fuesen sus acciones externas, siempre estaba dedicado al ejercicio de la oracion mental. Si volvía de la plaza pública cargado de provisiones, con su mente estaba en Getsemaní, ó en el pretorio de Pilatos; si cargado con un haz de leña volvía del monte vecino, con el pensamiento seguía á su Señor por la cuesta del Calvario, y si junto al lecho de un moribundo le prestaba con amor todos los auxilios, fijos tenía sus ojos en Jesus, agonizando en la Cruz. De este modo servía corporalmente á sus prójimos y estaba al mismo tiempo unido con el alma á Jesucristo. Estas contemplaciones le infundian mayor gozo, vigor y paciencia para desempeñar sus ocupaciones manuales, y bajo el peso de trabajos sostenidos por amor al prójimo, su alma corría mas codiciosamente á confortarse en el pensamiento de su Redentor. Así se admiraba en Antonio aquella doble unidad que divisaba en la caridad el Pontífice S. Leon, cuando dijo: «*Virtus et sapientia fidei christianae amor Dei est, et amor proximi neque ullo caret pietatis officio cui studium est collere Dominum, et juvare conservum. Harum autem affectionum duplex unitas omni quidem est tempore exercenda et proficenter augenda.* (1)

(1) Proc. Apost. fol. 1,363.

(1) S. Leon, serm. 45.

41. Explicado así el modo y forma con que Antonio podía cumplir su doble cargo, debemos explicar por partes los varios ejercicios de piedad á que atendia; pero ya hemos hablado de algunos al tratar de su método ordinario de vida, y nos ocuparemos separadamente de otros, cuando tratemos de las instituciones que estableció en su patria. Omitiendo repetir sus largas y continuas meditaciones y demas ejercicios, recordaremos, que rezaba todos los dias el oficio de la bienaventurada Virgen, segun la regla de los Terceros de S. Francisco, comulgaba espiritualmente y ecsaminaba con escrupulosidad su conciencia muchas veces al dia, teniendo presentes todas sus acciones. No pasaremos en silencio, que cuando algun oficio de caridad no se lo impedia, asistia á las funciones eclesiásticas, á los oficios divinos, á las procesiones y novenas, á los sermones, pláticas y esplicaciones de los sagrados libros, y procuraba instruir por sí mismo á los niños y á los ignorantes en los rudimentos de la Religion.

42. Así como la devocion á la Pasion de nuestro Señor Jesucristo fué, segun dice uno de sus confesores, su devocion característica y el alma de las demas, así uno de los ejercicios predilectos de Antonio, era el del Via Crucis, con el cual aspiraba á su santificacion y á la de los otros. Todas las tardes se reunia en la Iglesia del Hospital con los criados y otros fieles, y despues de rezar el santo rosario, empezaba la visita de las estaciones del Via Crucis. Durante este egercicio, Antonio se hacia superior á sí mismo, desempeñando un apostolado

verdaderamente singular, supuesto que al hacer las consideraciones propias de cada estacion, dirigia la palabra á sus oyentes, dando salida á los piadosos afectos que inundaban su corazon. Antonio no era en estas ocasiones el rustico labrador que apenas sabe leer ni escribir, era un teólogo profundo que hablaba de los divinos misterios con tal solidez de doctrina, y con tanta precision de lenguaje, que escitaba la admiracion de las personas mas doctas; era un orador cuya elocuencia clara, robusta, y triunfadora avasallaba las inteligencias y los corazones, y conmovia á sus oyentes, haciendoles derramar lagrimas, que el tambien derramaba. (1) No eran pasajeros los efectos de estas emociones, porque el siervo de Dios se proponia en estos egercicios la conversion de los pecadores, y consta que fueron muchas y prodigiosas las que hizo. Varones muy instruidos, y que con ánimo imparcial y tranquilo han podido juzgar este extraordinario fenómeno, lo atribuyen á un don particular del Espíritu Santo. En efecto, todo el que conocia á Antonio, le oia hablar, y consideraba los efectos que en el y en otros producia su palabra, encontrará algun motivo de aplicacion del siguiente texto del Príncipe de los Apóstoles. *Et quidem super servos meos et super ancillas meas in diebus illis effundam de Spiritu meo et prophetabunt.* (2)

(1) Proc. Apost. fol. 1766. 4506. etc.

(2) Act. Ap. 2. 18. Joel 2, 28, 29.

CAPITULO VII.

De los votos que hizo el venerable siervo de Dios, y de la esactitud con que los cumplió.

43. Para tener una vida semejante á la del religioso mas perfecto, que era lo que Antonio se proponia, era necesario que se ligase con votos, que consumaran el sacrificio, que debe hacer de sí mismo. todo el que aspira á la perfeccion de los consejos evangélicos. Estos votos comprenden el holocausto de los bienes materiales del cuerpo y de los sentidos; y por último, de la propia voluntad, de tal modo, que el que promete y observa pobreza, castidad y obediencia, consagra todas sus cosas, y se sacrifica á sí mismo á Dios. El venerable Bermejo contrajo estos votos con permiso de su confesor, y los observó con la mayor fidelidad. Fué tan celoso guarda de la pobreza, que despues de haber cedido todos sus bienes en beneficio de los pobres, y de haberse reducido á la misma condicion que ellos, jamás tuvo nada propio. Uno de sus confesores afirma, que Antonio vivió en suma pobreza voluntaria, y añade: «desde que hizo este voto, y renunció sus cuantiosos bienes temporales en favor del Hospital, jamas volvió á poseer nada, y si alguna vez se le regalaba alguna cosa, al momento la aplicaba al mismo hospital, sin retenerla para si mismo, ni hacer uso alguno de ella, deseando unicamente verse pobre y ca-

recer hasta de lo necesario que comunmente se busca y apetece para poderse sostener y vivir (1). Todos los dones y limosnas que recibia los empleaba en beneficio de sus pobres: y por último, aun aquellos objetos piadosos que se le regalaban, los distribuia, ya para alentar la piedad de los demas, ya como premio de la limosna con que algunos contribuian para el socorro de los pobres.

44. Con respecto á la habitacion del Venerable Bermejo, no solo no se contentó con tenerla á título de caridad, como un pobre de su establecimiento, sino que aun fué mucho mas allá. D. Fernando Rodriguez Chico, Parroco de la Nava del Rey, y comisario del Hospital declara: «Que el Venerable Siervo de Dios, fue tan pobre, que ni aun dentro del Hospital tuvo habitacion propia, ni destinada para su uso, porque en cualquiera de sus salas ó rincones se acomodaba, variando de sitio, segun lo exigian la caridad y las circunstancias (2). Tubo por último, una habitacion en que murió, pero tan pobre y falta de todo ornato, que á escepcion del gergon en que dormia, de algun mueble muy ordinario y algunas imagenes grabadas en papel, nada mas podia encontrarse. Esta habitacion estaba situada en el piso superior é inmediata á una cocina.

45. El traje del Venerable Alonso no era mas esplendido que su habitacion. Jamás usó mas ropa interior, que un saco de tercero de esta orden de penitencia, saco de cuya aspereza y otras cualidades humil-

(1) Proc. Apost. fol. 1143.

(2) Proc. Apost. fol. 2277.

des y aflictivas, dà testimonio el cirujano del Hospital D. Antonio de la Fuente (1). La ropa interior era tambien de paño burdo y del color franciscano, ropa que usó constantemente desde que se retiró al hospital. El sombrero blanco que llevaba, era tambien viejo y estropeado, y los zapatos, el deshecho de los criados y enfermos del hospital. Contribuia á hacer mas humilde y desastroso este trage, la piedad indiscreta de los fieles, que por la veneracion en que lo tenian, cortaban pedazos de su vestido. Solo la obediencia á que Antonio subordinaba las demas virtudes, podia obligarle á que compusiera su vestido ó á tomar otro nuevo. Pobre era igualmente su alimento, como veremos al tratar de la templanza, pobre era en todo lo que se referia al cuidado del cuerpo, y en vez de aprovecharse de los servicios de otro, el mismo servia y asistia á los pobres. Facilmente se comprende que esta pobreza no era solo exterior, sino tambien de espíritu, 1.º, porque era de su libre eleccion, y aun, salvo el voto, hubiera podido practicarla de un modo menos riguroso; 2.º, porque con ella se encontraba tan contento, que no la hubiera cambiado por el tesoro mas precioso. Temeroso de no seguirla con exactitud, pedia á Dios le diera espíritu, y le concediera aquella misma pobreza que profesó el Señor mientras vivió en el mundo (2).

46. Si con el amor y la observancia de la pobreza marchaba el Venerable Antonio á la beatitud prome-

(1) Proc. Apost. fol. 3806.

(2) Proc. ord. fol. 762.

tida á los pobres de espíritu, con la esmerada guarda y custodia de la castidad, aspiraba á la que está reservada á los limpios de corazón. Los que con intimidad lo conocieron y trataron, atestiguan que fué virgen purísimo, y que conservó su pureza intacta y sin mancha hasta la muerte; que fué purísimo en sus pensamientos, palabras y obras, sin en que nada de esto pudiera notarse la mas mínima imperfección, llegando alguno hasta afirmar, que de cuantas almas conoció y trató en los diferentes países que habia recorrido, no encontró ninguna tan pura como la de Antonio. (1) No costó poco al venerable Antonio conservar ileso este tesoro en los prolongados años que vivió, habiendose visto en algunas ocasiones obligado á defenderlo de los asaltos mas furiosos del enemigo. La oración continua, implorando gracias y auxilios abundantes, para que su mente no se separara nunca de Dios, y la custodia mas severa de sus sentidos eran entre otros los medios á que acudia. Persona que lo conoció bien de cerca declara, que para conseguir estos triunfos sobre la carne, Antonio observaba suma compostura y modestia en todas sus potencias y sentidos, y si alguna vez tenia necesidad de hablar con alguna muger, sobre cualquier asunto espiritual, ó sobre cualquier negocio urgente, no pronunciaba mas palabras que las necesarias, sin mirarla, ni levantar la vista, evitando toda vana curiosidad (2).

47. Jamás se verificó que se encontrase solo con

(1) Proc. Apost. f. 4621.

(2) Proc. Apost. fol. 4444.

persona alguna, de quien pudiera temer el mas remoto peligro. En su transito por las calles, se mostró siempre sério en el semblante, grave en el porte, compuesto en las acciones y mesurado en los movimientos. Siempre marchaba con los ojos fijos en la tierra, sin observar á objeto alguno, sin distraerse en conversaciones curiosas, sin pronunciar ni escuchar palabras superfluas, respirando modestia en todos sus pasos, acciones y palabras, hasta el punto de parecer á algunos, mas bien un ángel del cielo, que un hombre de la tierra. (1) Esta pureza angelical, que tan admirable era en él, era el fruto de luchas sostenidas con vigor, y de asaltos contenidos con energia. Por lo que el mismo reveló, y por declaraciones de los que conocieron su interior resulta, que siempre sostuvo ileso su candor, apesar de las continuas y fuertes tentaciones, con que el comun enemigo procuró engañarle y robarle tan precioso tesoro. (2) Estas tentaciones eran para él un martirio penosísimo, que no le abandonaba ni cuando oraba, ni cuando se disciplinaba, y hasta cuando se acercaba á recibir la Santa Eucaristia, el enemigo tentador turbaba su imaginacion, ya para hacerle caer, yá para hacerle creer al menos, que habia caido. Cierto es, que el enemigo jamás consiguió que contrajera la mas leve mancha, ni que desistiera del bien que hacia, pero Antonio sufría, y para resistir los asaltos, procuraba tener sujeta su carne, afligiendola con

(1) Proc. ord. fol. 763

(2) Proc. ord. fol. 668.

vigilias, ayunos, penitencias, disciplinas, cilicios y otras clases de mortificaciones.

48. En premio de estas victorias, que Antonio alcanzaba sobre los movimientos del sentido, el Señor le concedió fuera auxilio de aquellos que sufrían semejantes luchas, ó deploraban sus tristes efectos. Nárrase que no pocos se vieron libres del vicio de la impureza ó de tentaciones gravísimas, con solo manifestarle sus miserias, pedirle consejo ó recomendarse á sus oraciones. Se cuenta de un jóven que encontrándose muy violentamente combatido, y no sabiendo que hacer, acudió al venerable Siervo de Dios á quien reveló con ingenuidad el estado peligroso de su alma. Antonio compadecido de la debilidad del jóven, lo exhortó para que resisitiera con vigor, y confiara en la divina gracia, que jamas le faltaria; é imitando lo que en una circunstancia semejante se lee de S. Felipe Neri, le estrechó fuertemente entre sus brazos, en cuyo acto se dispó la tentacion, y cesó para siempre la tempestad, que agitaba la imaginacion y el corazón de dicho jóven

49. Se lee en los procesos, que una señora casada cediendo á las tentaciones que la acometieron, durante la ausencia de su marido, habia faltado á la fé conyugal, y que temiendo los tristes efectos de su delito acudió á tomar consejo del venerable Siervo de Dios, que se compadeció de aquella infeliz, como el Divino Maestro se habia compadecido de la adúltera de que nos habla S. Juan (1). Nuestro venerable la mandó que hiciera una confesion

(1) S. Juan VIII, 2.

general de todas sus culpas, y que tubiera confianza en Dios, asegurandola, iluminado sin duda por una luz celestial, que no tendria consecuencia su delito, como así sucedió. (1) El auxilio que se imploraba de Antonio, no solo libraba de caer al que estaba en peligro, sino que servia para levantarse del fango en que yacia el que habia caido, y evitar los vergonzosos efectos de la caida.

50. Semejante al sacrificio que Antonio hizo á Dios de los bienes esternos y de su cuerpo, fué el que le hizo de su juicio y voluntad, sometiéndose y obedeciendo á todos aquellos que ocupan en la tierra el lugar de Dios. Del mismo modo que en la casa paterna estuvo siempre sometido, y fué en todo muy obediente á sus padres y abuelo, del mismo modo profesó en el hospital una obediencia ciega á sus superiores, egecutando puntualmente y sin réplica todo lo que se le mandaba, sin ecsaminar ni discutir las órdenes recibidas, con género alguno de observacion. A todo obedecia, y todo lo hacia con corazon y rostro alegre, creyendo que todo procedia de la voz del mismo Dios, no solo en cuanto á los mandatos, sino hasta en las exhortaciones y consejos de sus superiores. Llegó á tal extremo la sugesion de su voluntad propia á la de otro, que si un sacerdote cualquiera, ó seglar autorizado le indicaba hacer tal ó tal cosa, de este modo ó del otro, á todo obedecia, como un muchacho. Por último, no solo aparecia obsequioso y obediente á sus iguales é inferiores, sino á los criados del hospital, y aun

(1) Proc. Apost. fol. 4, 838.

cuando fuera un muchacho el que le previniera cualquier cosa, la ejecutaba, con tal que en ello no hubiera pecado, defecto ó imperfeccion. Así ponía en práctica el precepto del Príncipe de los Apóstoles. «*Subjecti estote omni humanae creaturae propter Deum.* (1)

54. Donde sobre todo resplandeció la obediencia del venerable siervo de Dios, fué con sus confesores y directores espirituales. Nada se atrevía á hacer sin escucharlos como un oráculo; recibía toda palabra suya como venida del cielo, y en sus consejos encontraba la solución de todas sus dudas y la norma segura de todas sus acciones. El sacerdote D. Francisco Nuño, que fué confesor suyo ordinario desde que tenía 27 años, esto es, desde el año 1731 al 1738, en que murió el venerable siervo de Dios, nos dice, que hizo un voto particular de obedecer siempre y en todo sus ordenes, voto que cumplió exactamente, prestándole una obediencia sin igual (2). Esta obediencia sirvió á Antonio para que cuando se mortificaba, no incurriese en excesos; esta obediencia le indujo en los últimos años á beber un poco de vino, cuyo uso le era necesario por la edad y sus padecimientos, esta obediencia, en fin, era lo único que podía moderar los ímpetus de su caridad. Por buena y santa que fuese una cosa, la omitía con gusto, si era opuesta á la obediencia. El Ilmo. Sr. D. Agustín González Pisador, Obispo de Oviedo declara, que confesándose el Siervo de Dios en cierta ocasión con un confesor desconocido, le previno que se

(1) S. Pedro, II, 13

(2) Proc. ord. fol. 648

abstuviese de comulgar, y así lo hizo sin replicar, sin embargo de que otros confesores que le habían tratado mas, y experimentado su espíritu, le habían prevenido que comulgase diariamente (1).

52. A los votos de que hasta ahora hemos hablado, añadió Antonio otro, que demuestra la altura á que se elevó en el ejercicio de la caridad cristiana, y consistia en seguir siempre el bien mejor y mas perfecto, y que creyese ser mas del agrado de Dios. Leemos que Sta. Teresa, Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal, hicieron un voto semejante, y si nuestro Antonio imitó su ejemplo al hacerle, fué igualmente constante y fiel en su observancia. No faltó quien calificase este paso de imprudente é indiscreto, pero el siervo de Dios, confiada en la aprobacion de sus confesores, depuso todo escrúpulo y toda duda. El director espiritual de Antonio, en cuyo testimonio nos apoyamos, declara que siempre practicó dicho voto con el mayor consuelo, prontitud y alegría de su espíritu, y que admirablemente elegia siempre lo mas perfecto, discerniendo con la ciencia infusa, que el Señor le comunicó, y con el don de entendimiento que poseia perfectísimamente, entre lo bueno y lo mejor, para seguir siempre lo último. La facilidad y puntualidad con que cumplió este difícil voto, y las luces extraordinarias que el Señor le comunicó para practicarle, prueban suficientemente cual era el espíritu de que Antonio estaba movido, ligandose de un modo tan extraordinario y sorprendente.

(1) Proc. Apost, 4576.

CAPITULO VIII.

Ereccion de las Hermandades de la Sta. Escuela de Cristo y de la Virgen del Carmen.

53. Aun cuando los principales medios de que el hombre puede hacer uso para procurar la santificacion de los demas, (prescindiendo de la dispensacion de las gracias celestiales, que hace el que administra los sacramentos) sean la exhortacion y el buen ejemplo; porque á vista de las acciones y palabras de los otros, el hombre se siente movido naturalmente á obrar; sin embargo unos y otros solo producirian efectos pasajeros, si no fuera constante la eficacia de las instituciones. Esta es la razon por que la Iglesia es tan fecunda en piadosos y santos institutos, y porque los grandes hombres escitados por Dios en todos los siglos del cristianismo, para procurar la santificacion de las almas, fueron en gran parte fundadores, ó promovedores, ó propagadores de alguna institucion piadosa y benéfica. Así es en efecto; los hombres mueren, pero las instituciones les sobreviven: los hombres cambian y las instituciones permanecen siempre las mismas. El venerable Bermejo que ardia en deseos de infundir en otros aquella caridad que sentia en su seno, y anhelaba fuesen permanentes en su patria los efectos de su celo, escitaba á todos para que contribuyesen á transplantar á su pais aquellos santos institutos que habia

observado eran en otras partes tan fecundos en frutos de vida y saludables efectos. El hermano Antonio, decia el Sr. D. José Torrecilla, administrador del hospital de S. Miguel, fundado por el Siervo de Dios, procuró de tal modo la salvacion de las almas, que continuamente se prestaba á su mayor bien y provecho, estableciendo congregaciones y hermandades. (1)

54. Dos son de las que vamos á hacer mencion especial; una, la santa Escuela de Cristo, que tiene por fin instruir y ejercitar á sus congregantes en la perfeccion cristiana, con los piadosos ejercicios de la mortificacion, con la frecuencia de sacramentos, observancia de los preceptos y consejos evangélicos, segun el estado de cada uno, y otra, la Hermandad de Ntra.Sra. del Cármen. Uno de los ejercicios propios de la Escuela de Cristo es la asistencia y servicio de los hospitales; y nuestro Venerable, que tan á pechos habia tomado el ejercicio de la caridad hácia los demas, no podia encontrar medio mas á propósito que procurar la ereccion de semejante congregacion. Todos los que en los procesos dan testimonio de la virtud del Venerable Alonso, convienen en que esta congregacion, se fundó en la Nava del Rey, por la solicitud y empeño de Antonio, que fué uno de sus principales fundadores. El sacerdote D. Francisco Nuño, confesor de Nuestro Venerable, y que perteneció á dicha congregacion, declara, que la Escuela de Cristo se fundó por su influjo y representacion hácia el año 1722 (2).

(1) Proc. ord. fol. 533.

(2) Proc. ord. fol. 645.

55. Los hermanos de la Escuela de Cristo se reunían al principio en el oratorio del Hospital, antes de que se construyese su Iglesia, pero como este oratorio era demasiado reducido, se trasladaron á la Iglesia de los Agustinos reformados, donde permanecieron algun tiempo. Como los hermanos deseaban poder tener un oratorio propio, y como Antonio creia muy conveniente que la escuela de Cristo volviese á su primitivo local, así como el que estubiese unida una Iglesia á su Hospital, propuso que con las limosnas de los hermanos y con otros fondos que tenia disponibles, y que esperaba recaudar de la caridad de otros, se principiara á construir una capilla grande en el Hospital de S. Miguel donde podia reunirse la Escuela, y usar de ella como propia para los ejercicios, reuniones, y funciones religiosas. Aprobado que fué este pensamiento, la construccion de la Iglesia vino á completar la reedificacion del Hospital. No repetiremos aquí lo que ya hemos dicho en otro lugar, sobre el empeño y fatigas sostenidas por Antonio, para la construccion del edificio y para proporcionarse los recursos necesarios. Mendigando, trabajando como un jornalero, y exhortando á los demas á que siguieran su ejemplo, progresaba aquel doble monumento, la casa de Dios y la casa de los pobres, que debia ser para la posteridad la expresion fiel de su caridad para con Dios y para con el prójimo, caridad, que era el alma de todas sus acciones y de todos sus sacrificios. Antonio luchaba con una confianza victoriosa de todos los obstáculos, y Dios no le abandonaba. Faltándole un dia recursos para la continuacion de la obra, el sa-

cerdote D. Francisco Nuño, y su padre, ricos poseedores de la Nava, contribuyeron con algunos miles de pesos duros, con cuyo auxilio y las limosnas suministradas por otros devotos se terminó la obra. En vez de una capilla se tenia ya una hermosa y espaciosa Iglesia dedicada al Arcangel S. Miguel, bien decorada, coronada con una elevada cupula y enriquecida con cinco altares.

56. Luego que se concluyó la obra, se verificó la traslacion de la Escuela de Cristo, (1) y Antonio lleno de jubilo por haberla llevado á termino feliz, se consagró á la otra mucho mas interesante de la edificacion espiritual de sus hermanos. ¿Que valor tenia haber proporcionado á la Escuela un local mas amplio, sino hubieran sido numerosos los discípulos y todos ávidos del verdadero aprovechamiento? El Venerable siervo de Dios valiendose de toda clase de insinuaciones y persuasiones, se afanaba porque se aumentase el número de los hermanos de la Escuela de Cristo, y su júbilo llegaba al estremo, cuando veia la asiduidad y frecuencia con que asistian á sus ejercicios. Sí por el contrario, observaba en alguno frialdad ó retraimiento, procuraba comunicarle fervor y santo celo, porque queria que todos participaran del ardor de que él estaba animado. Procuraba principalmente, que se consagraran y aplicaran á la meditacion que en la santa Escuela solia hacerse de los dolorosos misterios de la Pasion de Cristo, no dudando que aquella via, por la que tanto habia avanzado él en la caridad,

(1) Proc. Apost. fol. 1644.

conduciría á otras muchas almas al mismo feliz estado. Como los hechos son mas eficaces que las palabras, nuestro Venerable era el primero en dar ejemplo de puntualidad, de compostura y modestia, de atencion y devocion á todos los actos; y no solo observaba fielmente todas las reglas, sino que gustoso abrazaba todos los actos de mortificacion y afliccion de la carne, que se hacian con arréglo al instituto. De tal modo servia de edificacion á los demas, que se aprovechaban de su ejemplo, viendo un discípulo tan perfecto de la santa Escuela, á cuya imitacion se sentian impulsados.

57. La otra institucion cuya ereccion promovió con ardor en su patria el Venerable Siervo de Dios, fué la hermandad de la Virgen del Cármen. Para obtener la competente licencia de los superiores de la órden del Cármen, él y D. Francisco Nuño, otro promovedor de esta institucion, acudieron al celo del Pro. D. Francisco Colmenero, hombre apostólico y celoso en promover la devocion del Santo Escapulario. Luego que se consiguió esta licencia y la del Ordinario, quedó erigida la Hermandad, é incorporada á la de Medina del Campo, hacia el año de 1730. (1) Concluida que fué la Iglesia del Hospital, se instaló en una de las capillas laterales, y de este modo Antonio podia frecuentarla facilmente, como lo hacia con suma exactitud, cumpliendo todos los ejercicios y prácticas de los hermanos. Con sus exhortaciones y con su ejemplo procuraba atraer á otros, y afiliados ya á

(1) Proc. ord. f. 643.

que se distinguieran en la observancia de todas las reglas, proponiéndoles el bien que obtendrian del tesoro de indulgencias concedidas á esta obra por los Romanos Pontífices, y la proteccion de la Santísima Virgen, bajo cuya invocacion se colocaban.

58. Los efectos correspondieron al celo de Antonio, porque todos sus paisanes y hasta los niños, acudian á tomar el santo Escapulario, que daba á todo el que lo queria. No satisfecho con haber proporcionado esta devocion, procuraba promoverla entre los forasteros, que en gran número acudian á aquella villa, especialmente en el tiempo de la recoleccion de granos y de la uva. Despues veremos que tambien la propagó en otros lugares circunvecinos. Tuvo gran cuidado de que en la Iglesia del hospital, y en el altar de la hermandad se colocase una hermosa imágen de la Virgen del Cármen, cuya festividad se celebrara anualmente con pompa, así como una novena preparatoria. Antonio saltaba de gozo al contemplar la gran concurrencia, que acudia á estas funciones. Ni de esta ni de ninguna otra obra piadosa, quiso jamas ser llamado fundador, rechazando todo título de gloria, y refiriendola solo á Dios, autor de todo bien.

CAPITULO IX.

*De otras obras de Antonio para procurar en su patria
la santificacion de las almas.*

59. El amor es industrioso y activo, y el hombre al parecer mas inepto é impotente llega á hacerse eficazísimo cuando siente en su corazon algun afecto encendido. Con mucha mas razon sucede esto cuando este afecto es el amor á Dios; porques entonces el mismo objeto amado coopera con su gracia y poder divino, á hacer fecundos y productivos los esfuerzos del alma amante. Antonio lego, sin instruccion, pobre por haberse despojado de todos los bienes, sumamente ocupado en los penosos oficios que habia tomado sobre si, ardia en amor á Dios, y por lo mismo queria que todos le sirvieran y amaran; así es, que en su estado egercia una especie de apostolado particular, cuyas pruebas maravillosas vamos observando. Sin embargo, nada de esto le bastaba, porque como la caridad no se sacia nunca, siempre pensaba en nuevos medios de atraer almas á Dios. Habia observado que entre los grandes santos escogidos por Dios para la santificacion de un pueblo, brillaba como astro luminoso S. Felipe Neri llamado Apostol de Roma. Uno de los principales medios adoptados por este gran hombre para la santificacion de muchas almas en la gran metrópoli del cristianismo fue-

ron los ejercicios del Oratorio, cuya eficacia han recomendado sabios é ilustres escritores, y está confirmada por la esperiencia, que es el criterio mas grave para juzgar de la bondad de un medio. Por una circunstancia de que despues hablaremos, se le ocurrió á Antonio el pensamiento de introducir estos ejercicios en su patria, y principalmente en la iglesia aneja al hospital, la cual por las fundaciones en ella erijidas, y por la frecuencia con que acudia gran número de personas, era como un huerto escogido para criar y hacer florecer mil pimpollos de perfeccion cristiana. El Venerable Siervo de Dios hizo cuanto pudo para conseguir en favor de su iglesia el mayor y mas insigne beneficio, esto es, que fuera en el mas verdadero y preciso sentido la casa del Señor. Porque á la verdad, ¿como habria podido haber en ella el pasto conveniente para la piedad de los fieles que concurrían, si faltaba la fuente de vida, Jesus Sacramentado.

60. Para facilitar mas la concesion de este beneficio que otorgó la autoridad eclesiastica, concurrió la circunstancia de que dos personas piadosas querian dotar el mantenimiento de una lámpara para el Santísimo Sacramento. Antonio se valió de su confesor D. Francisco Nuño, á fin de que esta devocion se aplicase á la Iglesia del Hospital, y asi se hizo, con lo cual se removieron los obstáculos que habia con beneplácito y satisfaccion del cabildo parroquial. La sagrada hostia fué conducida solemnemente de la Parroquia á la Iglesia del hospital, hacia el año 1754 (1) concurriendo á la procesion el cle-

(1) Proc. ord. fol. 643.

ro, ayuntamiento, y los vecinos mas notables de la villa. Grande fué la alegría del pueblo, pero fué mayor la de Antonio, que habiendo trabajado tanto para la edificacion de la casa del Señor, veia era conducido á ella con tanta pompa y solemnidad. Enriquecida su iglesia con este inestimable tesoro, pudo Antonio introducir en ella los ejercicios del Oratorio de San Felipe Neri, puesto que en aquellos dias llegó á la Nava un presbitero felipense de la Congregacion del Oratorio de Madrid, al que habia hospedado en su casa D. Francisco Nuño. Nuestro Antonio se aprovechó de esta circunstancia y rogó al Presbitero felipense procediera á inaugurar las prácticas y ejercicios prescritos por su Santo Fundador. El piadoso sacerdote accedió muy gustoso, y conseguida la licencia de los comisarios, patronos del Hospital, se dió principio á la empresa, haciéndose los ejercicios en los dias feriados para solo hombres y en los festivos para ambos sexos. (1) Los Presbiteros D. Francisco Nuño y D. Fausto de Oro, ambos confesores del Venerable, y grandes admiradores de sus virtudes, se prestaron con muy buena voluntad, á hacer las pláticas y exhortaciones, y la obra echó tan profundas raices y fructificó de tal modo, que no solamente continuó despues del fallecimiento de Antonio, con gran provecho de las almas, sino que el concurso en los dias festivos se aumentó hasta el punto de ser ya demasiado angosta la iglesia del Hospital, razon por la que fué necesario trasladar los ejercicios á la Iglesia

(1) Proc. Apost. fol. 1590

Parroquial, haciendose solo en aquel los de los dias destinados para solo los hombres.

61. Para que Antonio fuera el Apóstol de su pais, no le faltaba mas que tener facultades para anunciar la divina palabra y mover los corazones, conduciendo á los hombres por las vias de la salud. Como ni su estado, ni su condicion se lo permitian, se afanaba para conseguirlo por medio de aquellos que podian hacerlo, participando así de sus merecimientos. El Illmo. Sr. Obispo de Teruel Sr. Rodriguez Chico, declara que tuvo sumo celo por la honra y gloria de Dios, y salvacion de las almas, segun lo denotaban todas sus espresiones, y la diligencia y solicitud que empleaba, para que vinieran á la Nava misioneros apostólicos y otros predicadores celosos. (1) Para que su patria disfrutara mas frecuentemente de tan saludable beneficio, procuraba que los misioneros y predicadores, cuya venida solicitaba, fueran hospedados en las habitaciones del Hospital, y asistidos en todo con el mayor decoro y solicitud. El Venerable Antonio, tenia sin duda presente este hermoso pasage de San Mateo X. *44 Qui recipit prophetam in nomine prophetae mercedem prophetae accipet.*

62. No era menor el esmero y solicitud con que se valia del celo de los eclesiasticos y de otras personas autorizadas, para reprimir y evitar los escándalos, para que cesaran los pecados públicos, para cuya estirpacion no fueran suficientes sus propias fuerzas. El cura párroco

(1) Proc. Apost. fol. 1889

de la Nava del Rey declara que siempre y cuando tenia noticia de algun escándalo ó pecado público, cometido, ya en la Nava del Rey, ya en otro pueblo inmediato procuraba evitarlo ó reprenderlo, ó por si mismo ó por medio de algunas personas prudentes, eclesiasticas y autorizadas.

(4) Grandes eran los triunfos que nuestro Venerable conseguia aun obrando directamente solo por si mismo, ya por el gran crédito y fama que tenia, cuanto por los medios suaves y convenientes de que se valia, insinuando y hablando con una fuerza y eficacia sorprendentes. Los que asi eran fraternalmente amonestados por el Venerable siervo de Dios, declara el Presbitero D. Ildefonso Chico-Luengo, jamas se daban por ofendidos, reconocian la eficacia y fuerza de la razon, la suavidad y afabilidad de su trato, la necesidad que tenian de aprovecharse de sus consejos, de huir del pecado y de imitar lo mejor que les fuera posible su vida inocente y sus santas costumbres.

(4) El mismo testigo declara, se acuerda en particular de un escándalo público, que el siervo de Dios remedió en Medina del Campo, con un sugeto de gran distincion, que despues quedó muy agradecido al Venerable Antonio.

63. No era solamente en los casos ó circunstancias que le ocurrieron de tener que evitar escándalos ó pecados, en los que ejercia su celo con piadosas exhortaciones y saludables consejos; sino siempre y donde quiera que hubiera ocasion, sus discursos eran de argumentos

(4) Pro. Apot. 2230.

(4) Pro. Apost. 1117.

espirituales, dirigidos al bien del prójimo, siendo su conversacion constantemente provechosa para alejar á los demas del pecado, ó para hacerles progresar en la virtud. D. Fausto de Oro, amigo suyo, declara, que toda la vida del Venerable Siervo de Dios fué un vivo y eficaz sermón y exhortacion, para que se enmendaran y convirtieran los pecadores. (1) Para acrecentar eficacia á las palabras y al ejemplo, se valia Antonio del poderosísimo elemento de la oracion, y no satisfecho con lo á que él incesantemente se consagraba para tan santos fines, excitaba á los demas á que oraran, y para alcanzar la misericordia divina afligia su inocente cuerpo con varias penitencias y mortificaciones en espiacion del prójimo, y para mejor conseguir la gracia de que se convirtieran. Era tan vehemente este deseo suyo de ganar almas que el ya referido Obispo de Teruel declaró; no tenia duda alguna de que Antonio estaba dispuesto á perder la vida, si fuese necesario, para la conversion de un pecador.

64. Cuando tenia noticia de que algun pecador abandonaba sus vicios y se convertía á Dios de todo corazon se sentia inundado de suma alegria y consuelo. A todo el que deseaba progresar en la virtud le daba los consejos y auxilios que le pedia. Así lo espermentaron tres doncellas de la villa de la Nava del Rey, que deseando abrazar el estado religioso, y viendose privadas de dote acudieron al Venerable Siervo de Dios para que las prestara su proteccion, consejo y apoyo, como se los prestó

(1) Proc. Apost. fol. 1592.

en efecto, consiguiendo á poco tiempo ingresar en el monasterio. Ni se debe ni se puede pasar en silencio el cuidado de Antonio por la instruccion religiosa del pueblo, supuesto que, para inclinar la voluntad al bien, ayuda sobre todo la ilustracion de las inteligencias y procurar que desde muy tierna edad se infundan santos principios. Para conseguirlo, no solamente estimulaba el celo de los párrocos y sacerdotes, sino que lo hacia por si mismo, en todo lo que es permitido á un seglar. Esta instruccion la sabia comunicar muy bien nuestro Venerable, aun cuando fuese un sencillo labrador, ya por que sus padres habian cuidado de su instruccion religiosa, ya por que él escuchando y leyendo habia procurado instruirse en este punto, ya mas principalmente por que el Señor lo habia enriquecido con luces especiales. Por este y otros medios semejantes procuraba Antonio poner en práctica estas memorables palabras suyas.—«Señor, yo no quiero ser bueno solo para mi, sino hacer en cuanto me sea posible que todos se duelan de sus pecados y que nadie os ofenda; que todos reconozcan vuestros divinos beneficios y bendigan vuestra muerte y Pasion.»

CAPITULO X.

Salidas y peregrinaciones del Venerable Antonio para procurar la salvacion de las almas.

65. La gran caridad que tanto abundaba en el corazón del Venerable Siervo de Dios, y su celo ardiente por la salvacion de las almas no podian reducirse á los estrechos confines de su patria, y tenian necesidad de difundirse en una esfera mas dilatada. Asi es, que cuando veia que el Hospital no necesitaba de su asistencia, solia marchar á otros lugares y ciudades circunvecinas, donde desplegaba su celo con aprovechamiento del prójimo. Haciendolo asi, no solo socorria en gran manera á aquellos entre quienes estaba y habia ido á buscar, sino que no dejaba de ser util á los de que se habia alejado; porque recomendando su hospital á la caridad de los fieles, volvía á el con abundantes limosnas, que ponía fielmente á disposicion de su piadoso Instituto. El fin directo de estos viages, era como ya dijimos, ganar almas para Jesucristo, fin que principalmente conseguia promoviendo la devocion del *Via-Crucis*, del santo Rosario, del santo Escapulario y otros semejantes, para que acostumbrandose los fieles á meditar la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo y á acudir al poderosísimo patrocinio de la

Madre de Dios se afirmasen en la sólida piedad, y asegurasen su salvacion. Este pensamiento lo comunicó á sus confesores, y aprobado por ellos, lo puso en práctica afrontando valerosamente las fatigas, las molestias y los peligros que encontraba.

66. Este rasgo de la vida de Antonio merece ser especialmente considerado, porque forma un tipo especial del Venerable Siervo de Dios. Decia un famoso escritor, que para medir el grado de industria á que ha llegado algun pueblo ó individuo en cualquier ramo particular, debe atenderse á la escasez de los medios y de los instrumentos, comparados con la grandeza de los resultados; así es, que cuanto mayores son estos y mas escasos aquellos, tanto mayor debe ser considerada la industria del que obra. Esta misma observacion es aplicable al Venerable Antonio, para saber apreciar con justicia su santo celo y la sabiduria divina que lo guiaba, y se servia de él para sus misericordiosos fines. Aun quando el ejercicio del Apostolado está reservado directamente á los pastores de las almas y á los sagrados ministros de la religion; es sin embargo muy laudable y bello que un seglar, que un simple fiel, coopere, quanto lo permita su estado, á este divino y escelente ministerio. La gran dificultad que suelen oponer los que estan en el siglo consiste en que dicen:—¿Como estando privados del sagrado caracter de la mision divina y de la potestad eclesiástica, y con frecuencia de la ciencia de que necesita un promulgador de la palabra divina, han de poder los seglares desempeñar funciones que son naturales en el Obispo y en el sacerdote, y que

en un seglar parecen una extravagancia? Yo creo que todos estamos llamados á conquistar almas para el cielo, y á este fin consagró su vida el Venerable Siervo de Dios. Hasta ahora hemos visto, que ejerció una especie de apostolado en su misma patria; pero parece que esto ni escede los límites ordinarios, ni es una cosa desusada ó poco vista, lo que si tiene un caracter especial, que distingue al Venerable Siervo de Dios, es que marchase á otros paises y lugares para evangelizar los pueblos, sin hollar la disciplina eclesiástica, y sin salir de la esfera de accion que le señalaba su estado.

67. Luego que llegaba el tiempo en que el Venerable Siervo de Dios podia alejarse del hospital, sin perjuicio de los enfermos, se proveia de abundantes objetos de devocion, que le suministraban las personas devotas conocidas suyas, y consistian en rosarios, escapularios, sagradas imágenes, canciones y libros piadosos sobre la Pasion del Señor. A muchos miles ascendia el número de estos objetos, que podia llevar tanto mejor, quanto que constituian todo su equipaje, en atencion á que nada llevaba, ni aun para alimento suyo, porque todo lo fiaba á la divina providencia. El Siervo de Dios cuidaba ademas de proveerse de las licencias necesarias para todo lo que se proponia hacer, ya de la abadia de Medina del Campo, ya de la diócesis de Valladolid, ya de otros Ordinarios y los párrocos, ya de los superiores de las órdenes de Santo Domingo y del Cármen en lo respectivo á la inscripcion de hermanos en las Hermandades del santo Rosario y del Cármen. Provisto de estas licencias, se dirigia á a-

quellos puntos ó lugares donde se proponia propagar sus devociones. Luego que llegaba á algun pueblo, se presentaba al cura párroco, al que exhibia las licencias del Ordinario, y por su parte le suplicaba convocase á los fieles á la Iglesia, para rezar el santo Rosario y hacer el ejercicio del Via Crucis. (1) El mismo Venerable Antonio avisaba á los habitantes del lugar, recorriendo las calles y las casas, y exhortando á todos para que fueran á la Iglesia, cuando oyesen el tañido de la campana. Muchos eran en verdad los que concurrían, unos por devocion, y otros por curiosidad.

68. Reunidos los fieles en la Iglesia, empezaba el rezo del Rosario, y despues se hacia el ejercicio del Via-Crucis, del modo que ya hemos referido, (2) esto es, recitando las consideraciones propias de cada estacion, añadiendo á aquellos, actos de amor, de accion de gracias, de contricion y otros semejantes, que le sujeria el espíritu de caridad. Hecho esto, exhortaba á los fieles, para que repitiesen estos ejercicios, ya en sus casas, ya en las Iglesias, y para que se inscribiesen en las hermandades del Rosario ó del Cármen, cuyos tesoros de indulgencias les esplicaba con el fin de atraerlos. Si encontraba á algunas personas necesitadas ó deseosas de instruirse en los rudimentos de la doctrina cristiana, nuestro Venerable se prestaba con sumo gusto á enseñarlos. Á todos aquellos que consideraba idoneos de inscribirse en la orden tercera de S. Francisco ú otro instituto semejante,

(1) Proc. apost. f. 3,979.

(2) Cap. VI, 3-42.

los impulsaba para que lo hicieran, y con empeño fundaba la Santa Escuela de Cristo ú otras obras de piedad en los países ó lugares que eran aptos para recibirlas. Por último, antes de abandonar el lugar de su mision, si se nos permite esta palabra, distribuía al pueblo coronas, escapularios, libritos é imagenes, recomendando solamente sus pobres enfermos, y recibiendo las oblacones espontaneas, sin obligar á nadie á que diese nada, ni como merced, ni como remuneracion de los objetos que distribuía.

69. Grandes y maravillosos eran los frutos que el Venerable siervo de Dios recogía de estos egercicios, en atencion á que, aun despues de su marcha, permanecian las practicæs que él habia dejado, y se establecian las congregaciones que habia aconsejado ó promovido. D. Fausto de Oro declara: «Que por haber asistido á este Santo egercicio algunos hombres piadosos, aprendieron de memoria los principales pasos de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, recitándolos y egercitándose en esta devocion en las iglesias, y aun en sus propias casas.» (1) Pero el fruto mas agradable al Venerable Antonio era el de la conversion de los pecadores, algunas de las cuales eran verdaderamente prodigiosas. El mismo Siervo de Dios tuvo ocasion de experimentar algunas de las muchas debidas á su celo, cuando volvia á alguno de los lugares donde antes habia estado, lo cual acrecentaba su aliento y su valor, para proseguir en su empresa. Cuéntase entre otras, que un sacerdote que traía una vida no

(1) Proc. ap. f. 4536.

conforme á su santo ministerio, luego que oyó hablar á Antonio en sus ejercicios sobre el amor de Dios y deformidad del pecado, se sintió tan conmovido, que concluido el ejercicio, no vaciló revelarle el estado de su alma, y recomendarle á sus oraciones, para romper los lazos que lo tenían aprisionado. Antonio lo animó y lo iluminó, demostrándole que estaba en su mano conseguir lo que deseaba, pudiendo por consiguiente reformar su vida, y entregarse á Dios, emprendiendo un modo de vivir ejemplar y digno de su estado. El sacerdote se aprovechó del aviso, y cambió enteramente de conducta. (1)

70. No debe omitirse lo que aconteció al venerable Siervo de Dios en Valladolid, cuando el Ilmo. Sr. D. Martin Delgado, Obispo de aquella Ciudad, quiso asistir por sí mismo á uno de aquellos ejercicios, en que Antonio sabia conquistar tantas almas para Dios. Dicho prelado habia dado ya orden al Padre Francisco Lanza, Lector de Sagrada Teología y Consultor de la Santa Inquisición, para que probase el espíritu del siervo de Dios, y este docto religioso, despues de haberlo examinado y probado muchas veces, se persuadió de que debia darsele aprobacion *teniéndolo*, como dice, *no solo por bueno veridico y sólido, sino tambien por muy elevado y relevante, y su virtud en grado heroico*. (2). Apesar de todo dispuso el prelado que Antonio hiciera en presencia suya una de las exhortaciones, en la misma forma que solia hacerlo en la Iglesia, cuando practicaba el ejercicio del

(1) Pro. ord. fol. 639.

(2) Pro. Apost. f. 720.

Via-Crucis. Obedeció el siervo de Dios, y fué tal la energía de sus palabras, la fuerza de sus razones y la viveza de sus afectos, que el Obispo y el teólogo quedaron altamente conmovidos y admirados, constituyéndose ambos en protectores suyos, y en divulgadores de su virtud que consideraban heróica y extraordinaria.

74. Hasta los últimos años de su vida, continuó el Venerable Bermejo en esta costumbre de ir propagando sus piadosas prácticas y devociones en varios lugares y comarcas, y parece que el Señor le dispensaba una especial asistencia. Sobre esto referiremos dos hechos muy singulares, el primero de los cuales está acreditado por la autoridad del Padre Lanza, que declara lo siguiente.—Habiendo el que declara preguntado á dicho hermano, como podia caminar con seguridad y sin estraviarse, encontrándose casi sin vista, y pasando por caminos poco ó nada frecuentados cuando salia de su villa para ir á propagar dichas devociones y procurar la conversion de los pecadores, le respondió:—Dios *ilumina*. Aunque el testigo no le replicó, oyó decir despues, haberse visto delante de dicho hermano una luz, que le servia de guia, cosa que consideró milagrosa, atendiendo á la virtud de dicho hermano y á la respuesta enigmática que dió al mismo declarante (1). El segundo hecho consta de la declaracion de D. Ildefonso Chico Luengo, donde dice:—Algunos allegados al Siervo de Dios, advirtiendo que aun en los últimos años de su vida y lleno de indisposiciones,

(1) Proc. ord- f. 724.

emprendia marchas, para propagar las devociones del Via Crucis y Santo Rosario, para pedir limosna en favor del Hospital y para retirarse algunos dias á ejercicios espirituales, le reconvinieron, escitados por el amor que le profesaban, y temerosos de no poder asistirlo en su muerte, si ocurría fuera de la villa. El Siervo de Dios lleno de plácida calma y caridad les contestó, que no tubiesen cuidado, que asistirían á su muerte y funeral, como así sucedió en efecto. Comparando estos hechos con lo que ya hemos dicho, de las luces extraordinarias que acreditó habia recibido sobre las cosas divinas, sobre los misterios y verdades teológicas, cuando á su manera hacia sus singulares misiones, se conoce que este anciano ignorante y medio ciego, estaba provisto de una luz muy superior á la de los demas hombres, y tanto, que aun los sentidos mas despiertos y las inteligencias mas ilustradas parecian en tinieblas.

CAPITULO XI.

Persecuciones y malos tratamientos sufridos por el venerable Siervo de Dios al propagar las prácticas de devocion.

72. No es posible agradar al mismo tiempo á Dios y al mundo. Los que buscan con todas sus fuerzas la gloria del Creador y la salvacion de las almas, tarde ó temprano deben esperar de los mundanos contrariedades, ultrajes y vejaciones. Demasiado conocida es la prediccion que Cristo Señor nuestro hizo, despues de su última cena y antes de su pasion, (1) y todas las historias de los santos confirman el cumplimiento de este vaticinio. En su lugar respectivo (2) nos ocupamos ya de los efectos del odio que encendió en los malvados la generosa renuncia de sus bienes en favor del Hospital; y ahora diremos, como sostuvo con valor las contradicciones que encontró en la propagacion del reino de Dios en los corazones de los hombres, por medio de los ejercicios de piedad, y llamando á los pecadores á penitencia. En primer lugar, es evidente, que á todos los que hacen alarde de espíritu fuerte y no profesan una virtud sólida, debia interesar muy poco aquella especie de misionero, que se

(1) S. Juan XV v 18 y sig.

(2) Cap. IV §. 24 y sig.

presentaba con semblante tan falto de atractivos, destruido en la mitad por los funestos efectos de un cáncer, mal vestido, cargado de rosarios, imágenes, libritos y cordones, que mas bien parecia un mercader que un ministro de la divina palabra, sin órdenes sagradas, sin título que le recomendase á la atencion de los pueblos que se proponia santificar y convertir.

73. No es, pues, de estrañar, si al llegar á algunas poblaciones sufriera injurias, deueustos, y fuera tratado de vagamundo é impostor, espulsado indignamente y hasta abofeteado y arrastrado por los cabellos (4). Sucedióle en un lugar, que habiendo concluido sus acostumbrados ejercicios, le rodeó una turba de hombres libertinos y escandalosos, y llamandolo irónicamente padre Misionero y predicador, le instaban á que cantase sus canciones espirituales, en tanto que ellos, para mas escarnecer las exhortaciones piadosas de nuestro Venerable é insultar su modestia, bailaban en presencia suya con mugeres sin pudor, y agregando á las danzas, acciones y palabras deshonestas. No faltó quien se atreviera á apedrearlo, y aun á atentar contra su vida, sin que para este odio y aborrecimiento infernal hubiera otra razon que la antipatia que los malvados profesan á los buenos, que se esfuerzan para atraer á otros á la virtud. En ninguno de estos casos perdia el Venerable Siervo de Dios su paciencia y mansedumbre; siempre sereno, tranquilo y humilde lo sufria todo por amor de Dios. Esta mansedumbre jamás degeneró en vileza,

(4) Proc. ord. fol. 534.

porque, aunque insensible Antonio á las ofensas personales, amonestaba con energia y gravedad á sus obscenos difamadores, que pensando insultarle y ofenderle, se ofendian mas á si mismos, á la religion y al pudor y al decoro con sus palabras y actos deshonestos.

74. El valor del Venerable Antonio en estas luchas resplandecia tambien por la constancia con que volvia al asalto. D. Francisco Nuño declara que: «Estas burlas y afrentas, lejos de distraerle de sus santos propositos, conociendo que podian ser ardidés del demonio con que intentaba privarlo del fruto que esperaba recoger espiritualmente de aquellas almas, volvia con mayor constancia á sus luchas, y á despecho del enemigo comun conseguia propagar dichas devociones, que producian maravillosos frutos espirituales, como repetidas veces lo acreditó la esperiencia (1) El mismo Siervo de Dios declaró:—«Yo volvia con sumo gusto á aquellos lugares donde habia sido mal recibido y peor tratado, y siempre salí de ellos con gran consuelo y cosecha de frutos muy copiosos.»—No faltó quien atribuyera estos maravillosos efectos, á premio que Dios le otorgaba por la heroica virtud que en semejantes casos practicaba: pues lo sufría todo, no solo con admirable paciencia, resignacion y conformidad á la voluntad de Dios, sino con gusto y complacencia; dando infinitas gracias á Nuestro Señor, por que le proporcionaba estos medios de mortificacion, para mejor imitarle.

75. No fueron estas pruebas las mas dificiles que

(1) Proc. Ord. fol. 670

sufrió el Venerable Antonio; hubo otras mayores y mas propias para dilacerar su corazon, porque procedian de personas respetables y de caracter sagrado. De estas, como de las anteriores, salió victorioso, ya conservando ilesa su virtud, ya recibiendo homenajes de los que antes le habian maltratado. Habiendo entrado nuestro Venerable en la Iglesia parroquial de Fuente la Peña para hacer sus acostumbrados ejercicios de rosario y Via-Crucis, el Cura párroco, arrepentido de la licencia concedida á Antonio, ó porque este no hubiera podido conseguirla antes creyéndose autorizado con la del Ordinario, entró en la Iglesia, donde habian acudido muchos fieles, y dirigiéndose á nuestro Venerable con palabras las mas injuriosas y con modales los mas bruscos, lo arrojó de la iglesia, añadiendo á las palabras golpes y malos tratamientos, que el Siervo de Dios sufrió con la humildad mas edificante y con la paciencia mas invencible. Los circunstantes al presenciar esta escena se sintieron interiormente conmovidos, unos indignados contra la conducta del párroco, otros compadecidos y admirados del piadoso varon, á quien tan vilmente se maltrataba, y que tan virtuosamente sufría. El Párroco luego que pasó su primer arrebato, consideró lo que habia hecho, y las observaciones de los concurrentes, ó la humildad y paciencia de Antonio, contribuyeron á hacer que volviera en sí mismo. En efecto, conoció lo mal que habia hecho, y el escándalo que habia dado, y quiso repararlo: en su consecuencia, segun consta en los procesos, dió al Venerable Antonio satis-

faccion cumplida, pidiendo perdon al Venerable Siervo de Dios, por los agravios que le habia inferido, y concluyó dándole gracias por el celo cristiano, buen ejemplo y edificacion que producian sus ejercicios (1).

76. Estaba el Venerable Siervo de Dios en la villa de Villaverde, territorio de Medina del Campo distribuyendo en dia festivo sus pobres y devotos objetos, esto es, libritos piadosos, rosarios y escapularios, y recogiendo las limosnas que los fieles le entregaban para el hospital. El párroco lo vió, y ya fuese movido por un celo mal entendido, ya por probar la virtud del Venerable, como creen algunos, le reconvinó diciéndole; como se atrevia á hacer aquello en un dia festivo. Antonio sin replicar una palabra de disculpa, se apresuró á recoger los objetos espuestos, y echándolos á los pies del párroco, le pidió humildemente perdon, añadiendo que él era quién verdaderamente lo conocia, no los demás, que lo tenian por bueno. Fué tanta la ingenuidad con que hizo esta confesion, tanta la sinceridad y humildad de sus palabras y acciones, que el párroco admirado y edificado, lo levantó del suelo y lo abrazó con ternura (2). El Venerable Siervo de Dios estaba en otra ocasion distribuyendo sus libritos, rosarios, medallas y otros objetos piadosos y exhortando á las gentes á que los tomasen, enumerando las indulgencias que ganarian practicando aquellas devociones. Un sacerdote que quiso aparentar gran austeridad é inteligencia, se dirigió

(1) Proc. Apost. fol. 2024. 3287. 3937. vto.

(2) Proc. Apost. fol. 4860.

á nuestro Venerable diciendo, á los que le rodeaban, en tono destemplado:—«No le creais; es un impostor que viene á robaros el dinero: las indulgencias no se pueden vender, porque es una especie de simonía. Este mismo suceso se reprodujo en otro lugar por un cura párroco, y el Siervo de Dios se condujo en ambos casos con paz y serenidad imperturbables, aunque con razon habria podido replicar á quien le reprendia, la confusion lastimosa que hacian de las indulgencias y de los objetos que sirven para la práctica de las devociones á que estan anexas las indulgencias. Antonio calló, y haciendolo así, se mostró humilde y mas sábio que sus censores.

77. Mucho mas estrepitoso y grave fué el siguiente suceso. Habiendo obtenido el Siervo de Dios licencia del Ordinario y del párroco para practicar sus ejercicios en cierto lugar, se dirigió á la iglesia donde esplicaba á sus oyentes las indulgencias del santo rosario, del escapulario del Cármen, Via-Crucis y otros semejantes; un religioso que entró en la Iglesia oyó á Antonio, y arrastrado por un celo exagerado y ciego, lo acometió llenandolo de injurias y malos tratamientos lanzandolo á puntapiés de la iglesia. El humilde Antonio lo sufrió todo con paciencia, y la gente afligida porque no continuaba los ejercicios, se salió de la Iglesia. Esto debió ser bastante para aquietar á aquel hombre violento, pero aun fué mucho mas allá, porque acudió al alcalde para que dexterara al Siervo de Dios. En efecto, al poco tiempo un ministro de justicia intimó al Venerable Antonio de órden

de la autoridad saliese inmediatamente del país si no quería ser encarcelado como un hombre sedicioso. Por el momento obedeció Antonio, pero luego que pasaron algunos días, volvió al mismo lugar, á pesar de las ofensas é injurias que habia recibido. Con nuevo ardor acometió la obra empezada, y la terminó haciendose los ejercicios con frutos copiosos y universales. Las autoridades y el pueblo acogieron á Antonio con las mayores demostraciones de amor, y aplaudieron su celo y su virtud, convirtiéndose en el triunfo mas esplendido la persecucion de que antes fué objeto al Siervo de Dios. (1)

78. Otro religioso quiso en cierta ocasion probar la virtud de nuestro Venerable, dirigiéndole palabras ofensivas, llamándolo ignorante, é hipócrita, añadiendo otros epitetos injuriosos. El Siervo de Dios sin turbarse se arrojó á sus piés, protestando reconocer, ser tal como habia sido calificado. Desde entonces, dice el testigo que declara sobre este hecho, fué un constante y entusiasta penegirista de la sólida virtud y de la gran perfeccion del Siervo de Dios. (2). Semejante á este suceso fué el ocurrido en la Villa de Verdemarban, diócesis de Zamora, donde el Siervo de Dios se presentó á un sacerdote para que lo confesara, el cual suponiendo que fuese fingida la virtud de Antonio, lo trató con aspereza y desprecio y lo despidió sin quererlo confesar. El buen Antonio se retiró con resignacion y paciencia singular, sin mostrar el disgusto ó inquietud mas pasagera. A poco

(1) Proc. ord. fol. 681.

(2) Pro. Apost. f. 882.

tiempo volvió otra vez al mismo confesor, sintiéndose como movido de un impulso superior, con la confianza de que lo confesaría. El confesor al conocer el estado de la conciencia del pobre á quien habia despreciado, se persuadió de la solidez de su virtud, se arrepintió del modo con que lo habia tratado, revelando su culpa y su arrepentimiento, así como la virtud de nuestro venerable á su amigo D. Pedro Guerrero, Cura de Alaejos, que despues declaró sobre este suceso (1).

79. A estas aflicciones y desastres que Antonio sufrió en sus peregrinaciones emprendidas por el bien espiritual y temporal de sus prójimos, se agregan otras molestias no menores con que la perversidad de los hombres procuraba destruir su virtuoso propósito. En los albergues á donde se refugiaba encontraba hombres rústicos y soeces, que, ó se burlaban de él, ó le dirigian palabras injuriosas que sufría sin impaciencia ó alteracion. Así sucedió en la villa de Simancas, donde la misma dueña del albergue, irritada por la petulancia de los pasajeros que escarnecian al venerable, y conmovida por su inalterable mansedumbre, reprendió fuertemente á los que le ofendian, conteniendo sus bárbaras burlas. Cuando se ponía á la puerta de las Iglesias para distribuir rosarios, escapularios y otros objetos piadosos; se veía continuamente molestado por algunos muchachos y jovenzuelos, que ó bien le quitaban alguna cosa, ó se burlaban de él para tentar su paciencia; pero él, aunque siendo escarnio y ludibrio de la parte mas desprecia-

(1) Pro. Apost. f 3288.

ble de la plebe, permanecia siempre tranquilo y paciente sin mostrar el mas lijero resentimiento. Si alguna persona formal ó autorizada reprendia en estos casos á aquellos niños y jóvenes mal criados, nuestro Venerable intercedia por ellos escusandolos por su sencillez y falta de reflexion.

80. Estas y otras vejaciones semejantes causadas por los hombres debió sufrir en una empresa que en si misma estaba tan cercada y llena de fatigas y trabajos. No llevando consigo provisiones de ningun género, sufría todas las incomodidades y privaciones consiguientes á este modo de viajar. Ya se veia sorprendido en medio de los campos por la lluvia y el granizo, sin tener donde refugiarse, ya tenia que pasar descalzo y destituido de todo socorro los arroyos y los torrentes, sin que como sucedió en alguna ocasion, le prestasen socorro alguno los viajeros que iban montados, ya no pudiendo calzarse por el mal estado de sus piés destrozados por los caminos, tubo que andar mas de 4 millas por terrenos húmedos y gredosos, como aconteció una de las veces que fué á la villa de Tordesillas.

81. En otra ocasion tubo que andar por un vasto pantano, cargado con los inmensos objetos que llevaba, sin que persona alguna le ayudase. Nada diremos de las desgracias frecuentes que le sobrevinieron, ó por robos ó por caidas en malos caminos, ni tampoco de los padecimientos de que se vió acometido sin encontrar quien lo asistiera. Cierto es que jámas le faltó el auxilio divino, y confiado siempre en él, no hubo mal ni obstáculo

alguno que le hiciera desistir de su santo proposito. En los pasos mas difíciles, en medio de los mayores peligros ó invocaba á la Santísima Virgen ó estrechaba su Santo Escapulario, recursos ambos con que se veia libre de todo riesgo y embarazos. De este modo favorecia Dios á nuestro venerable, como lo hace con todos los que en El ponen su confianza, permitiendo que los males y las desgracias le sirviesen para contraer méritos de paciencia y perseverancia.

CAPITULO XII.

Ultima enfermedad y muerte del Venerable Antonio.

82. El Venerable Siervo de Dios estuvo sujeto toda su vida á varias enfermedades con que el Señor quiso probar su virtud. Ya hemos hablado de algunas y especialmente de la úlcera gangrenosa que padecia en la mejilla izquierda, la cual se dilató tanto en los últimos años y con tales estragos, que todos consideraban como un prodigio el que pudiera sobrevivir con tan terrible padecimiento. Atormentábale ademas una hernia intestinal penosísima, que no solo le causaba fuertes dolores, sino que le ponía con frecuencia en peligro de muerte. Sufrió esta enfermedad por espacio de muchos años, y le duró hasta su fallecimiento sin que Antonio apesar de ella, omitiera sus ejercicios de devoción y mortificación

ni los trabajos corporales á que se consagraba. Sufrió tambien por espacio de mucho tiempo una afeccion catarral tanto mas grave, quanto que tenia lastimado el pecho, por consecuencia de una caída que dió desde un lugar elevado sobre un madero clavado en tierra. Sentia los efectos de este padecimiento siempre que hablaba, y especialmente, cuando hacia el penoso egercicio de la Cruz. Este egercicio habia causado en el hombro izquierdo de nuestro venerable una gran llaga, producida por el duro madero de que usaba en tales egercicios. Despues de su muerte, al hacer el reconocimiento de su cadáver se encontraron en el los vestigios de esta llaga.

83. Nuestro venerable que jamas habia omitido el santo egercicio de la Cruz, se vió obligado á suprimirle por mandato de su confesor, despues de los 75 años de su edad, por efecto de la grave enfermedad que sufría. En su consecuencia, debió dejar de levantarse de noche contentandose con meditar la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, sin llevar sobre su espalda el pesado madero de la Cruz; debió abstenerse de ir por la mañana á la Iglesia de Agustinos Descalzos, distante del Hospital, y debió, segun se le previno, practicar sus devociones en el inmediato convento de Capuchinas. Por último, en los últimos meses de su vida se vió acometido de fiebres periódicas, y estenuadas sus fuerzas, y exacerbados todos sus padecimientos, se vió obligado á hacer sus egercicios de costumbre sentado sobre un banquillo de madera, resplandeciendo tanto mas su virtud cuan-

to mas debilitado estaba el vigor de su cuerpo. Así se iba estinguendo lentamente aquella preciosa vida, á cuyo fin contribuian poderosamente la vejez, las enfermedades fisicas, los grandes trabajos y las terribles mortificaciones con que habia afligido su cuerpo.

84. La muerte se acercaba: Antonio la miraba tranquilo y se preparaba á ella con todas las disposiciones que esige un paso tan tremendo. Aunque ya hemos hablado de la prediccion que sobre ella hizo á aquellos amorosos allegados suyos que temian no poder asistirle en los últimos momentos, necesario es consignar ahora otras predicciones suyas. Cuando el venerable Siervo de Dios contaba sesenta y cinco años de vida, predijo que le quedaban quince años aun. D. Matias Monroy, Administrador del Hospital, del Venerable Siervo de Dios hace la siguiente importantísima declaracion.—«Estando el Venerable Siervo de Dios al cumplir los 65 años de edad hablando con el testigo, como Administrador que era del Hospital, sobre el Gobierno del mismo, le manifestó que era necesario arreglar las cosas para vivir con un poco mas de reposo y quietud los *quince tantos* que le quedaban de vida; de cuyas palabras dedujo el testigo que el venerable Siervo de Dios viviria 15 años. Tan persuadido estaba de ello, que aunque despues vió al Siervo de Dios en peligro de muerte, el testigo, libre del temor que todos concebian recordando las palabras del Siervo de Dios, aseguró á diversas personas condecoradas del pais, que aun le quedaban algunos años de vida, como así se verificó.

85. Cuanto mas se acercaba el término presagiado, tanta mayor era la precision con que Antonio lo indicaba. El mismo Monroy dice;—«Que habiendo el declarante convidado al venerable Siervo de Dios á que fuese á hacer colacion con él la noche de Navidad del año de 1737, que fué la que precedió al fallecimiento de nuestro venerable, le respondió que iria con gusto; *por que aquella seria la última*. Como el testigo habia determinado cesar en la administracion del hospital, podia entenderse que la última vez seria la de reunirse en su habitacion en el hospital, pero el Venerable Siervo de Dios lo sacó de dudas, diciéndole que ya habia vivido muchos años y que le quedaba poco de vida. (1).

86. Sabedor el venerable Bermejo de su próximo fin, no hablaba de el con otras personas como de un acontecimiento temible y funesto, sino siempre tranquilo y con ánimo y rostro inalterables. Con el mismo fervor y devocion que habia practicado en toda su vida, confesaba y comulgaba diariamente, rezaba el rosario, hacia el Via-Crucis, oia misa y se consagraba á las demas devociones, egercicios piadosos y penitencias, sin alterar en nada su arreglada y austera vida, á no ser que se lo impidieran la falta de fuerzas, ó la obediencia á su confesor. Sin cesar hacia actos de fé, esperanza y contriccion, rezaba el credo varias veces al dia para avivar mas su fé, y hacia que le leyeran la recomendacion del alma, á la que respondia con tal fervor, que pa-

(1) Proc. Aposto. f. 4655.

recia se encontraba en el tránsito de la muerte. Para que nada faltase á las disposiciones que todo hombre prudente debe tomar antes de su fallecimiento, quiso consignar su última voluntad sobre los 300 reales que se reservó de la donacion universal, dejándolos al hospital, y suplicando al Administrador y patronos le perdonasen los defectos cometidos en la asistencia de los pobres enfermos, y rogando á la Hermandad de la misericordia, establecida en el Hospital, le enterrarse por caridad como á un pobre miserable á la entrada de la Iglesia parroquial.

87. Nuestro Venerable otorgó su testamento á fines de Octubre de 1758. D Francisco Nuño, su Director espiritual, lo visitó en la tarde del dia 11 de Noviembre, y habiendole preguntado como estaba, respondió Antonio «¿como quiere usted que esté? estoy ya en capilla» palabras con que significaba que la tarde del dia 11 habria dejado de vivir, porque sabido es que en España estan los reos 3 dias en Capilla antes de ser conducidos á la muerte. Al dia siguiente 12, el Siervo de Dios fué acometido de una fiebre ardiente, que apenas le permitió oír misa y comulgar. Conducido á la cama, por órden de su Director, no perdió su natural alegría; y considerando que como enfermo le habian puesto sábanas y camisa de lienzo, dijo en tono de broma:—*vaya ; esto sirre para morir á la moda.*

88. De poco alivio podia servir todo este esmero y cuidado á las penas que sufría, ya por la enfermedad que le acometió, ya por haberse recrudecido sus an-

tiguos padecimientos. El médico del hospital D. Manuel Gonzalez de Dios calificó la última enfermedad del venerable de una fiebre maligna con flusiones al pecho y señales de pulmonia, complicada con la úlcera cancerosa de la mejilla izquierda, dilatada en la parte superior hasta la órbita del ojo y en la inferior hasta la mandíbula (1). Aun en medio de tantos dolores, Antonio se conservó siempre sereno, tranquilo y constante en la continuacion de sus prácticas piadosas, en cuanto su estado se lo permitia. En el dia 43 se le aumentó la fiebre y disminuyeron notablemente sus fuerzas, pero á pesar de todo á la hora de la misa hizo que le condujeran al altar de la enfermería, para recibir la sagrada comunión, verificado lo cual, se le volvió á poner en la cama, de la que ya no se levantó. Al siguiente dia 44, que habia presagiado ser el último de su vida, pidió que le administrasen el Sacramento Eucarístico en forma de Viatico, y así se verificó después de haberse confesado. Declara el Sacerdote D. Matias Monroy, á quien Antonio habia predicho el tiempo de su fallecimiento, que el Venerable Siervo de Dios recibió el Santísimo Viatico con una particularísima disposicion y alegría de espíritu, y con edificacion de los circunstantes (2). Su confesor D. Francisco Nuño añade, que recibió la Santa Eucaristia y la Estremauncion con señales efectivas de los efectos del amor de Dios que ardia en su corazon (3).

(1) Pro. Apost. f. 4186.

(2) Proc. ap. f. 4737.

(3) Proc. ord. fol. 661.

89. Luego que se esparció la noticia de la gravedad en que se encontraba, muchos se apresuraron á ir á verlo por última vez, y él que comprendía la causa de tantas visitas, aun cuando moría sin haber mancillado el lirio de la inocencia hasta una edad tan avanzada y lleno de virtudes y merecimientos, sin embargo, inspirado por su humildad profunda, solo decia á todos los que iban á verlo, que por piedad lo encomendasen á Dios y lo tuvieran presente en sus oraciones; y lo decia vertiendo copiosas lágrimas, no porque sintiera dejar esta miserable vida, deseando como deseaba ir á la eternidad para unirse con su Dios, segun declaran muchos de los que presenciaron su muerte, sino porque su humildad le hacia conocer que aun necesitaba mucho de la bondad y misericordia divina. Este conocimiento que habia dominado en él toda su vida, fué mucho mas intenso en sus últimos momentos, y la causa de que no padeciera ni agonia ni delirio, sino que re-crendábase en aspiraciones de amor, estrechando el crucifijo con la mano derecha, tranquilo, como un hombre que se duerme, espiró suavemente el alma al pronunciar las palabras: «In manus tuas Domine commendo spiritum meum (1).» Aconteció su muerte en la tarde del 14 de Noviembre de 1758 hacia las 6 de la tarde, en el mismo dia y hora que habia designado, como dice el sacerdote Nuño (2).

(1) Proc. Apost. fol. 4187.

(2) Pro. Apost. f. 681.

CAPITULO XIII.

Honores tributados al Venerable Siervo de Dios despues de su fallecimiento.

90. Tan pronto como se divulgó la noticia del fallecimiento del Venerable Siervo de Dios, acudió gran número de personas á ver su cuerpo, ya por devota curiosidad, ya como una demostracion de afecto, ya para adquirir y conservar como reliquia alguno de los objetos que hubieran pertenecido al Venerable. Fué necesario cerrar la puerta, para poder amortajarlo con decencia y trasladarlo á la Iglesia del Hospital, donde habia mas espacio para la afluencia de gente que acudia. Aun aquí fué indispensable tomar varias disposiciones, como se lee en los procesos, para contener la gente y evitar cualquier desorden. Todos procuraban con inesplicable ansiedad tocar en su cuerpo rosarios, medallas y otros objetos piadosos; todos deseaban cortar algunos pedazos de su mortaja para conservarlos como reliquia, todos le aclamaban como un santo, y todos de diversas maneras manifestaban el alto concepto en que lo tenian. No solo acudieron los habitantes de la Nava en los 3 dias en que estuvo espuesto, sino otras muchas personas de los lugares comprendidos en la Abadia y especialmente de Medina del Campo, Villaverde, Alaejos, Siete Iglesias y

Tordesillas. Todas estas personas de toda clase, seco y condicion, mas bien que poseidos de fúnebre tristeza, lo estaban de complacencia y alegría, como si asistieran á la celebracion de una fiesta, y no á los tristes Ritos de un funeral.

91. Los estragos y la deformidad que suele acarrear la muerte, no se reconocian de modo alguno en el cuerpo del Venerable Siervo de Dios. D. Francisco Nuño y otros declaran, que tanto él y estos, como D. Fausto de Oro, D. Fernando Rodriguez Chico, Administrador del Hospital, y otros muchos observaron que el cadaver del hermano Antonio conservaba el mismo color y suavidad de carne que si estuviera vivo, con una universal flexibilidad de sus miembros y articulaciones. Estas prodigiosas y estrañas circunstancias llamaron la atencion de los médicos y cirujanos de la Villa, que acudieron á hacer observaciones y reconocimientos periciales, en vista de lo cual, y persuadidos de que aun estaban los vasos ó venas del Venerable muy llenos, juzgaron que de cualquiera en que se hubiera punzado habria salido instantaneamente sangre. (1) D. Fausto de Oro, subdelegado del vicario de Medina del Campo para hacer el reconocimiento juridico del cadaver, mandó al cirujano le abriera una vena en el pié derecho, y verificado así, salió con impulso la sangre de color natural y perfecto, que fué recogida en paños y pañuelos por muchos de los concurrentes. Esta operacion se hizo de noche y trascurridas ya 27 horas de la muerte de Antonio.

(1) Proc. Ord. fol. 662

92. Escitado por la relacion de este hecho el mismo vicario de Medina del Campo, quiso ir en persona à ver el cuerpo del Siervo de Dios, y fué acompañado de otras personas distinguidas, entre ellas del Juez de Medina y del capitán de caballería D. Manuel Sillero. Luego que el Vicario observó en presencia de médicos, cirujanos y otras personas respetables que el cadáver conservaba las mismas condiciones que en el primer reconocimiento, y eso que habian trascurrido ya tres dias de la muerte del Venerable, mandó que se descubriese la primera sangria, y levantada que fué la venda, volvió á salir sangre líquida y de color natural, que tambien fué recojida en pañuelos. Fácil es de concebir la sorpresa que causaria este fenómeno ocurrido á las 72 horas del fallecimiento. A pesar de todo, el Vicario mandó al cirujano D. Manuel Hernandez del Rio hiciera otra sangria en la pierna izquierda, y aunque el cirujano, ó conmovido ó lleno de temor no picó bien la vena, sin embargo, salió gran cantidad de sangre del mismo color natural y perfecto. El vicario mandó entonces que se cerrase la nueva sangria y siguiera el reconocimiento del cadáver, en el que aparecieron las cicatrices de las cinco llagas, y otra mayor en el hombro izquierdo, causada por el ejercicio de la Cruz, así como las señales de las terribles penitencias y mortificaciones con que Antonio habia macerado su cuerpo, las cuales estaban esparcidas en todo él y algunas eran muy recientes. Aquel cuerpo estaba todo lacerado, y se observó tambien, que sus espaldas vertian aun sangre; indicio cierto de que Antonio, hasta en

sus últimos días, habia continuado en el castigo con que desde jóven queria reducir su cuerpo á perfecta esclavitud. Al ver esto, creció la admiracion de los circunstantes, que hicieron nuevas alabanzas de la virtud del difunto.

93. En el dia 18 de Noviembre, cuarto del fallecimiento del Siervo de Dios, se verificó el solemne transporte del cadáver de la Iglesia del Hospital á la Iglesia de S. Juan, en que se desplegó toda la pompa y magnificencia posibles, porque concurrieron el Cabildo eclesiástico y civil, las tres hermandades establecidas en la parroquia de la villa, los hermanos de la órden tercera de S. Francisco, los Religiosos del pais y pueblos comarcanos, y grandisimo número de seglares de la villa y otros pueblos. Cuatro individuos del Ayuntamiento conducian el féretro sobre sus hombros, y las personas mas distinguidas iban con velas encendidas, siendo así, que segun la costumbre del pais, solo las llevan en los entierros personas pobres y de humilde condicion. Luego que el cortejo fúnebre llegó á la iglesia mayor y fué colocado el féretro en su centro, se cantó con música y gran solemnidad el primer nocturno de la oficio de difuntos. En seguida, D. José Torrecilla Palaz, Decano del Cabildo, celebró la misa solemne *ut in die obitus*, al fin de la cual, con el mismo acompañamiento de música se ejecutó el rito de la absolucion, y terminado este, se cerró la caja con dos llaves, una de las cuales fué entregada al Cabildo eclesiástico y otra al alcalde.

94. Fué enterrado el cadaver en una de las sepul-

turas mas distinguidas y principales de la Iglesia parroquial, junto al altar mayor al lado del Evangelio, cerca de los escalones y balaustrada del Presbiterio. El Cabildo de la misma iglesia cedió gratuitamente esta sepultura, ya por el amor y estimacion que profesaba al Venerable Siervo de Dios, ya por gratitud á todo cuanto habia hecho en beneficio de los pobres. El epitafio que se puso, decia estar allí enterrados los restos mortales de Antonio Alonso, dado piadosamente por Dios á aquella tierra, para modelo de todas las virtudes, y especialmente de la caridad, con que tan ardientemente se consagró al alivio y cuidado de los enfermos en el Hospital que reedificó con sus propios bienes, y en el que dió admirables ejemplos. Desde niño tuvo una vida verdaderamente cristiana, y pasó á la eterna con preciosa muerte acaecida el dia 14 de Noviembre de 1758. Innumerables personas movidas por el alto concepto que tenian de la virtud del Siervo de Dios, y con la esperanza de tenerlo por intercesor en el cielo, acudian á aquel sepulcro á rendirle homenajes de culto privado. En el libro siguiente probaremos lo fundado de esta esperanza y de esta opinion.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Fé heroica del Venerable Bermejo.

4. Para formar una idea exacta y completa de un suntuoso y bien adornado edificio, no basta haberlo observado en todo su conjunto, es necesario además examinarlo en todas las partes y detalles que lo componen, porque solo así puede percibirse la perfección del trabajo. Esto mismo sucede en el estudio de la vida de los grandes hombres que se proponen á la admiración y ejemplo de los demás. La exposición de la serie de sus hazañas, no es suficiente para formar de ellos un juicio adecuado, y es, pues, necesario considerar separadamente los méritos y virtudes que los adornaron, de cuyo conjunto resulta el edificio de perfección cristiana que se admira en ellos, compuesto de las heroicas vir-

tudes que los hicieron verdaderamente ilustres y grandes. Ningun católico puede dudar que el Venerable Siervo de Dios Antonio Alonso Bermejo las tuvo y las practicó en grado heróico, pues el oráculo del Vaticano lo pronunció así en un decreto solemne. En qué actos y en qué forma se manifestaron estas virtudes de nuestro Venerable, es de lo que vamos á tratar, empezando por la fé como base y fundamento de las demás.

2. Pura, viva y constante fué esta virtud en Antonio. Desde la infancia aprendió las grandes verdades de la fé cristiana, y las abrazó con la mejor voluntad. Cada vez se mostró mas afanoso por aprenderlas mejor, y, no contento con esto, difundió y propagó su luz en los demás, las confesó con la palabra, y de mil modos diferentes las profesó con sus hechos. Luces sacaba de las conversaciones y consultas con eclesiásticos doctos y sábios, luces escuchando la palabra de Dios, luces de la lectura espiritual que nunca omitia, luces de las meditaciones continuas, en las que, segun dice un ilustre ascético, Dios se hace nuestro maestro privado. A este deseo y á estas investigaciones, el Altísimo Padre de las luces, que da abundantemente sabiduria á todo el que la busca, subvenia con ilustraciones superiores, que hicieron al humilde seglar la admiracion de teólogos muy distinguidos, y de ilustres Obispos españoles. No es necesario que repitamos aqui lo que ya hemos dicho de su maravilloso apostolado, de su enseñanza á los ignorantes, de sus afanosos cuidados porque la palabra de Dios fuese difundida por ilustres propagadores del Evangelio; pero sí di-

remos que nuestro Venerable deseaba vivamente que todo el mundo conociera y adorara á su Dios, que todos aprendieran y abrazaran las verdades reveladas, y por esta fé siempre se le hubiera encontrado dispuesto á deramar su sangre.

3. Con suma frecuencia daba gracias á su Divina Magestad, segun consta en los procesos, por los beneficios que liberalmente le habia dispensado, por la vocacion á la religion católica, por haber nacido en el gremio de la santa Iglesia Romana. Por el contrario, se compadecia de todos aquellos que estaban fuera del gremio de la Santa Iglesia, por cuya conversion oraba frecuentemente, sintiéndose inundado de alegria siempre que sabia que algun infiel ó pagano habia abandonado su secta y abrazado la religion Católica Romana. (1) Sucedió en alguna ocasion, que al llegar á su hospital alguno recientemente convertido á la fé, notaron muchos que en su rostro, habitualmente grave y sério, brillaban las señales de una alegria desusada, y que no pudiendo contenerla, prorrumpia en acciones de gracias al Altísimo. Por esta misma razon se notaba en él una complacencia y actividad admirables en acudir al bautismo de los niños, siempre que para ello le avisaban rogándole asistiera como padrino, lo cual era muy frecuente, no solo en su villa, sino en todo el territorio por el gran concepto en que todos lo tenian. Esta misma razon le movia tambien á orar fervorosamente todos los dias por la exalta-

(1) Pro. Apost. f. 4055.

cion de la santa fé católica, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, por las victorias sobre los infieles, por la estirpacion de las herejías, por la salud del Romano Pontífice, sin descuidar el exhortar á los demas á que lo hicieran siempre que se le presentaba una ocasion favorable (1).

4. Para mantener siempre viva la fé, repetia frecuentemente los actos con el corazon y con la lengua, rezando el símbolo y recorriendo con la mente sus principales misterios. El pensamiento de Dios, donde como en un centro y punto principal van á refundirse y reconcentrarse todas las verdades reveladas, estaba fijo de tal modo en su alma, que parecia preocupado y absorto en él, sin que fuera posible que atendiera facilmente á las preguntas y conversaciones que se le dirigian. No se limitaba Antonio á contemplar la divinidad, como pudiera hacerlo un filósofo ó un naturalista, pues iluminado por la fé, se complacia en contemplar en Dios aquellos misterios superiores á la razon humana, como la Trinidad de las personas Divinas, la Encarnacion del Verbo y todo cuanto hizo y sufrió en la carne por la salud del género humano. A menudo recitaba el himno de gloria á la Trinidad augusta, y en los discursos familiares y en los ejercicios del Via-crucis hacia conmemoracion de este Altísimo misterio, hablando siempre de él con suma veneracion y reverencia, y exhortando á todos á que lo recordasen, glorificando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

(1) Proc. Aposto. f. 4798.

5. No creemos necesario repetir aquí lo que ya hemos dicho en el número primero sobre la constancia y asiduidad con que nuestro Venerable meditaba la Pasión de Ntro. Sr. Jesucristo; solo diremos alguna cosa acerca de su particular devoción al Santísimo Sacramento del Altar, que bien puede decirse es como la suma y compendio de todos los misterios de la redención. Delante de Jesús Sacramentado tuvo aquella altísima ilustración que le estimuló á lanzarse con ardor en la carrera de la perfección cristiana, y á la presencia de Jesús Sacramentado acudía con frecuencia para impetrar luces, fuerzas y gracia para continuar valerosamente en el camino ya emprendido. Como Jesucristo es en el Santísimo Sacramento nuestro huesped y nuestro bienhechor para que lo visitemos y acudamos á él, como es nuestra víctima de expiación, para que por él seamos justificados, y como es nuestro alimento, para que con él nos nutramos, nos fortifiquemos y progreseemos en la gracia, Antonio lo visitaba con suma frecuencia, presentándose ante él muchas veces al día con una compostura y devoción admirables, orando inmóvil por mucho tiempo. Asistía también diariamente al Santo Sacrificio de la Misa, lamentándose de no hacerlo cuando estaba impedido. Al contemplar la renovación del holocausto que se consumió en el Calvario, corrían de sus ojos lágrimas abundantes, y deseoso de alimentarse con el manjar celestial, lo recibía con mucha frecuencia, y diariamente en los últimos años de su vida.

6. Cuando se trataba de dar culto y rendir obse-

quios á este divino Sacramento, en que Jesucristo se encuentra tan real y verdaderamente como está en los cielos, Antonio se consagraba á una ocupacion tan sagrada con tal ardor, que todos los demas asuntos le parecian de menos importancia. No es, pues, extraño que uno de sus confesores diga, que la fé y devocion que el Siervo de Dios tuvo siempre al Santísimo Sacramento del Altar era tanta, que siempre lo acompañaba por las calles públicas, cuando en Viático era conducido á los enfermos. En efecto, desde el momento que oia tocar la campanilla que daba la señal de la administracion del Viático, abandonaba cualquier ocupacion, y se dirigia á acompañar á Su Divina Magestad, marchando con gran reverencia, compostura y recogimiento exterior, como lo observó el declarante en muchísimas ocasiones (1). A todo el que considere que las ocupaciones á que se consagraba el Siervo de Dios fueron por él aceptadas á título de caridad, y no como obligacion de justicia, no le parecerá todo lo que hemos dicho indigno de una virtud heroica. No debe pasarse en silencio la diligencia con que Antonio acudia á las Iglesias en que estaba espuesto públicamente el Santísimo Sacramento. Inmóvil y recogido á su presencia rendia á Dios un culto nobilísimo y edificaba al mismo tiempo al prójimo con un ejemplo mas eficaz que los mas elocuentes sermones. Siempre que su Divina Magestad era conducido en viático á los pobres enfermos de su hospital, queria que

(1) Proc. Apost. fol. 4062.

fuese acogido con la mayor honra posible. A la llegada del Divino huésped salía á recibirlo á la puerta con un cirio encendido, y á la salida lo acompañaba hasta la Iglesia con admirable reverencia y compostura; y tan absorto, que parecia enajenado en el uso de los sentidos.

7. Combates y luchas de que siempre salió victorioso tuvo que sostener el Venerable Siervo de Dios para conservar intacto este tesoro precioso de la fé. El infernal enemigo turbaba su imaginacion y procuraba cubrir su entendimiento con tinieblas tan negras, que le parecia encontrarse sin Dios, y sin un punto fijo en que apoyarse. Alguna vez se sentia estimulado á prorumpir palabras impías y sacrílegas y á creer que fuese un sueño y una ilusion la fé y el método de vida que, conforme á ella, habia abrazado. A todo esto se unian las tribulaciones esternas y las vejaciones de los hombres, para hacerle poner en duda los grandes principios de la religion católica. Acudiendo á Dios y egercitándose en actos contrarios á los que le sugería el enemigo, era como salía triunfante de tales asaltos, desvaneciéndose aquella especie de fascinacion con que el tentador queria sorprenderle, y sucediendo en fin á las mas negras sombras la luz mas viva y brillante. Tan admirable fué la claridad que el Señor le otorgó para conocer las divinas perfecciones y las sublimes verdades reveladas, que el mismo Antonio confesaba, que aunque no viese con los ojos del cuerpo, veía con los de la fé, mas claro que con mil ojos corporales.

8. De esta claridad con que veía las cosas pertene-

cientes á la fé, surgia en él un esquisito y fino discernimiento para distinguir en la contemplacion de las cosas celestiales lo que podia estar sugeto á ilusion, de lo que era sólido y cierto; así es, que consideraba como sospechosas ciertas imágenes de la fantasia, ciertas alocuciones ó inspiraciones internas en que no es tan fácil distinguir las asechanzas del enemigo de la realidad pura. Por el contrario, se complacia mucho y acogia con júbilo las percepciones del entendimiento apoyadas en los fundamentos del dogma, y las consideraciones de aquellas verdades, que como ilaciones necesarias, se derivan de los principios supremos de nuestra fé. Por esta razon se admiraba en él su completa sumision á las máximas y su juicio esquisito sobre las verdades especulativas y prácticas, cosas ambas que faltan frecuentemente en los que usurpan la gloria y el nombre de grandes ingenios, y que se encuentran, sin embargo, de un modo tan escelente en el rústico indocto vecino de la Nava, cuya sabiduria procedia de la fé.

9. El sentimiento profundo de fé que se manifiesta en el Venerable Bermejo, especialmente en los actos de culto y piedad hácia Dios, se estendia tambien á aquellas personas y cosas que mas próximamente pertenecen á Dios. Á Dios, en efecto, se dirige el honor que se rinde á su Santísima Madre la Virgen Maria, á sus amigos los ángeles y los Santos, á sus ministros y sacerdotes, á sus casas los templos, y á sus cosas los demás objetos consagrados á su culto. Antonio que desde niño fué puesto bajo el patrocinio de Maria Santísima profesó siempre

una devoción singular á esta divina Señora. No pasaba día alguno en que no la tributase obsequios: ya rezaba frecuentemente el santo rosario, revelando cuanto era su afán por honrar á tan divina Madre; ya rezaba la corona de la salutación angélica por sí solo, ya congregaba al pueblo para que rezara en la Iglesia, ya, en fin, salía con otros devotos cantando el santo rosario por las calles públicas en los días festivos. Para celebrar las festividades de la Santísima Virgen, se preparaba, no solo con el ayuno, que en él era diario, sino redoblando su fervor y haciendo devotamente las novenas. En los días de la festividad consagraba mas tiempo á las prácticas piadosas, se acercaba á los santos Sacramentos, asistía á las funciones de Iglesia, y aparecía lleno de santa alegría. Nada diremos aquí de las fatigas y trabajos que sufrió Antonio para propagar las devociones del escapulario y rosario en diversos pueblos, nada tampoco de sus cuidados y solicitud para fundar las hermandades del Rosario y del Cármen y para que estas festividades fuesen celebradas con solemnidad; solamente diremos, que con sus discursos y con su ejemplo, distribuyendo objetos piadosos y de devoción, y haciendo todo cuanto pudiera resultar en honor de Maria, procuraba por todos los medios posibles aumentar el número de los hijos devotos de de esta amorosa y benéfica madre.

10. Despues de la madre de Dios honraba el Venerable Bermejo con culto particular al Arcangel San Miguel, á quien reconocía no solo protector y defensor de la Iglesia Universal, sino patrono particular suyo y de

su hospital cuyo nombre llevaba. Mandó hacer una imagen de este santo Arcangel y colocarla en la nueva Iglesia, donde dispuso que anualmente se celebrase una fiesta solemne con novena preparatoria. Igual honor quiso que se rindiera al Patriarca S. Joaquin, á quien veneraba como protector especial suyo, y al mismo tiempo rendia obsequios singulares al Patriarca S. José, persuadido de que serian muy aceptables á la Reina de los Cielos los honores que se rindiesen á su Santo Padre y á su purísimo Esposo. Fué ademas devoto tierno del Patriarca S. Francisco, de cuya orden tercera fué hermano, cuya pobreza imitó, cuya prescripciones siguió y cuyo habito vistió y llevó siempre publicamente, como dijimos en el libro primero. Profesó tambien un culto y una devocion especial á aquellos grandes conquistadores de almas, y propagadores de la gloria de Dios S. Ignacio de Loyola y S. Francisco Javier, considerándolos gloria y esplendor de su nacion. Al principio de cada año, elegia para abogado suyo y protector en aquel año un santo determinado. Por ultimo, invocaba á menudo y veneraba con toda especie de obsequios al Santo Angel Custodio, porque él le habia sido dado por Dios un guia y un defensor en la oscuridad y en los peligros de esta vida.

44. Entre las personas que en la tierra representan la imagen y hacen las veces del Señor y Padre Celestial, veneraba principalmente al Sumo Pontifice Romano, profesándole sumision, obediencia y fidelidad, hablando de el con profundisimo respeto, y rogando diariamente por su conservacion y salud. Como tenia fé en la potestad del

vicario de Jesucristo para distribuir los tesoros celestiales, procuraba con ardiente solicitud ganar todas las indulgencias que podia, exhortando á los demas para que se aprovecharan de estos inestimables tesoros espirituales. A los Sres. Obispos y demas Prelados de la Sta Iglesia rendia el honor que les es debido, haciendo por ellos peticiones y oraciones públicas y privadas. Siempre que hablaba ó se presentaba á un Obispo se ponía de rodillas, en cuya actitud permanecia hasta que le obligaban á levantarse. Con gran respeto trataba á los sacerdotes, seculares y regulares cuyas manos besaba en señal de sumision y reverencia, llamándolos siempre con este título; «Señor mio,» sin que en nada decayera este respeto y veneracion, aun respecto de aquellos que, ó por su pobreza, ó por otras causas, aparecian despreciables á los ojos del mundo.

12. No debe omitirse la veneracion que Bermejo profesaba á las iglesias y otros lugares consagrados al culto y demas usos religiosos, veneracion que inculcaba en sus discursos privados, en los ejercicios públicos, veneracion que, sobre todo, insinuaba eficazmente con su ejemplo. Con compostura suma, con atencion profunda, con inmovilidad, y absorto aparecia siempre en las Iglesias, principalmente cuando asistia á los divinos oficios y demas funciones eclesiásticas. Persuadido de que la ejecucion y observancia exacta de los Ritos y ceremonias sagradas contribuye á fomentar la devocion de los fieles, y por el contrario su inobservancia ó descuido la disipa y la distrae, ponía toda su atencion en que las

sagradas funciones, máxime las que se celebraban en la Iglesia de su hospital, se hiciesen con toda diligencia, precision, decencia y solemnidad, sin que se omitiera cosa alguna que pudiera contribuir al esplendor del culto divino. Si alguno cometía irreverencia en el sagrado templo, si en él veía á otros entretenidos en discursos vanos, Antonio los amonestaba advirtiéndoles que aquel era un lugar santo, destinado para orar y no para hablar. Grande era el cuidado que tenia para que los muchachos no metieran ruido ó promovieran desórdenes. Por último, el Venerable Antonio hubiera podido decir de sí mismo lo que el salmista canta: «Señor, he amado »el decoro de tu casa y el lugar de la habitacion de tu gloria (1).

CAPITULO II.

De la Esperanza del mismo.

13 De una fé viva y sólida nace espontáneamente la esperanza porque segun las palabras brillantes de S. Bernardo *quantum quisquis credit, tantum sperat.* (2); y la esperanza misma, fruto de la fé, es á su vez prueba y argumento de que aquella ha echado profundas raices en el corazon. Un confesor del siervo de Dios, observó muy

(1) Salmo 25. 8.

(2) De dominic. pasion. cap. 3.

sábiamente que manifestó su gran fé en la segura confianza que siempre tuvo en su Divina Magestad, y que esperando en la poderosa asistencia divina, salió siempre triunfante de todas las tentaciones del demonio, de todos sus trabajos interiores, de todas las tribulaciones y combates de espíritu, que le afligieron en diferentes ocasiones y tiempo de su larga vida. En efecto, nuestro venerable Antonio, fijando su pensamiento en Dios como sumo y eterno bien, se habia propuesto poseerlo y gozarlo en la eternidad, y aun cuando desconfiase de si mismo y se considerase privado de méritos y virtud, confiando en los infinitos méritos de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, esperaba firmemente que Dios le concederia la salud eterna y los medios proporcionados para llegar al anhelado fin.

14. Habiendo llevado á tan alto el propósito de sus deseos, no apreciaba nada de cuanto el mundo tiene de lisonjero ni cuanto es codiciado por los hombres. Ni de niño, ni de jóven fué aficionado á los pasatiempos, ni al ocio, ni á los placeres, y avanzado ya en edad y hecho dueño de un gran patrimonio, despreció y renunció las riquezas. Su desprecio de todo título de honor, de todo signo de gloria humana y de todas las cosas terrenas fué tan constante en él, que una vez renunciadas, no sintió jamas en todo el curso de su larga vida ni deseo de obtenerlas, ni digusto por haberlas renunciado, considerando y conociendo cuán mezquinos, falaces y peligrosos son dichos bienes. Este conocimiento le estimulaba para separar, en cuanto podia, los corazones de

los hombres de las cosas frágiles y caducas, y para dirigirlos á aquel fin que debe ser objeto de nuestras esperanzas; y así como él trasportaba sus pensamientos de lo presente á lo venidero, meditaba continuamente en las grandes verdades, que directamente se refieren al fin del hombre y á la vida futura, así tambien se afanaba por recordarlas á todos aquellos á quienes trataba.

15. Para conseguir su fin y obtener los auxilios necesarios, dirigia fervientes y frecuentes oraciones á la bondad divina, acreditando con la perseverancia en pedir, la confianza de obtener. Para que sus plegarias fueran mas eficaces, interponia la mediacion de su madre Maria Santisima, acudiendo frecuentemente á esta gran Señora y confiando en su patrocinio, poder superar y vencer las tentaciones del demonio, salir bien de sus empresas y llegar al último fin en la posesion de la gloria celestial. Así, confiado en el auxilio supremo, no se abatía ni desalentaba por ninguna afliccion interna ni esterna, ni se dejaba dominar por el temor ni por la tristeza, sino que perseverando constante, siempre seguía la senda que se habia trazado. En cualquier negocio espiritual ó temporal de que debiera ocuparse, no se desaminaba, aun cuando pareciese escabroso y humanamente insuperable; así es, que no vacilaba en acometerlo confiado en el auxilio divino, implorando con la oracion, logrando por fin dirigirlo y conseguir el écsito mas satisfactorio, segun lo acreditan personas autorizadas, fundadas en la experiencia de los hechos.

16. Esta gran confianza de Antonio en la asistencia

divina aparece singularmente en la reedificación del hospital, para la cual, apesar de la generosa concesion de su patrimonio, no parecian suficientes los medios, ni proporcionados á los vastos designios del Venerable Siervo de Dios. Apesar de todo, jamas abrigó la duda de que no llegara á su término esta obra emprendida para gloria del Altísimo. No aparece menos admirable esta confianza, ó por mejor decir, este abandono en manos de la Divina Providencia, considerando el modo con que Bermejo emprendia sus viajes sin llevar provision de ningun género, andando solo por caminos dificiles y no siempre bien conocidos, desafiando á la intemperie y rigor de las estaciones, y esto apesar de su cortedad de vista, y en los últimos años del notable defecto de fuerzas fisicas y graves enfermedades de cuerpo, cosas todas que hubieran retraido á un espíritu menos valeroso. El venerable Antonio tenia gran valor, porque tenia confianza en Dios. Este valor y esta confianza le hacian perseverar en el método de vida que habia elegido, método de vida, por todos lados tan cercado de dificultades gravísimas, que no parecia posible pudiera seguirse por mucho tiempo; tantas eran las privaciones, las mortificaciones y trabajos que se habia impuesto y las contradicciones que encontraba entre propios y estraños. A no tener una esperanza invencible y á toda prueba, no era posible que hubiera podido seguir siempre adelante y por la via recta de sus propósitos, mácsime careciendo algunas veces aun de los consuelos celestiales y de los ausilios internos, Si alguna vez se sentia como abandonado de Dios, presa de oscuridad,

dudas y tentaciones, apesar de todo, estaba seguro de que Dios no lo olvidaba, que velaba por él, y que no tardaría en venirle un auxilio que parecia oculto ó escondido. Una esperanza y confianza que lucha contra las apariencias y que se sostiene firme, cuando conspiran para producir languidez y desaliento en el ánimo, es una confianza tan rara como perfecta, es prueba de una virtud ni ordinaria ni vulgar.

17. Experimentando el Siervo de Dios en si mismo las ventajas y la fuerza que dá una esperanza firme, procuraba infundirla é inspirarla en todos los corazones, y tanto en sus egercicios públicos de devocion en sus conversaciones y platicas privadas, exhortaba á todos para que acudiesen á Dios y pusiesen en Él toda su confianza, porque nunca deja de venir en auxilio de los que en Él esperan y confían. En todos los negocios, en todas las necesidades espirituales y temporales, animaba á todos para que se dirigieran con confianza al Padre Celestial, diciendo que experimentarían su auxilio y asistencia que nunca ha negado á los que en él esperan. Cuando visitaba á los enfermos, los exhortaba para que se pusieran en manos de la Divina misericordia, para que esperasen el bien de aquel que es dador sumo de todo bien; cuando consolaba á los afligidos y atribulados que á él acudian, aseguraba que Dios nunca abandonaba á nadie, y cuando se dirigia á los pecadores, les infundia valor para que esperasen de la divina clemencia el perdon de sus culpas: tan eficaces eran sus palabras, que acudian á él cuantos tenían necesidad de consuelo, y todos volvian consolados.

48. Mucho se engañaría el que creyera que la confianza ilimitada que el Venerable Antonio tenía en la bondad divina participaba de presunción temeraria. Lejos de ser así, procedía en todo con temor y temblor, aborreciendo toda ofensa á Dios Nuestro Señor, valiéndose de toda la cautela posible para huir las ocasiones y peligros, y temiendo al pecado mas que á un áspid venenoso. Siempre dió pruebas de desconfiar de sus fuerzas, y de su virtud, y esta desconfianza le hacía implorar con frecuencia y fervor los auxilios celestiales. Nada omitía de cuanto podía hacer, esperando que Dios haría lo demás. Dios bendecía todos sus trabajos y empresas, haciendo que tubieran un término feliz.

CAPITULO III.

De su amor á Dios.

49. El signo principal y mas característico es unir las voluntades haciendo de dos una sola; así es, que cuando un amante no quiere mas que lo que quiere la persona amada, bien puede asegurarse que el amor que las une es sumo y perfecto. El que ama á Dios debe querer por consiguiente todo aquello que Dios quiere, y debe conformarse con su divina voluntad de estos dos modos siguientes; 1.º Cumpliendo esactamente lo que Dios nos manda

ó aconseja; 2.º aceptando de buena voluntad todo cuanto nos sobrevenga, como viniendo todo de la mano y disposición divina. La observancia de la ley, y la resignación perfecta son los dos principales y grandes argumentos de la caridad. Así nos lo enseña nuestro Sr. Jesucristo. «*Si diligitis me mandata mea servate* (1)..... *Si precepta mea servaveritis manebitis in dilectione mea:* (2) cuando padeció y sufrió por nosotros dijo también: «*Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem.*» (3) En efecto, todo el que considere la naturaleza de las cosas, aunque solo sea con la luz de la razón natural, debe confesar que estos dos indicios son entre todos los demás los más ciertos y seguros. Veamos ahora como brillaban en la caridad de Antonio del modo más eminente.

20. Parece increíble, pero está demostrado de un modo irrefragable, que este anciano que siempre había vivido en el siglo, que había llegado á una edad tan avanzada, la de 80 años, tratando con personas de todas clases, que había viajado por diferentes países, que con frecuencia se había visto acometido de tentaciones las más lúbricas y peligrosas, que estaba dotado de suma viveza y de sensibilidad exquisita, que se había visto acometido de peligros, capaces de hacer vacilar la virtud más robusta, que había sido favorecido por Dios con abundantes riquezas, instrumento peligroso y estímulo para

(1) S. Juan XIV 15.

(2) Iden XV 10.

(3) Iden XIV. 34.

hacer el mal, parece imposible, repetimos, que un anciano en quien concurrían todas estas circunstancias, bajara al sepulcro, llevando vestida la blanca estola de la inocencia bautismal, como la habia recibido en la sagrada fuente. En el decreto en que se aprueba el heroismo de las virtudes del Venerable Siervo de Dios, leemos estas memorables palabras:— «*Ortus... Ven. Antonius anno 1678... atque octogenarius major viam univarsae carnis ingressus cum ad laicam vitam in saeculo agenda divinitus fuisset vocatus in id unum ab infantia ad extremam usque caniciem incubuit, ut fugiens ejus quae in mundo est concupiscentiam corruptionem in legem perfectam libertatis perspiceret, et permaneret in ea. Hinc sobrie et juste et pie vivens in hoc saeculo tanta semper morum innocentia enituit, ut candidam quam in baptisate accepit vestem immaculatam pertulerit ante tribunal Christi.*»

24. Despues de un testimonio tan brillante y autorizado, es inútil decir, que examinados todos los testigos que habian observado muy de cerca las acciones de Antonio, declaran que siempre obedecia fielmente los preceptos de Dios y de la Iglesia, sin que se notara en él la mas mínima falta. Inútil es tambien alegar las declaraciones de muchos confesores suyos, que afirman no haber encontrado en sus confesiones materia suficiente para la absolucion sacramental; inútil es, en fin, apelar á la voz unánime y á la fama esparcida entre sus paisanos, voz y fama que lo declaran purísimo. Consideramos mas útil que esponer todas estas cosas, indagar los medios

con que pudo el venerable Bermejo, llegar á tan excelente perfeccion, supuesto que las vidas de los grandes hombres tienen por objeto escitar, ademas de la admiracion, la imitacion de los demas. Aun cuando la conservacion de su inocencia bautismal fuera un don y una gracia singular del Altísimo, atendida la cooperacion de Antonio, fué principalmente efecto de aquella inteligencia con que procuró defender aquel precioso lirio que ordinariamente florece entre las espinas. Antonio fué inocente; porque con oraciones constantes y fervorosas, imploró los auxilios del cielo; fué inocente, porque se consagró todo al servicio de Maria Santísima protectora de los inocentes; fué inocente, porque en la frecuencia de los sacramentos se proveia de carismas celestiales; fué inocente, porque guardó muy cautelosamente sus sentidos, no permitiendo que las sensaciones agradables ó lisongeras entrasen en su imaginacion, ni que suscitasen en él ideas que le acercaren al pecado; fué inocente, porque con la meditacion continua y profunda acostumbro á su mente á contemplar las grandes verdades y á fundarse en los sólidos principios que ilustran al entendimiento para que conciba horror á todo lo que es malo ó henchido de vanidad; fué inocente, porque castigó su cuerpo y lo redujo á servidumbre, separándolo del ocio, acostumbrándolo al trabajo, rehusándole placeres sensibles y endureciéndole con las penitencias y maceraciones de la carne. Estos fueron los medios de que se valió para que el tesoro de su inocencia no pareciera colocado en frágil vaso de barro, sino en roca inespugnable á los asaltos y á las ase-

chanzas de sus enemigos visibles, é invisibles.

22. A la observancia exacta de los preceptos divinos, agregó Antonio la de los consejos evangélicos; verificándose en él estas palabras de Jesucristo: *Si quis diligit me sermonem meum servabit*. Como de esta observancia, además del amor, proviene una union estrecha con la divinidad, por eso añade en seguida: *et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. (1). En el libro primero hemos hablado del modo con que Antonio se obligó con voto á seguir los consejos evangélicos, ahora nos ocuparemos de las señales con que se manifestó esta union estrecha con su Señor. Hablando de su fé, digimos que tenia fijo constantemente su pensamiento en Dios y en las cosas celestiales, revelando en su exterior, que mientras su cuerpo estaba en la tierra, su mente estaba absorta en la contemplacion de las cosas sobrenaturales. Así como un profundo astrónomo, habitualmente consagrado á las investigaciones y cálculos de su ciencia, á nada atiende mas que á la contemplacion de las esferas, y en tanto que con su cuerpo está en la tierra, con su mente gira y vuela entre los planetas, las estrellas y las constelaciones, así el Venerable Siervo de Dios, mientras trabajaba para sus projimos, siguiendo á Cristo viador en la tierra y reinante en el cielo, estaba con su alma en compañía de los Apóstoles y de los Angeles mas bien que entre sus paisanos y conocidos.

23. Esta union íntima de su mente con Dios se

(1) Juan XIV. 23.

manifestaba, no solo en su concentracion y recogimiento, sino en la violencia que se hacia para separarla de tan alta contemplacion, y principalmente en el modo con que se consagraba á la oracion y demas actos religiosos. Como dice uno de los que lo vieron, parecia no tener el libre uso de sus sentidos exteriores; parecia, añade otro, inmóvil y estático y sumergido en la mas profunda meditacion de los misterios de la misa, cuando asistia á este santo sacrificio, siendo tanta su ternura y las lágrimas que derramaba, que escitaba la admiracion y edificaba á cuanto le veian. Sus confesores declaran, que cuando se acercaba al tribunal de la penitencia, era tan intenso su arrepentimiento y dolor de contricion, que se deshacia en lágrimas y sollozos, y poniendo su boca en los pies del sacerdote los dejaba regados con lágrimas. No es posible expresar el deseo ardiente con que se acercaba á la mesa Eucaristica; pero este deseo era reciproco, y el divino y enamorado Señor mostraba que tambien deseaba unirse á Antonio.

24. Demasiado delicado es este asunto y para evitar se nos tache de alteracion ó ecsageracion, vamos á referir las mismas palabras de los que fueron testigos presenciales. Declara el Pro. D. Manuel Lopez, que él mismo administró al venerable Siervo de Dios el Sacramento de la Eucaristía durante mucho tiempo y muchos dias seguidos en la Iglesia del Convento de Capuchinas, y advirtió que la Sagrada Hostia parecia que con anticipacion y sin movimiento ninguno del sacerdote se le escapaba de la mano y se introducía en la boca del Siervo de

Dios. El testigo ha oído decir á otros muchos sacerdotes, que esto mismo les habia sucedido á ellos, al dar la comunión al mismo venerable Antonio. El Pro. D. Agustín Hernández declara, que le administró muchas veces el Sacramento de la Penitencia y de la Eucaristía, y observaba que al darle la Sagrada Hostia se le escapaba de los dedos para entrarse en la boca del venerable Siervo de Dios, y que esto mismo ha oído decir á diversos sacerdotes, les sucedió lo mismo cuando daban á nuestro venerable la Sagrada Comunión. Luego que Antonio se habia unido á su Señor por medio del Sacramento de la Penitencia, no sabia, ni como separarse de la Iglesia, ni como dejar de dar gracias, ni como comprimir el fuego que ardia en su pecho, fuego que sin querer se revelaba en las lágrimas y suspiros con que edificaba á cuantos le veían.

25. En el terremoto ocurrido en el año de 1755, que sufrió también la Nava del Rey, tenemos una prueba bastante clara de la unión íntima, con que Antonio se unía á Dios en sus prácticas religiosas. Era el día 1.º de Noviembre, en que la Iglesia celebra la fiesta de todos los Santos. Antonio que en los días de las grandes festividades, solía redoblar su fervor, y experimentaba mayor alegría espiritual, meditando el misterio que la Iglesia celebra, se dirigió con este fin á la Iglesia Parroquial. Como á las 10 de la mañana, y cuando iba á principiar la misa mayor, se sintió repentinamente el terrible terremoto pareciendo que el suelo y todo el edificio sacudido en sus muros y cimientos, iba á convertirse en ruinas. ¿Quién puede expresar la turbación y la confusión que se apodera-

ron de todo la gente reunida en la Iglesia? «Era muchísima la gente que habia, dice un testigo ocular, y todos se afanaban y apresuraban á salir de la Iglesia, persuadidos de que se iba á arruinar. En medio de tanta turbacion, del desórden producido por la multitud que atropellada queria librarse del peligro, ¿qué hizo el Siervo de Dios? Continuó, declara el mismo testigo en su inalterable quietud y compostura, permaneciendo arrodillado y orando, sin darse por entendido de lo que sucedia, y sin hacer movimiento alguno, segun lo vió el mismo declarante. (1)

26. Este suceso, aunque muy notable, no es el único de este género, pues en los procesos se lee que cuando Antonio oraba, era como un ser insensible, como un mármol, sin que ningun ruido, ni fracaso, ni suceso repentino, por grave que fuera, pudiera hacerle volver la cabeza ó hacer algun otro movimiento. Esta imperturbabilidad del venerable Siervo de Dios, no era menos sorprendente, aun en casos capaces de commover y agitar moralmente el espíritu de cualquiera. El Siervo de Dios se mostraba siempre inalterable, alegre y sereno en todas las vicisitudes, en todos los sucesos prósperos ó adversos. En esto mismo aparece el otro indicio de la verdadera caridad, esto es, su grandísima conformidad á la voluntad divina. Sabia muy bien, que todo cuanto en este mundo nos acontece, bien próspero ó adverso, todo procede de la mano de Dios, todo debe ser aceptado con igual reconocimiento, porque todo se dirige al mayor bien del que le ama.

(1) Proc. Apost. fol. 1092.

27. El Siervo de Dios, no solamente era indiferente y demostraba su alegría entre los trabajos y padecimientos, sino que se complacía en las ocasiones que se le proporcionaban de padecer por amor de Dios, dándole gracias cuando le enviaba sufrimientos, anhelando asimilarse mas y mas á la imagen de Jesucristo crucificado. Cuando le faltaba materia para satisfacer estos deseos, se los procuraba él mismo con maceraciones y penitencias, como diremos al hablar de sus mortificaciones. Para espresar este deseo, repelia con frecuencia estas palabras que le oyeron muchos:—«Dios mio; si te agrada verme padecer, tu gusto es el mio: venga mas y mas:» la caridad le estimulaba y dominaba, y un religioso muy respetable que lo conoció y trató, dice, que Antonio, poseido del vehemente amor de Dios, únicamente anhelaba amarle y servirle, buscando á su Señor en todos sus negocios, hasta tal punto que todas sus acciones, palabras y aspiraciones, todo era de Dios y para Dios. El incendio interno de este amor se manifestaba y veía en el semblante del Siervo de Dios. (1) Otras muchas personas que lo conocieron y trataron, declaran que su semblante estaba continuamente encendido é inflamado apesar de su edad, de la debilidad de sus fuerzas, de su abstinencia suma, de la austeridad de su vida y de la falta de salud. Este ardor de su semblante era, en opinion de todos, un efecto de su encendida caridad, y este ardor crecia y aparecia mas vivo cuando se pronunciaba el santisimo nombre de Jesus, ó se hablaba de algun asunto espiritual.

(1) Proc. Apost. f. 938

28 D. Fausto de Oro, dice como testigo presencial haber observado en tiempos de frios rigorosos, que al tocar la mano del Siervo de Dios conservaba un calor suave é impropio de la estacion, máxime yendo, como iba, siempre descubierto. El declarante atribuyó siempre este fenómeno al fuego interno del amor divino que se encerraba en su pecho. D. Pedro Guerrero (1) declara haber observado esto mismo en el rigor del invierno y cuando el Siervo de Dios era ya de edad muy avanzada. Antonio, aun mucho mas que con estas manifestaciones materiales del ardor, manifestaba el fuego de su caridad en el fervor de las jaculatorias que con frecuencia dirigia á su Dios, y en las palabras encendidas con que procuraba inculcar á todos amaran, alabaran, y sirvieran al Señor. Cualquiera que fuese el negocio de que tratará ó el asunto de que hablara, siempre salian de su boca estas palabras:—«Amemos á Dios, Alabemos á Dios, Bendito sea Dios, Glorificado sea Dios; palabras que pronunciaba con un acento tan espresivo, que siempre producian efecto en aquellos que las escuchaban. Ademas de estas breves exhortaciones, sus discursos, y conversaciones todas versaban sobre aquello en que abundaba su corazon, y parecia que no sabia hablar mas que de Dios, disgustándole cualquier otro discurso que á Dios no se refiriese.

29. Si oia hablar de pecados ó escándalos, unia á su aflicion, el cuidado y diligencia para impedirlos en

(1) Proc. Aposto. f. 3335.

cuanto era posible, y experimentaba alegría suma cuando, por el contrario, oía decir que los pecadores habían vuelto á la amistad de Dios. En los días en que la Iglesia hace conmemoracion de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se le veía anegado en tristeza, y lleno de gozo y de alegría en los días en que se celebran los misterios gloriosos. En resumen, Antonio acreditaba en todas sus acciones, que era un amante tierno y verdadero que si piensa, si habla, si obra, si desea, si se alegra, si se entristece, si espera, si teme todo lo refiere al objeto amado, unica cosa que le parece digna de estimacion y aprecio. Antonio era todo de Dios, y ni podia, ni queria pensar mas que en Dios. Temeroso de la debilidad de su mente, y de la naturaleza comun, se valia de artificios piadosos, para que la presencia de Dios no se separase de su pensamiento. Con este fin acostumbraba andar con la cabeza descubierta y el sombrero en la mano, á pesar del rigor de las estaciones, costumbre que practicaron muchos varones insignes en virtud, como para acordarse de que siempre caminaban en la presencia de Dios. Además acostumbraba llevar en la boca ó una china ó un pedacito de hierro, con el fin de que le sirviera para recordarle tuviera siempre fija la mente en Dios, si por accidente se distraia en otros objetos. Su fervor lo habria llevado aun mas lejos, si la obediencia no se lo hubiera moderado, como lo prueban las llagas que en su juventud se abrió en manos, pies y costado para imprimir mas vivamente en sí mismo la imágen de su Señor Crucificado. Hé aquí lo que con este motivo escribe

en una de sus cartas: «Si el confesor me lo hubiera permitido y si yo hubiera seguido por el camino comenzado, no sé que necesidades habria hecho, fundado en el amor y en la fé que me asiste, y en la esperanza que me acompaña.» ¡Necedad feliz que el mundo no comprende, pero que hace concebir á las almas grandes de la tierra, un indicio de las delicias que se disfrutaban en el cielo.

CAPITULO IV.

Su amor al prójimo.

30. Para hablar con estension de esta virtud del Venerable Siervo de Dios, seria necesario recorrer todo el periodo de su vida. Desde niño empezó á practicarla, dando á los pobres parte de su alimento, y mas entrado en años la cultivó del modo mas heróico perseverando constante hasta el término de sus dias. Su persona, sus fuerzas y sus bienes, todo lo sacrificó en beneficio del prójimo, sin que hubiera obra alguna de caridad en que no se ejercitase. Todo cuanto puede hacer un noble poderoso con su munificencia, un ciudadano autorizado con su crédito y con su auxilio, un sabio con sus consejos, un preceptor con sus lecciones, un predicador celoso con su elocuencia, un ministro con su asistencia, un o-

perario con su trabajo: todo lo practicó nuestro Venerable Antonio en provecho de sus semejantes. Los dones y las luces sobrenaturales que Dios le concedió, los empleó en beneficio de los hombres como ángel consolador y benéfico. No hubo ocupacion, por vil, molesta y trabajosa que fuese, que no desempeñara de muy buena voluntad; ni hubo tampoco sacrificio difícil que no hiciera por amor al prójimo.

31. Pasando en silencio todo cuanto hizo en el ejercicio de la hospitalidad, en el cuidado y asistencia de los enfermos, en la conversion de los pecadores y en la instruccion de los ignorantes, hablaremos solamente de algunas otras obras de caridad. Puede decirse en general, que anhelando gravar en sí la imagen del divino Ejemplar, con su modo de conducirse escitaba á todos los que se encontraban en alguna necesidad ó angustia, para que se dirigieran á Él, seguros de que encontrarían auxilios y consuelos. No hubo necesidad que no socorriera. Si nacia un niño y carecia de padrino para el bautismo, á Antonio se acudia, y Antonio se prestaba solícito y alegre; si fallecia un infeliz que no tenia ni amigos, ni parientes que le rindieran los últimos honores, Antonio le prestaba los oficios mas piadosos, arrimaba su hombro al féretro, lo ponía en el sepulcro, oraba por su alma y hacia que otros orasen por él; si faltaba á otros miserables el alimento necesario, á Antonio acudían, y en Antonio encontraban un padre que los socorria. En una ocasion, en que supo que una pobre familia yacia en la última indigencia y próxima á caer en la desesperacion, porque hacia tres

días que carecía de alimento, Antonio acudió á la caridad de personas piadosas, y aquellos desgraciados fueron socorridos.

32. Esto mismo practicaba siempre que por sí mismo no podía socorrer á los necesitados. Estimado y querido en alto grado, la mediación é intercesion por los desgraciados, producía siempre resultados provechosos. El Siervo de Dios, como dice un testigo autorizado, se dolía de todas la calamidades y trabajos de su prójimo, demostrando en sus caritativas espresiones la tristeza que le ocasionaban(4). Las desventuras ajenas le angustiaban mas que las propias, y al mismo tiempo que sentía tristeza por los males de otro, con resignacion y alegría sufría los suyos. Cuando se trataba del socorro de los infelices, prescindía de su conveniencia, de su salud y de su reposo, y cuando nada podía hacer, se dirigía á Dios para que los librase de sus penas, de sus necesidades y aflicciones; se ofrecía á sí mismo para participar de sus males, y maceraba su carne inocente para que el Señor los mirase con clemencia y misericordia.

33. Aunque ocupado continuamente en la asistencia de los enfermos de su hospital, si tenia noticia de algunos otros enfermos de la villa, acudía á visitarlos y consolarlos. Persuadidos muchos de lo provechosas que eran sus visitas, lo llamaban, y procuraban tenerlo á su lado, pudiendo asegurarse que no habia enfermo alguno de gravedad que así no lo hiciera, ya con la confianza de

(4) Pro. Apot. f. 963.

alcanzar de Dios la salud por medio de sus plegarias, ya para conseguir algun alivio, ya para prepararse mejor á una muerte dichosa. Estos actos de caridad visitando y consolando á los enfermos, los egercia tambien con todos los atribulados y afligidos, ya buscándolos, ya siendo llamado por ellos, que siempre experimentaban consuelo y fortaleza. Su presencia y su palabra tenian un no sé qué de suave y de atractivo, hasta el extremo de que la deformidad producida en su semblante por la llaga gangrenosa no causaba repugnancia ni asco á los que le trataban. Cortés con todos, amable y benigno sin afectacion, indulgente sin doblez, amar se hacia de todos, en tanto que él aspiraba á ser amado de Dios.

34. La dulzura y bondad de sus maneras y su empeño en hacer bien los egercitó, lo mismo con los que le amaban y estimaban, que con los que le molestaban y ofendian. En el libro primero hemos presentado muchos ejemplos de esta virtud, propia del heroismo evangélico, y aun pudiéramos enumerar otros semejantes en este libro segundo. Un pariente del Siervo de Dios se presentó una vez en el hospital, pidiéndole dinero prestado, dinero que no pudo darle, porque de todo se habia despojado por amor de Dios. El imprudente deudo del Venerable pasó de las súplicas á los insultos y de los insultos á las injurias materiales, maltratando y castigando al humilde Antonio. Los dependientes del hospital que estaban presentes, lamentaron la arrogancia y la osadia de aquel hombre. El Pro. D. Manuel Lopez que llegó poco despues del suceso, lo oyó contar, y vió que

en tanto que los circunstantes estaban llenos de indignación, el Venerable Siervo de Dios ni se quejó, ni murmuró una palabra contra su pariente, ni pensó en vengarse, revelando una tranquilidad suma de espíritu y una paciencia y caridad maravillosas.

35. Imitando Antonio la misericordia de aquel que hace resplandecer el sol sobre los buenos y sobre los malos, procuraba la enmienda de los pecadores, ya con amonestaciones saludables, ya con exhortaciones públicas, ya interponiendo la autoridad y cooperación de personas respetables, ya orando y haciendo que oraran por ellos, sin que jamás se constituyera en Juez, censor, acusador. Leemos en los procesos, que siempre procedió con las mayores atenciones para aminorar y ocultar los defectos de sus prójimos, que siempre fué muy celoso de su honor, de su fama y buena opinión, hasta el punto de que no hubo uno que por él fuera perjudicado, ni de quien se le oyera hablar mal, aun cuando fuesen públicos sus defectos. (1) Pública y privadamente oraba por todos los pecadores, y especialmente por sus enemigos y perseguidores, procurando volver bien por mal.

36. Hubo un tiempo, en que la patria del Venerable Siervo de Dios estaba agitada por contiendas, que eran objeto de todas las conversaciones. Antonio se abstenia de tomar parte alguna en ellas, porque sabía que de nada sirven, mas que para dar pábulo á la maledi-

(1) Pro. Apóst. f. 1103.

cencia, y para hacer mas difícil extinguir la llama de la discordia, que alimenta tal cáncer. Todos sus esfuerzos se dirigian á influir, para que cesaran las enemistades y la discordia. Como tenia un ascendiente especial sobre los ánimos, sabia con sus consejos y palabras inspirar en ellos sentimientos de caridad, logrando concluir las disensiones suscitadas entre las familias, y conciliar los ánimos mas encontrados. Cuando por si no podia conseguirlo, se valia de personas que por su cualidad y posicion social eran las mas á propósito para conseguir el fin. Vivian en la villa de la Nava del Rey dos esposos, cuyas discordias daban pábulo á las hablillas del pueblo, pero se interpuso Antonio, y con su prudencia y caridad sumas, logró reconciliarlos, restableciendo la paz que habian perdido. Tambien introdujo la paz y la concordia fraternal en un claustro de religiosos, en que el espíritu de emulacion habia introducido algunos desórdenes, que amenazaban hacerse públicos y convertirse en manifiestos escándalos. Los superiores no habian podido restablecer el orden y la caridad fraternal en aquellos ánimos exacerbados; pero Antonio con sus palabras llenas de dulzura aquietó los espíritus y restableció en aquel claustro la observancia regular. Bienhechor asiduo é infatigable de sus prójimos, se distinguió principalmente por su esmero y solicitud en proporcionar á los demas aquel bien supremo que Jesucristo proporcionó en la tierra á los hombres de buena voluntad, la paz.

CAPITULO V.

De la prudencia del Venerable Antonio.

37. Muchas de las cosas referidas en los capítulos anteriores y en el libro primero, propias para demostrar el ardiente celo y caridad del Siervo de Dios, sirven tambien para revelar su encumbrada prudencia. A la verdad, efecto fué de su gran amor al prójimo, querer fundar un hospital con tanto y tan heroico sacrificio; pero que quisiese hacer tan admirable fundacion dando á los locales la distribucion conveniente para prevenir los desordenes y los escándalos, prescribiendo reglas y estatutos que hicieran duradera y prospera la institucion; todo esto debe atribuirse á su prudencia y prevision heroica. Que amonestase á los pecadores, que extirpase los escándalos, que consolase á los afligidos, que reconciliase á los enemistados, que restituyera la paz perdida en las familias y en los claustros, fué, sin duda alguna, obra de su infatigable caridad, pero á su prudencia debe atribuirse que todas estas cosas las acometiera y lograra, valiéndose de los medios mas apropósito, en que iban siempre unidas la suavidad y la eficacia. La sabiduria con que distribuia sus ocupaciones, la economia del tiempo, la discrecion con que lo que suprimia á su fer-

vor lo daba á las exigencias de la caridad, son pruebas indubitables de la prudencia rara de que estaba dotado y que poseia en grado heróico esa virtud, que es la moderadora suprema de las demas.

38. Al hablar de los votos hechos y cumplidos por el Venerable Siervo de Dios, hicimos mencion de su admirable obediencia, especialmente á sus directores espirituales, ¿y quien no ve en aquella desconfianza de las propias luces, en aquella entera deferencia á los consejos é inspiraciones de los varones prudentes una prueba evidente de su esquisita prudencia? No debemos dejar de llamar la atencion sobre el estudio y esmero con que hacia eleccion de sus confesores, procurando que siempre fueran sugetos doctos, iluminados y discretos. En efecto, estas cualidades tenian, para no enumerarlos todos, el P. Ignacio de Camargo, de la Compañía de Jesus, Profesor de Teología de la Universidad de Salamanca, ilustre por su doctrina y por su celo en la salvacion de las almas, y varon egercitado con fruto en las misiones; el P. Francisco de S. Gerónimo, agustino descalzo, maestro de Sagrada Teología, y despues Provincial de ambas Castillas, varon dotado de todas aquellas cualidades y virtudes que se requieren para la mas segura direccion de las almas singularmente favorecidas por Dios; el P. Nicolás de la Sma. Trinidad, tambien agustino y sucesor del P. Francisco antes citado, el cual le encomendó la direccion de nuestro Bermejo; el P. Antonio de Calatayud Jesuita, conocido en toda España por su vida ejemplar, por sus escritos y misiones apostólicas; y D. Francisco Rodri-

guez Chico, por cuyos altos merecimientos fué elevado á la silla Episcopal de Teruel.

39. Los que especialmente obtuvieron la confianza de Antonio en el último periodo de su vida, y mas que padres y directores pueden llamarse íntimos amigos suyos, fueron D. Fausto de Oro y D. Francisco Nuño, que le asistió hasta la muerte. El primero era Doctor en Sagrada Teología y excelente orador sagrado, de cuya elocuencia dió muestras en la Iglesia del hospital. Después de la muerte de nuestro Antonio, el referido D. Fausto que pertenecía á la Congregacion de la Escuela de Cristo, hizo de él un elocuente elogio dirigido en forma de carta á los hermanos de dicha Escuela, participándoles el fallecimiento de Bermejo. D. Francisco Nuño, que tanto contribuyó á la ereccion de las hermandades fundadas por el Siervo de Dios, fué llamado por Dios con particular vocacion al estado eclesiástico, en el que se consagró al estudio, al retiro y á la oracion, tan propios de este estado, así como á la predicacion y á la administracion del sacramento de la Penitencia, llegando á ser misionero infatigable en la Nava del Rey su patria y en los pueblos inmediatos.

40. Dirigido Antonio por estos guias, hizo tales progresos en la ciencia de los Santos, que bien pudo llegar á ser maestro y consejero de los demas, máxime cuando Dios mismo, á quien Antonio acudia sin cesar, en el fervor de sus oraciones, lo favorecía con luces singulares. Esta es la razon porque muchos en sus dudas ó en los asuntos graves que les preocupaban, acu-

dian á pedir consejo á Antonio, consejo que abrazaban sin vacilar, ya se tratara de asuntos temporales, ya de espirituales, y especialmente lo hacian así, en los casos de eleccion ó mutacion de estado. Fecundas en sabiduria eran las respuestas del Siervo de Dios, y llenas de tanta gracia y uncion, que insensiblemente se gravaban en el ánimo de los que las recibian. Residia en Madrid el Sr. Obispo de Oviedo antes de su exaltacion á esta Silla, y como se viera afligido por una llaga peligrosa en una pierna, le aconsejaron algunos saliera de la capital, porque el clima, era segun decian, ofensivo á su salud. El ilustre doliente pidió consejo á nuestro Antonio, y éste le dió la siguiente lacónica respuesta: — « Sr. mio. ¿Qué quiere V. que le diga? El pez fuera del agua muere muy pronto. — El interesado comprendió la respuesta y no salió de Madrid, habiendo sido despues nombrado Obispo de Oviedo, de cuya diócesis fué pastor por espacio de muchos años, para bien de su rebaño y lustre de la Iglesia. El Obispo de Teruel, siendo canónigo Magistral de la ciudad de Leon, tenia á su cargo la superintendencia de un hospital, y sabiendo que en la Nava del Rey, habia un anciano, que cuando Antonio estaba enfermo ó ausente hacia sus veces en el hospital de S. Miguel, deseó tenerlo cerca de sí, y emplearlo útilmente en el Hospital confiado á su vigilancia y cuidados. Antes de todo consultó al Siervo de Dios, y Ntro. Antonio le respondió las siguientes palabras: — « Sr. mio, el limon que V. desea está ya muy estrujado y puede dar muy poco jugo.

44. Tanto era el crédito que Antonio se habia gran-

ggado con su prudencia, que los mismos Magistrados encargados de la administracion de justicia, antes de proceder contra los autores de escándalos, ú otros desórdenes, se valian de la cooperacion de Ntro. Antonio para evitar ó remediar el mal sin estrépito de juicio; y la esperiencia acreditó que éste era el mejor medio de evitar la publicidad, que sin duda habria aumentado el escándalo. Todos se consideraban en verdad, obligados á seguir el consejo y la opinion de un hombre, que se conciliaba el respeto mas profundo, no solo por su gran virtud, é integridad de vida, sino que sin ser movido por interes alguno propio, solo aspiraba al bien de aquellos que le pedian consejo ó en cuyo favor se interesaba. El haber domado sus pasiones, le hacia ver las cosas con claridad y tratar los asuntos con calma, circunstancias y dotes que le hacian muy superior á los demás, en los cuales se hace oír mas ó menos la voz de las pasiones. En sus palabras mesuradas, pronunciadas con dulzura y las mas propias para conseguir su intento, resplandecia la lucidez de su inteligencia y la tranquilidad de su alma.

42. En lo que mas brilló la prudencia cristiana del Venerable Bermejo, fué en haber considerado siempre las cosas segun su valor. Ante sus ojos estaba constantemente fija la gloria de Dios, la salvacion de su alma y la de sus prójimos, y todos sus pensamientos, obras y palabras se dirigian á este fin. En el uso de los medios que empleó, no faltó ni por falta ni por exceso, y en verdad, que esta maravilla no puede atribuirse á virtud ordinaria y comun. El ardor de su santo celo no le hizo traspasar los limites de lo justo.

CAPITULO VI.

De su justicia.

43. Todo hombre acostumbrado á tratar las cosas humanas, sabe por una triste esperiencia, que es mas fácil hallar quien abunde en obras de supererogacion y de neficencia, que quien constante y puntualmente cumpla con los deberes que tiene para con Dios y para con el prógimo, y dé á cada uno lo que de justicia se le debe. De cuanto queda dicho en los capítulos anteriores, resulta, que el Venerable Antonio cultivó hasta el heroismo esta virtud fundamental. Era tan exacto en el cumplimiento de todos sus deberes, que diariamente y con frecuencia examinaba su conciencia, doliéndose vivamente de cualquier leve imperfeccion que notaba, y procurando hacersé cada vez mas cauto, se imponia algunas penitencias y mortificaciones corporales, que cumplía inmediatamente. Procediendo como procedia con circunspeccion tan esquisita, ni ofendió nunca á nadie, ni á nadie dió ocasion de que de él se quejara, aun cuando se vió obligado á sufrir las ofensas que sin razon ni motivo, le causaron alguna vez. Asi resulta de las declaraciones imparciales de hombres probos consignadas en los procesos.

44. Nuestro Venerable fué diligentísimo en la ob-

servancia de todas las obligaciones que nos imponen las diversas relaciones naturales y sociales. Apenas conoció á Dios, le antepuso á todo, rindiéndole aquel honor, aquel amor, y aquella obediencia que le son debidas como Nuestro Criador y Señor Supremo, segun hemos tratado mas estensamente en los capítulos relativos á la fé y á la caridad. Allí tambien espusimos cómo cultivó la virtud de la *religion*, que puede llamarse la justicia hácia Dios; cómo honró á la Santísima Virgen, á los Santos y á los Ángeles, y cuanta fué su obediencia, y cuanto su respeto á la cabeza suprema y á los pastores de la Iglesia, á quienes como cristiano estaba sugeto. Ocupándonos tambien de los primeros años de su vida, espusimos la conducta que observó con sus padres y abuelo, profesándoles amor y sumision, y rindiéndoles el honor que impone la ley natural y divina. Así como fué buen hijo y buen católico, fué tambien buen subdito y buen ciudadano, y así lo acreditó en todo el curso de su vida y así aparece, probado con legítimos documentos, resultando de todo, que fué sumiso y obsequioso con todos sus superiores; que dió á cada uno lo que era suyo, que á nadie quitó lo que le pertenecia. Solo así pudo grangearse vivo y aun despues de muerto la estimacion que le profesaron las autoridades, que á nombre del Rey Católico, gobernaban los pueblos en que vivió el siervo de Dios.

45. No fué menor su exactitud y diligencia en el cumplimiento de las obligaciones que voluntariamente se impuso. Entró en la religion de S. Juan de Dios, y si

los superiores no le aceptaron, no fué en verdad porque dejára de observar las reglas de la Orden. Ascripto á la órden Tercera de S. Francisco, fué tan puntual en la observancia de los preceptos, como en la asistencia á los egercicios propios de esta institucion, pudiendo decir lo mismo de su conducta como miembro de las Congregaciones de la Escuela de Cristo y del Cármen, en las que servía de egeemplo y edificacion á sus hermanos por su observancia de las reglas. Hizo votos árduos y difíciles, y los cumplió con increíble exactitud y precision. Se encargó de proveer á la subsistencia del Hospital, y ningun padre de familias le aventajó en vigilancia y diligencia. Se dedicó á la asistencia de los enfermos, y ninguna madre fué tan solícita en el lecho del hijo enfermo, como lo fue nuestro Venerable de dia y de noche al lado de los enfermos por él acogidos.

46. Siempre satisfizó el salario debido á los muchos operarios de quienes se valió en la construccion de su hospital y edificios á el anexos, y daba testimonios de gratitud á todos aquellos que le prestaban algun oficio, no mercenario. El venerable Antonio profesó de un modo extraordinario esta virtud, que es tan rara entre los hombres, y forma tambien parte de la justicia. Fija siempre en su mente la memoria de los grandes beneficios que Dios le habia otorgado, le rendia frecuentes acciones de gracias; y se acusaba de ingratitud y se dolía vivamente de no corresponder á las muchas gracias que de Dios recibia. Se mostró así mismo reconocido á todos aquellos de quienes ó él, ó su hospital re-

cibieron algun beneficio. Siempre que llegaba al hospital, ó como refugiado, ó como enfermo alguno de aquellos que, ó con limosnas, ó de otro modo habian prestado algun beneficio, Antonio procuraba que fuesen tratados con mayores consideraciones y mas particular atencion. Si con hechos no podia acreditar su reconocimiento, lo acreditaba rindiendo acciones de gracias encareciendo aun cuando fuesen pequeños los beneficios que se le hacian. El Ilmo. Sr. Gonzalez Pisador, Obispo de Oviedo, lo confirma como testigo, diciendo que en la última vez que vió al venerable Antonio, en 1757, y le habló con motivo de la pequeña limosna que le dió para los enfermos de su hospital, recibió prueba de la entusiasta gratitud de Ntro. Venerable.

47. Veraz y sincero en el mas alto grado, aborrecia el engaño y la mentira, y con naturalidad suma y con sencillez evangélica y con claridad y franqueza decia lo que sentia. Las simulaciones, la ambigüedad y la doblez eran para él cosas desconocidas. Con cautela admirable esquivaba el defecto de aquellos que so pretesto de sinceridad, maldecian, murmuraban ú ofendian la fama del prójimo, ó hablaban de él con desprecio ó aspereza. Como Antonio respetaba los derechos de todos, respetaba tambien el honor y la reputacion agena; y si en alguna ocasion debió echar mano de la correccion fraterna, lo hizo con la mayor dulzura y caridad. Teniendo presente que todos, aun los malvados, son criaturas de Dios, hechas á imagen suya, no rehusó á nadie aquellas demostraciones de estimacion y de respe-

to que se fundan no solo en la cortesía, y en la buena educación, sino en la justicia natural. Con una igualdad é imparcialidad, que pocos saben egercer, tributaba á todos las consideraciones que á todo hombre son debidas. Sin aceptacion de personas, sin orgullo con el pobre, sin humillacion degradante con el poderoso, acreditó como puede ponerse cristianamente en práctica el principio de la fraternidad universal sin conmovier el órden social, como neciamente lo han hecho algunos.

48. Fué cultivador eximio de la justicia, y procuró que todos cultivasen tambien esta virtud cardinal. Grandes y continuos fueron los esfuerzos que hizo para que los hombres abandonaran el pecado y observaran la ley divina, y como estaba persuadido de que el ejemplo es mas eficaz que las palabras, aparecia el primero en la egecucion puntual de sus deberes.

CAPITULO VII.

De la templanza y mortificacion del V. Antonio.

49. Cuando un alma se aleja voluntariamente de todo cuanto el mundo tiene de encantador y lisonjero, cuando fácilmente se levanta á Dios, cuando goza en conversar con El, cuando se nutre con delicias espiritua-

les, indicio vehemente de que esta alma, mediante el auxilio de la templanza ha depuesto y se ha librado de aquel grave peso de las tendencias animales y terrenas, que teniéndonos apegados á la tierra, nos impide elevarnos á los cielos. Nos sucede lo mismo que á las sustancias materiales, que no pueden levantarse en la atmósfera, si el artificio humano no las somete antes á las leyes ligeras. Si careciéramos de pruebas para acreditar la templanza heroica del V. Bermejo, nos suministraría una evidente ver cuan absorto estaba en Dios y en la contemplacion de las cosas celestiales. El hombre animal no puede llegar, no solo á gustar, pero ni aun á percibir semejantes cosas. Muchas de las ya referidas en el curso de esta historia, nos dan á conocer suficientemente la excelencia y heroísmo, con que Antonio cultivó esta virtud. Aquella castidad sin mancilla que conservó hasta la muerte, aquella impertubabilidad y constancia de ánimo para no resentirse, ni de las afrentas, ni de las ofensas materiales esplican suficientemente cuán avasalladas tenia sus pasiones así en la parte concupiscible como en la irascible.

50. En los capitulos anteriores queda consignado como nuestro venerable, desde su mas tiernos años, huyó de todas las diversiones y pasatiempos, no solo peligrosos sino vanos y ligeros; como observando la mas estricta pobreza, se privó de todas las delicias humanas, de todas las comodidades que tanto fomentan la sensualidad y molicie, como dormía poco y en un lecho tan misérable, que aun estaba desprovisto aun de aquello de que cual-

quier hombre se sirve aun por necesidad. Su alimento, como leemos en los procesos, se reducía á una sôpa ó legumbres mal condimentadas, y algunos pedazos de pan que eran frecuentemente lo que sobraba á los pobres enfermos. (1) Rehusaba constantemente cualquier otro alimento mas sustancioso y agradable. Habiendo observado que aun algunos de estos alimentos eran gratos á su gusto, no vaciló en renunciarlos, sustituyéndolos con otros. El agua era su bebida ordinaria, y solo por obediencia consintió en beber alguna vez vino, como sucedió en los últimos años de su vida, en que se le mandó por su confesor usase de aquel licor, con motivo de la enfermedad y debilidad que sufría. Ni aun así lo bebía puro, sino mezclado con agua y en muy poca cantidad. Observador fiel del precepto de la abstinencia y del ayuno, añadía á los dias prescritos por la Iglesia otros de particular devocion suya, ya en memoria de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, ya en las vigiliass de las festividades de Maria Santísima, ya en las de sus Santos, abogados y protectores, aunque á decir verdad, y como afirman los testigos examinados en los procesos, toda su vida fué un perpetuo y riguroso ayuno.

51. Para evitar el peligro de separarse del método que se habia propuesto, rehusaba constantemente los convites que le hacian para comer fuera del Hospital. Los religiosos agustinos descalzos con quien tenia grande amistad, le instaron en varias ocasiones para que co-

(1) Proc. ap. f. 1141.

miera con ellos, ya en su convento de la Nava, ya en el de Valladolid, pero jamas pudieron conseguir, ni que aceptara el convite, ni que tomara cosa alguno. Si en alguna ocasion, cediendo á la autoridad de la persona que le hospedaba en sus peregrinaciones, se le estimulaba á que tomara los mismos alimentos que el dueño de la casa, era tanta y tan visible la violencia y repugnancia con que lo hacia, que necesario era dejarle en libertad, y que, siguiendo su costumbre, tomara solo y en pequeña cantidad los manjares mas viles.

52. Del mismo modo que al sentido del gusto negaba á todos los demas sentidos cualquier satisfacion ó deleite. Caminando con los ojos bajos, se privaba del placer que producen la amenidad de los sitios y la vista de objetos agradables. Aun en los mismos viajes que hizo á Roma y á otras partes se guardó bien de satisfacer la curiosidad natural, cuidandose solamente de alimentar el espiritu de piedad que lo movia. De este mismo modo esquivaba los discursos y conversaciones puramente recreativos; de este mismo modo rehusaba oír noticias y vanidades del mundo, ú otras cosas con que la generalidad de los hombres goza y pasa alegremente el tiempo. Facilmente comprendemos como mortificaba el sentido del olfato, recordando que desempeñaba en el Hospital, asistiendo á los enfermos, aquellos servicios á que mas se resiste la naturaleza, como son limpiar los vasos inmundos, curar las llagas mas pútridas, y dispensar una asistencia especial á los enfermos mas repugnantes. La vida labo-

riosa, la eleccion de lugares duros é incomodos para dormir y la aspereza de sus vestidos, prueban su fi- cientemente que negaba al sentido del tacto toda oca- sion de complacencia. Por último, la mortificacion de los sentidos era completa en nuestro Venerable, que se hacia tanto mas capaz de los gustos espirituales, cuanto mas se abstenia de los sensibles.

53. Para domar completamente la carne y tenerla sujeta al espiritu, no bastaba al Venerable Siervo de Dios privarla de los placeres de los sentidos; se afanaba tambien por afligirla positivamente con los medios mas á propósito para atormentarla, añadiendo pena y dolor con los instrumentos de penitencia á aquel cuerpo ino- cente, harto debilitado ya por las vigiliass, por los ayu- nos y las enfermedades. Ya hicimos mencion de las cin- co llagas que se abrió en las manos, en los pies y en el costado, de la que se le abrió en el hombro izquierdo por el peso del duro madero con que hacia el ejercicio de la cruz, y de otras mortificaciones no menos penosas; á todo lo cual deben agregarse sus continuas y sangrientas dis- ciplinas, y decimos continuas, porque ademas de las de los ejercicios de la orden tercera, escuela de Cristo, y her- mandad de Ntra. Sra. del Carmen, atormentaba diaria- mente su carne con otras muchas y muy crueles,

54. Uno de los confesores de Antonio declara, que vió las puntas de hierro y otros instrumentos de cuerda entretegidos con espinas, con los cuales se disciplinaba (1); añade otro que se daba la disciplina con gran lige-

(1) Proc. Apost. fol. 2612.

resa y sin compasion de sus propias carnes, sobre las que descargaba golpes furiosos (1.) y por ultimo, atestigua otro que estas diciplinas eran tan crueles que el confesor se vió mas de una vez obligado á mandarle se abstuviera de ellas bajo precepto de obediencia (2). Como si no fueran bastantes tan duras flagelaciones, imaginaba nuevos medios de atormentar su cuerpo macerando sus carnes con cilicios de hierro, con pedazos de lata y cardos que llevaba en el pecho y ciñendo su cintura con una pesada cadena de hierro. Ingeniosísimo para atormentarse, ideaba é inventaba nuevos medios de mortificacion, hasta el extremo de que, conocido por un sacerdote amigo suyo, de gran virtud, le rogó le indicase el medio de proveerse y formar instrumentos de mortificacion. Siempre que emprendia algun viage, se proveia de diciplinas y otros instrumentos mortificantes, para distribuirlos entre personas piadosas. Los hombres mundanos se reiran de esta clase de dones, pero Antonio sabia muy bien que con aquellas armas se vence á los mas terribles enemigos, enemigos que si no se doman á tiempo llegan á ser tiranos desapiadados.

(1) Pro. Apot. f. 2320

(2) Proc. ord. fol. 517.

CAPITULO VIII.

De su fortaleza.

55. Si el vencerse á sí mismo, si el dominar sus propios afectos, menospreciar el dolor, y hacerse superior á todos los enemigos internos y externos, es prueba de grande y estraordinaria fortaleza, el Venerable Antonio dió indudablemente esta prueba, que está confirmada por lo que espusimos en el capítulo anterior. Sin una fortaleza estraordinaria, no hay jóven alguno que pudiese como Antonio despreciar, todas las lisonjas del siglo y renunciar todos sus bienes, para destinarlos al provecho de sus prójimos. Sin una fortaleza estraordinaria, no hay tampoco quien, como Antonio, se consagre á una vida pobre, cercada de trabajos y toda empleada en ocupaciones humildes y laboriosas, á que se resisten el amor propio y la inclinacion natural. Sin una fortaleza estraordinaria mal podria acometer empresas arduas y dificiles y aunque falto de recursos y rodeado de obstáculos, lograr llevarlas á cabo con abnegacion constante é increíble. Su paciencia invencible á todo ultraje, á toda molestia, á toda contradiccion, á toda enfermedad, á todo mal tratamiento, ¿no es la demostracion mas convincente de una fortaleza inespugnable? ¿Su deseo ardiente de sufrir mas y mas cuanto mas sufria, no eleva á nuestro Antonio sobre mu-

chos héroes de fortaleza, á quienes la historia califica de prodigiosos?

56. Esta imperturbabilidad de Antonio para menospreciar el dolor, se ostenta muy admirable, entre otros casos, en el que nos refiere un respetable sacerdote quien lo oyó de Don Francisco Nuño, testigo presencial. No pudiendo, dice, el Siervo de Dios cortarse las uñas de los dedos de las manos por falta de vista, fué á que se las cortara un anciano del hospital llamado Juan de Olmedo, que veía poco mas que Bermejo. Apenas empezó su operacion el buen anciano, introdujo tanto las tijeras que le cortaba la carne, causándole heridas de que fluía abundante sangre. Antonio, como si fuera mármol, dejaba que continuara sin hablar palabra; el anciano seguía su operacion, concluida la cual quedaron ambos muy contentos y satisfechos. Viendo un tercero que Antonio derramaba sangre por todos sus dedos, le preguntó quien habia hecho aquello, á que Antonio contestó con suma sencillez:—lo ha hecho y muy bien el Sr. profesor, aludiendo quizás, á que aquel anciano habia ejercido antes la cirugía. Este hecho escitó en todos la mayor admiracion, persuadidos de que aquella aparente insensibilidad no era otra cosa que una virtud de muy raro y delicado temple.

57. El defecto de vista, de que como hemos indicado antes adolecía el Siervo de Dios, le servía de un ejercicio continuo de la paciencia, ya porque era un obstáculo para el pronto y acertado desempeño de muchos quehaceres, ya por que fué causa de las muchas caídas que sufrió. Apesar de todo no desistía de los viages que

emprendia para bien de las almas, caminando con inminente riesgo, por vias peligrosas y desconocidas. Cierto es que Dios lo asistia y guiaba admirablemente, pero esto no impedia que le dejara el mérito de sufrir por amor suyo. Cuéntase, que caminando en una ocasion por una montaña, se encontró con un hombre que ecsijia de el, amenazandole de muerte, cometiera una accion injusta, Antonio antes que ofender á Dios, se ofreció á morir, negándose á hacer lo que se le ecsijia, intrepidez que obligó á aquel hombre á que desistiera de su empeño.

58. Lo que nunca pudieron conseguir los hombres depravados, esto es, triunfar del Siervo de Dios y conmover su constancia, tampoco pudo conseguirlo el principe de las tinieblas, poniendo por obra todo el aparato de terror y toda la violencia de que podia disponer por permission de Dios en sus inescrutables arcanos y consejos. Nada diremos de sus sugerencias infernales contra la fé, la esperanza y la caridad, nada de las ofuscaciones con que queria envolver su entendimiento, nada tampoco de las desordenadas imágenes con que procuraba perturbar su fantasia; artes todas que venció el Siervo de Dios, permaneciendo cada vez mas fuerte en su fé. Ni podemos ni debemos omitir la narracion de un caso terrible que nos refiere el P. Juan de la Soledad, Agustino Descalzo y confesor de Antonio. Despues de habernos dicho este autorizado personaje que Bermejo triunfó magnanimamente de las astucias y asechanzas del demonio, añade lo siguiente. El Venerable Siervo de Dios manifestó al referido Padre la gran lucha que habia sostenido

en la noche anterior con el enemigo infernal, estando en oracion mental despues de concluidos los egercicios de la Cruz, en la Iglesia del Hospital. Fué el caso que vió á cierta distancia delante de sí una figura humana de aspecto horrible, de cuyos ojos salian como dos rayos. El Siervo de Dios, creyendo que esto podria ser una aprehension ó efecto de la debilidad de su cabeza, continuó su oracion, y puesto en las *manos de Dios* le suplicó que en todo se cumpliera su Santísima voluntad. Viendo el demonio que Antonio ni se espantaba, ni se conmovia y que continuaba en su oracion, se le aprocsimó, y con furor infernal le dió infinidad de golpes, dejándolo tan maltratado, que apenas podia moverse, pero sin embargo, y aunque con dificultad, se dirigió aquella misma mañana al convento de Agustinos para comunicar lo ocurrido al declarante, para tomar consejo y recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristia. De este modo con la fé y esperanza en Dios salió victorioso sin abandonar el campo, y continuando su oracion hasta la hora en que se dirigió al convento.

59. Aun cuando estos y otros hechos semejantes prueban la fortaleza maravillosa del Venerable Siervo de Dios, sin embargo, el principal argumento que acredita el alto grado á que llegó Antonio en el egercicio de esta virtud, resulta en mi entender de la facilidad suma de la prontitud y complacencia con que practicaba estos actos. En él parecia natural lo que otros no pueden hacer sin gran violencia. Y claro es que no puede conseguirse tanto, sin haber obtenido las mas señaladas vic-

torias porque es un carácter especial del heroismo encontrar fácil, lo que para todos es árduo y casi imposible, Antonio perseveró en esta senda difícil y escabrosa con tal constancia, que no se desvió un ápice, ni á la derecha ni á la izquierda; y cuanto mas avanzaban los años, y cuanto mas se aumentaban los obstáculos y los sufrimientos, tanto mayor era el vigor y gallardia de su espíritu, semejante á aquellos árboles seculares que cuanto mas envejecen, tanto mas resisten á los vientos y á las tempestades. Ni en sus luchas, ni en sus tribulaciones buscó nunca alivio alguno, ni aun aquellos consuelos que hubieran podido refrescar su ánimo y dar tregua á sus trabajos, y aun lo que es mas de admirar, ni aun buscaba aquellos alivios interiores y espirituales con que el Señor refrigera y conforta por amor suyo: «negándose, como dice un testigo autorizado, en medio de tan cruda guerra, á disfrutar de aquel descanso que le parecia habia podido conseguir postrado á los pies de su Divina Magestad y Santos de su devocion, como lo dijo él mismo Antonio al testigo, en las siguientes palabras: »Bien sé yo que gimiendo á los pies de mi Señor Jesucristo, ó echándome á los de mi S. Joaquin y diciéndole; tened compasion de este pobre viejo, se me dilatará el corazon y experimentaré algun consuelo; pero me privo de hacerlo, porque creo que no me conviene (1). Aun cuando el Siervo de Dios renunciaba al alivio sensible de sus sufrimientos, no por eso renunciaba al poderoso auxilio

(1) Pro. ord. f. 938

divino, que imploraba con incensantes y humildes plegarias.

CAPITULO IX.

De la humildad del Venerable Bermejo.

60. Aunque la humildad pueda considerarse como una parte constitutiva de la virtud cardinal de la templanza, creo sin embargo que debe tratarse de ella en capítulo separado, ya porque nuestro Antonio la egirió en grado heróico, ya porque estando destinada esta historia al egemplo y edificacion de cuantos la leyeren, interesa mucho ver con la separacion debida, el modo con que los grandes hombres han practicado esta virtud, que como saben todos, es base y fundamento de la perfeccion cristiana. Dios es la verdad, y como tal, ama en sumo grado la humildad, que se funda principalmente en el conocimiento intimo y profundo que el hombre tiene de si mismo, en sus relaciones con la infinita Magestad de Dios. Cuando el alma con inclinacion modesta se somete de buena voluntad á reconocer y abrazar practicamente esta verdad y sus consecuencias, nace de este acto de sumision, aquella hermosa virtud, que es al mismo tiempo el primer efecto de la mas consumada justicia, porque á

Dios solo se rinde la gloria y el honor que se merece, y porque con verdad se imputan á el hombre las faltas y pecados de que es único autor. Pero como para formar rectamente este juicio y mucho mas para inclinar á la voluntad á que lo adopte, se opone poderosamente el amor propio, ademas de los esfuerzos que la concupiscencia hace contra la caridad y la sobriedad, los varones eminentes en santidad, consagraron todas sus fuerzas á combatir y domar este amor propio, combatiendo, maltratando y afligiendo á su carne. Así se esplica como los santos, disimulando aun á sí mismos, todo cuanto tenian de bueno y de laudable, no se presentaban mas que bajo el aspecto de pecadores y miserables, huyendo de cualquier idea que pudiera ensoberbecerles.

64. Aplicando estas ideas á la conducta observada constantemente por el Venerable Siervo de Dios, se comprenderá facilmente que fué cultivador eximio de la humildad, dando solo á Dios gloria y honor, y siendo austerísimo acusador de sí mismo. A Dios loaba y rendia continuas acciones de gracia, por los beneficios que le hacia, protestando no corresponder como convenia á tan señalados favores. Observando siempre sus mas ligeras faltas, profundamente se dolia de ellas, imponiéndose para su satisfaccion penitencias voluntarias. Cuando se apereibia de que algunos formaban de él una opinion ventajosa, hacia cuanto le era posible para destruir este concepto, ó al ménos para no fomentarlo, conociendo que esto seria para él sumamente peligroso. En otra ocasion hemos dicho ya, que rehusó todo titulo de honor, que con

razon habiera podido obtener, y que por derecho le correspondia, como fundador del Hospital enriquecido con sus donaciones; que eligió los destinos y cargos mas humildes y penosos, y que en su traje y exterior procuraba hacerse despreciable á todos. Una de las personas que le conocieron y trataron con intimidad y por mucho tiempo, dice que su semblante, su modo de vestir, sus movimientos y todas sus espresiones, daban á entender que era la criatura mas vil, mas ingrata y desconocida y el mayor pecador del mundo, reputandose él mismo así, y deseando que todos, persuadidos de ello, le trataran con desprecio, sin que haya motivo alguno que induzca á dudar que este concepto que tenia de sí mismo no surgiera de un corazon sincero, ingénuo y sin doblez (1).

62. Ya hemos espuesto las pruebas de esta sincera humildad en la narracion de sus viages á los pueblos circunvecinos, para propagar los egercicios de piedad, en cuya empresa tuvo que sufrir las mortificaciones mas humillantes ó inmerecidas. En efecto, el orgullo escondido bajo el manto de humildad, no hubiera podido resistir á tan terribles pruebas. Indicio era tambien de su sincera humildad aquella alegria que brillaba en su semblante siempre que era tratado con desprecio, ó calificado de estúpido ó ignorante. Siempre tenia en los labios palabras humildes, con que se calificaba de ignorante y falto de instruccion, y para que las obras correspondieran á las palabras, trataba á todos sus superiores con respeto y

(1) Proc. Apost. f. 1146.

deferencia, siguiendo sus inspiraciones y consejos, y aun sujetándose á los inferiores, como dijimos en el libro primero, al tratar de su obediencia.

63. De este concepto humilde que de sí mismo tenía, nacia el horror que le inspiraban las alabanzas propias, horror que le desagradaba interiormente, reconociendo en su juicio él ningun fundamento que tenían, resultando de todo su humillacion interna ante la presencia de Dios. Esto mismo era causa de que jamas procurara ni deseara comunicacion con personas ilustres y acreditadas; y pareciéndole que no eran de su esfera, trataba ordinariamente y con gran afabilidad y benevolencia á la gente vulgar y á los niños del pueblo, con quienes conversaba como si fuera entre iguales, siguiendo de este modo á la letra, el precepto del Evangelio de hacerse igual á los niños quien quiera alcanzar el reino de los cielos. En consecuencia de todo esto, eran cosas ignoradas para él las disputas, las contiendas y todo discurso dirigido á sostener la opinion propia, admirándose en él una reserva estudiada, para ocultar siempre á los ojos de los hombres todo cuanto pudiera grangearle áprecio ó veneracion. Solo la muerte y la inspeccion del cadáver pudieron revelar con la mayor evidencia las ásperas penitencias, los excesos de caridad con que habia procurado imitar la Pasion de Cristo.

64. A creer cuanto de sí mismo decia, su alma, mas bien que privilegiada por el Señor, seria objeto de su odio; tanto era el afan con que se recomendaba á las oraciones de los demas. A D. Francisco Nuño, que era la persona á

quien no ocultaba nada de cuanto en su espíritu pasaba, decia con frecuencia, que se reconocia como el mas indigno de todos, que siendo una criatura vil y un gusano de la tierra, se admiraba cómo Su Divina Magestad no reducía á polvo sus huesos, correspondiendo con tanta ingratitud á los inmensos y diarios beneficios que de Dios recibia (1). No es de maravillar, que teniendo formada esta idea de sí mismo, las alabanzas y los aplausos fuesen el único tormento capaz de afligir á aquel que parecia impasible é incapaz de dolor, entre los sufrimientos mas acerbos. Si alguno calificase sus espresiones de exageradas y demasiado fuertes, debe considerar que nosotros apenas podemos concebir la luz que ilumina su mente, al contemplar la pequeñez del hombre ante Dios y la beneficencia infinita del donador supremo, que fué en verdad demasiado liberal y múnifico. Esta desproporcion inmensa entre Dios bienhechor y el hombre, objeto de sus beneficios, que no puede compensar con nada el bien que recibe; era mas clara á los ojos de Antonio, de lo que lo es á los nuestros; por consiguiente, debiendo este espresar en lenguaje comun ideas que no tienen términos equivalentes en ningun idioma del mundo, obligado se veia á usar aquellas frases enérgicas, para espresar de algun modo el concepto que habia formado.

(1) Proc. ord. fol. 609.

CAPITULO X.

De los dones sobrenaturales del Venerable Antonio.

65. Como en los sapientísimos designios de la Divina Providencia el que se humilla será exaltado, al mismo tiempo que los soberbios serán humillados, no causará admiracion á nadie, que cuanto mas se humillaba el Venerable Bermejo ante la presencia divina, tanto mayores eran los dones extraordinarios y sobrenaturales con que Dios favorecia su alma. La maravillosa y extraordinaria ilustracion con que en el jueves Santo de 1694 lo llamó á vida mas ejemplar y perfecta; las luces con que iluminaba su entendimiento hasta tal punto, que como dice su confesor, siendo un idiota, hablaba con la mayor seguridad y conocimiento de asuntos y materias dificiles é intrincadas (1), la prodigiosa elocuencia con que desenvolvía sus argumentos, se insinuaba en los corazones, persuadía á las inteligencias, convertía á los pecadores y admiraba á los hombres de talento y doctrina no comunes, el conocimiento de las cosas futuras con que pudo asegurar á la adúltera penitente que evitara las consecuencias de su delito, con que afirmó á sus parientes que no moriria fuera de su patria y que por

(1) Proc. Ord. fol. 669.

ellos sería asistido, y con que señaló en muchas ocasiones y con la mayor precision á sus amigos y confesores el tiempo de su fallecimiento, acreditan cuan liberal fué Dios, dispensando al Venerable Bermejo los dones mas sublimes y extraordinarios.

66. No era menos visible la intervencion de la mano divina, en aquella luz material que precedia á sus pasos cuando se dirigia á los pueblos circunvecinos, para promover el bien espiritual de sus prógimos, y en aquel espontáneo movimiento con que las partículas consagradas se escapaban de manos del sacerdote, cuando Antonio comulgaba, ó en aquel abrazo prodigioso con que, á imitacion de S. Felipe Neri, libró á un jóven terriblemente tentado por la impureza, ó finalmente, en aquella instantánea cesacion de una enfermedad, en aquella imprevista libertad de peligros, cuando en sus viages se encontraba sin auxilio alguno humano. La conservacion de su vida era en verdad un prodigio, porque como atestiguan médicos, cirujanos y otras personas autorizadas, la llaga cancerosa debia haberlo conducido al sepulcro. Esta asistencia especial con que Dios protejía la vida de Antonio, aparece aun mas admirable, en lo que ocurrió cuando cuidaba de la construccion de la Iglesia, y fué que, cayendo una vez de lo alto, quedó atravesado y sostenido en el hueco por el que se subian los materiales, siendo aquel espacio igual al cuerpo de un hombre, y habiendo quedado en otra ocasion suspendido en el aire, agarrado á un madero, sin que en ninguno de estos casos espermentara el mas leve daño.

67. A esta clase de hechos debe referirse el siguiente, de que nos dá cuenta uno de sus confesores, el padre Agustin de Sanctis-Agustino. Dice, que estando una noche Antonio haciendo, segun costumbre, el ejercicio de la Cruz, se irritó y aumentó con tal violencia, su padecimiento de la hernia intestinal, que creyó que aquel era el último momento de su vida. Antonio continuó sin embargo en su piadoso ejercicio, y al terminarlo, se encontró sano, y con fuerzas para dirigirse al Convento de Agustinos reformados, que estaba bien distante, con el fin de recibir los sacramentos de la Penitencia y Eucaristia, asistir al santo sacrificio de la Misa, y consagrarse despues á los demas ejercicios de piedad, de caridad y mortificacion (1).

68. La curacion que en esta y otras ocasiones semejantes obtuvo Antonio de la bondad divina en beneficio propio, la impetró tambien frecuentemente para los demas, como se lee en los procesos, sanando á muchos enfermos peligrosos y abandonados de todo remedio humano (2). Merece especial mencion lo ocurrido á una religiosa Agustina Descalza de Medina del Campo, porque este hecho, ademas de ser prodigioso, contiene en el modo con que se verificó, el cumplimiento parcial de la magnífica profecia de Jesucristo, que se contiene al fin del evangelio de S. Marcos, donde entre otras cosas promete, que aquellos que creyeren en él «*super egros manus imponent, et bene habebunt*» (3). Este hecho lo re-

(1) Proc. Apost. 1338.

(2) Proc. Ord. 724.

(3) Mar XVI. 48.

fiere del modo siguiente el P. Juan de la Soledad: «El Siervo de Dios fué mandado á llamar en cierta ocasion, para ver á una religiosa agustina descalza, que padeciendo ciertos accidentes, la ponian diariamente en peligro de muerte. Habiendo ido á visitarla el Venerable Siervo de Dios, acompañado de un hermano de la misma religiosa y del cirujano Antonio de la Fuente, del mejor modo que pudieron, sacaron á la enferma á la porteria, y la superiora juntamente con la enferma, suplicó al venerable Siervo de Dios pusiese sus manos en lá cabeza de esta, y pidiera á Dios la restituyese la salud. El Venerable Antonio, despues de haberse escusado con gran humildad, condescendió con los deseos de las religiosas, y desde aquel momento, añade el testigo, la religiosa enferma quedó libre de los accidentes, y disfrutó completa salud. (1)

69. De tal modo premiaba Dios la caridad de Antonio, que ademas de haber hecho en favor de sus prójimos todo cuanto podia, llegó tambien á hacer por ellos mucho mas de aquello que hubiera podido hacer solo con sus fuerzas. Esta circunstancia esplica la premura con que todos los enfermos, aun los de fuera del Hospital, deseaban ser visitados por él, cuando la enfermedad se agravaba; estaban seguros, que aun cuando Dios no les otorgase la curacion á ruegos del Venerable Antonio, éste les haria conocer el écsito de su enfermedad, con mas certeza que el médico mas perito. En el caso de que el concepto de nuestro Venerable no fuese favorable, se

(1) Proc. Apst. 4768.

preparaban á bien morir, y á ello los ayudaba admirablemente. El Reverendo D. José Rodriguez dice, que el siervo de Dios en sus visitas y asistencia de los enfermos, hablaba de sus enfermedades y de su écsito con ciertas palabras alusivas al termino feliz ó adverso, que despues comprobaba la esperiencia, porque sucedia siempre lo que Antonio anunciaba. Todos aquellos que le escuchaban en semejantes casos, estaban persuadidos de que recibia de Dios este admirable conocimiento, y que hablando por una iluminacion superior, se verificaria lo que anunciaba. Don Fausto de Oro le confirma cuando dice: «En cuanto al don de profecia, es un hecho público y notorio, que el Siervo de Dios visitaba á toda clase de enfermos que lo llamaban para su consuelo. A unos decia que no moririan de aquella enfermedad, á otros, ó directamente ó con palabras alusivas á la eternidad y á la vida futura, les anunciaba que fallecerian, y todos le consideraban como un oráculo, consolandose los primeros y quedando afligidos los segundos, porque regularmente sucedia lo que Antonio anunciaba. (1).

70. El mismo D. Fausto de Oro refiere, que en el año do 1748, siendo cura parroco de la villa, fué á visitar y á consolar al Pro. D. Geronimo Lopez, beneficiado y cólega suyo, que se encontraba enfermo. Es inútil, dijo D. Geronimo, el hermano Antonio ha estado aquí y me ha dicho—«Sr. mio, Sr. mio, á la eternidad;» palabras que persuadieron al Lopez de que moriria de aque-

(1) Proc. Apost. 1542.

lla enfermedad, como así se verificó. D. José Rodriguez refiere tambien, que estando enfermo su Padre Francisco Rodriguez, fué á visitarlo el Venerable Siervo de Dios, y que, habiéndose aproximado á él, empezó á exhortarlo para que se conformara con la voluntad divina, y se dispusiese á morir. El profesor que curaba al Rodriguez, era de parecer contrario, creyendo que el enfermo sanaria, pero á pesar de esto, D. José, y la familia del enfermo, estaban persuadidos de que se verificaria lo que Antonio anunciaba, y que Francisco moriria de aquella enfermedad, como así se verificó.

71. Lo mismo sucedió, aun que con prediccion y éxito mas fausto, en la enfermedad de D. Tomas Monroy, capellan de la Iglesia catedral de Salamanca, cuando estuvo hospedado en la villa de la Nava, en casa del profesor de medicina D. Lorenzo Perez Ramos. El mal de D. Tomas consistia en un fuerte ataque de parálisis, que lo habia reducido á un estado tan deplorable, que el médico y cuantos le vieron, estaban persuadidos de la imposibilidad de su curacion, y así se lo manifestaron sin ambages ni rodeos. En este estado, fué á visitarle el venerable Siervo de Dios, que le aseguró que sanaria, y volveria á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. El Sacerdote referido sanó en efecto, y restituido á Salamanca, escribió una carta, en que reconocia que su curacion era un don que Dios le habia dispensado por medio de Antonio, manifestando á éste su gratitud, y haciendo elogios de su virtud extraordinaria.

72. Otro presagio fausto é igualmente cumplido, se

admiró en la persona de D. Miguel Perez, Tesorero de la Insigne Colegiata de Villafranca del Bierzo. Estando este enfermo, fue á visitarle el venerable Bermejo, quien lo consoló en su afliccion diciéndole; que aunque por algun tiempo continuaria la enfermedad, y tendria que sufrir, al fin saldria de ella, y asi se verificó. Lo mismo sucedió á una tia del Ilmo. Sr. D. Agustin Gonzalez Pisador, Obispo de Oviedo. Estando esta Sra. enferma, la visitó el Venerable Antonio, quien despues de haberla consolado, la dijo, que Dios queria conservar su vida; en efecto, la enferma consiguió su curacion, y vivió muchos años despues del fallecimiento del Siervo de Dios.

73. Las predicciones del Siervo de Dios no espresaban siempre ó la curacion completa ó el fallecimiento, pues algunas veces anunciaba una curacion imperfecta, quedando residuo del mal, y aun en este caso, se verificaron tambien sus pronósticos. Hallábase gravemente enferma D.^a Isabel Monroy, hermana de D. Matias, administrador del Hospital fundado por el Venerable Siervo de Dios, á quien acudió, para que la consolara en sus aflicciones. Antonio la visitó, y aunque la aseguró que saldria del peligro en que se encontraba, la quedarian algunas reliquias de su enfermedad. Así sucedió, en efecto, y asi lo declaró el hermano de D.^a Isabel. Semejante á este caso, es el ocurrido con el Ilmo. Sr. Obispo de Oviedo, antes mencionado, el cual declara, que en la última vez que vió y habló al Venerable Siervo de Dios en el año de 1757, le comunicó la prolongada y penosa enfermedad que habia padecido en aquel año, y de la que le quedaban algunas

reliquias. El V. Siervo de Dios le dijo con su acostumbrada afabilidad:—«Tengamos siempre algo que ofrecer á Dios»—cuyas palabras y el modo con que las pronunció, persuadieron al Obispo de que no le convenia la curacion completa, y de que aquellos penosos restos de su enfermedad no desaparecian, como asi se verificó; y se verificaba en Noviembre del año de 1772 en que prestaba esta declaracion.

74. Aun es mucho mas interesante la prediccion que el Venerable Antonio hizo de la enfermedad que D. Francisco Rodriguez Chico padeció, siendo alumno del Colegio mayor de S. Salvador de Oviedo, en la Universidad de Salamanca. No habiendo ya esperanza alguna de que obtuviera la salud, Doña Isabel Rodriguez, hermana del enfermo, acudió al Venerable Siervo de Dios interesándole para que rogara á Dios por la salud del enfermo. Antonio consoló á aquella piadosa Señora, diciéndola, que su hermano sanaria, pues que Dios lo queria para pastor de su Iglesia. Sanó, en efecto, el jóven estudiante, y veinte años despues fué elevado á la Silla Episcopal de Teruel, desde la que rindió honoríficos testimonios á la virtud del Siervo de Dios.

75. No fueron únicamente los enfermos los que disfrutaron los efectos del don de Profecia, con que fué enriquecido Bermejo. Tambien usó de él para consolar á los afligidos y atribulados. Por los años de 1739 y 1740 entró, al ponerse el Sol, en la Iglesia del Hospital de S. Miguel una Señora, que anegada en tristeza y abismada en recogimiento, se puso á orar de rodillas.

Era esta Señora una de las mas distinguidas del pais, y causaba su tristeza la conducta de su marido, que cultivando una amistad ilícita, injuriaba á su consorte, escandalizaba á los estraños, é inspiraba temores de muy funestas consecuencias. La Señora, que tenia formado un concepto muy elevado de la virtud de Antonio, y especialmente de su caridad y prudencia, habia ido á buscarle, para comunicarle sus aflicciones, y conseguir el remedio del mal. Estos pensamientos vagaban en su mente, mientras oraba en la Iglesia, cuando alzando los ojos, vió cerca de sí al V. Antonio. Sin esperar éste á que le hiciera pregunta alguna, la consoló diciéndola; que no se afligiera; que pronto cesaria la causa del mal, y que todo se compondria segun sus deseos. Fácil es de comprender la sorpresa y alegria de aquella Señora, al oir una revelacion tan inesperada, y una prediccion tan consoladora; sorpresa y alegria que llegaron á su colmo, cuando vió que antes de trascurrido el tercer dia, el marido rompió sus relaciones ilícitas y se consagró al cumplimiento de los deberes conyugales.

76. D. Miguel Antonio de Dueñas, Caballero noble y Regidor perpetuo de Medina del Campo, contrajo matrimonio con Doña Teresa Pascual de Vega, ahijada del Venerable Antonio, con cuyo motivo le conoció, formando tal concepto de su virtud, que se consideraba feliz si Bermejo fuera padrino del Bautismo, como lo habia sido de su consorte. En efecto, Antonio tubo en la Sagrada fuente á una hija de aquellos. Esta niña enfermó en muy tierna edad, y habiendo avisado á Antonio

para que viniera á verla, dijo estas palabras; «Mi querido D. Miguel; ofrezca V. á Dios esta niña y confie en Dios, que tendrá copiosa sucesion que le hará feliz. Así se verificó.

77. Los egemplos antes espuestos, prueban suficientemente, que á los ojos de Antonio se describía el velo de lo futuro, ya cuando visitaba los enfermos, ya cuando consolaba á los afligidos, manifestándose ademas en otras circunstancias el don de profecia de que estaba dotado. Encontráronse un dia casualmente con Antonio dos Señoritas dispuestas á tomar el hábito de religiosas. Una de ellas, acercándose al Venerable Antonio, le dijo con suma sencillez: ¿Sabe V. hermano, que voy á meterme monja? ¿Profesaré? —Sí, contestó el Siervo de Dios, profesará y morirá religiosa. La otra Señorita que oyó esta prediccion escitada por la curiosidad, mas bien que por otra causa, le preguntó: «¿Y á mí que me dice V? Antonio sin hablar palabra, se encogió de hombros, y siguió su camino. La primera murió religiosa, la segunda desistió de su vocacion.

78. Del mismo modo que el Venerable Siervo de Dios preveia las cosas futuras, conocia tambien fácilmente los secretos del corazon humano. Prueba de esto es la que poco antes hemos dicho, de aquella Señora que afligida por la infidelidad de su marido, fué en busca del Venerable Antonio á la Iglesia de S. Miguel. A este caso hay que añadir otros. El P. Fr. Pedro de Santo Tomas de Villanueva, Agustino Descalzo, declara que en el mes de Abril de 1768 estaba en un lugar retirado, ha-

blando á solas con el Venerable Siervo de Dios, y conoció por sus espresiones, que habia leído cuanto pasaba en su corazon, sin que pudiera naturalmente saberlo por medio alguno humano, razon por la que se ratificó siempre en la gran estimacion en que tenia al Venerable Bermejo. El Pro. D. José Rodriguez, Cura de Gomez-narro, Diócesis de Avila, refiere que vino á confesarse con él una Señora, porque el Siervo de Dios la habia hablado al corazon, sin que esta le hubiera hecho revelacion alguna.

79. Aun es mas admirable el suceso ocurrido al P. Fr. Manuel de Toledo, religioso Capuchino. Habiendo sido este llamado por el Venerable Antonio, para que confesara á un religioso enfermo en su hospital, luego que lo confesó, fué á despedirse del Siervo de Dios, el cual en su aspecto penoso y melancólico, parecia estar poco satisfecho; y así era en efecto, porque instó al religioso, para que dirigiéndose nuevamente al enfermo, le preguntara si tenia aun alguna otra cosa que le remordiese la conciencia. No pareció muy oportuna al religioso la instancia de nuestro Venerable, pero tal fué su insistencia, que se vió obligado á ceder, y del mejor modo que pudo, exhortó al enfermo para que declarara plenamente todo cuanto pudiera angustiar su conciencia, advirtiendole el eminente peligro de su eterna condenacion. No fueron ineficaces estas palabras, y el capuchino debió convencerse del sólido fundamento que tenian las instancias del Siervo de Dios, en cuyo rostro cuando de él volvió á despedirse el padre Capuchino, apareció la

mas viva alegría, y de cuyos labios salieron palabras de agradecimiento. El enfermo perdió á poco el uso de la razon, sin que despues volviera á recuperarla, lo cual confirmó, que el temor de Antonio y su solicitud tenian una doble razon, pues se trataba de un mal gravísimo, que si al instante no se reparaba, quedaria despues sin remedio.

80. Refiérense tambien otros sucesos, propios para comprobar, que Dios habia enriquecido á su Siervo con el don de penetrar en el interior de las almas. Cuando Antonio andaba pidiendo limosnas para su hospital, consultaba D. Antonio Casasola con su padre cuanto convendria darle, resolviendo al fin dar por cada uno una gran suma de oro. A la mañana siguiente, se presentó al Venerable á pedir limosna, y habiendole preguntado como en broma: ¿cuánto quiere V. que le demos? Antonio contestó:—una gran suma cada uno; espresando la cantidad en que habian couenido. Padre é hijo se la dieron, quedando sumamente maravillados. En la Nava habia dos Señoritas, que con consentimiento de su madre, bordaban escapularios para Antonio, el cual ecsijía que fuesen hermosos, porque la devocion entra tambien por los ojos. Dichas Señoritas siguieron en esta piadosa ocupacion por algun tiempo, pero viendo que les privaba el paseo y las diversiones, empezaron á disgustarse, y aun á quejarse en secreto. Luego que concluyeron la tarea que tenian entre manos, entregaron á Antonio los escapularios y las dió por ellos espresivas gracias. Dichas Señoritas esperaban que Antonio volveria con mas tela,

para que hicieran otros, pero Antonio no pareció. Pasado algun tiempo, le encontraron y le dieron sentidas quejas de su alejamiento, á que Antonio contestó;—amigamias, basta lo que se ha hecho, porque tambien lo bueno cansa;—avergonzadas las Señoritas, no se atrevieron á replicar. Tal era el crédito de Antonio en este punto, que aquellos que tenian remordimientos de conciencia, procuraban no encontrarlo en la calle, y si lo encontraban, temian que les dirigiese alguna palabra alusiva á su estado interno.

84. Así como Dios habia enriquecido al espíritu de su Siervo con luces y gracias extraordinarias, asi tambien concedió á su cuerpo fuerzas y capacidad, que esceden al poder ordinario de los hombres. Ya hemos dicho en otro lugar, que entre los ornatos puestos por Antonio en su Iglesia, fué uno la estatua de su titular S. Miguel, que era de una magnitud correspondiente al natural y de bastante peso. Esta estatua debia trasladarse á la Nava del Rey, que distaba ocho leguas de Valladolid donde habia sido hecha. Antonio, aunque enfermizo y de pocas fuerzas, se echó la estatua á cuestas, y á pie se dirigió á la Nava, andando en dos horas la mitad del camino. Refieren algunos, que lo encontraron en el camino, y que viendolo fatigado bajo aquel peso enorme, le instaron para que les dejase llevar la carga, puesto que se dirigian á la misma villa, que Antonio no quiso acceder, y los que iban á caballo siguieron su camino y lo dejaron atrás. Grande fué su sorpresa, cuando luego que llegaron á la Nava oyeron un repique

de campanas, y preguntando porque repicaban, se les contestó, que por la colocacion de la hermosa estatua de S. Miguel, que el hermano Antonio habia traído de Valladolid. Preciso es reconocer, que cuando le faltaron las fuerzas para llevar la estatua del gefe de la milicia celestial, la fuerza poderosa del Arcángel condujo á la estatua y al portador al término designado.

82. Prodigio estupendo y muy digno de especial memoria fué el ocurrido cuando nuestro Venerable visitó el Santuario de Nuestra Señora del Risco, distante catorce leguas de la Nava del Rey. En esta ocasion mostró el Señor con un espléndido rasgo de su omnipotencia, cuán agradable le era que Antonio consagrara sus desvelos á estar unido á Él, y á prestar su asistencia á los pobres necesitados. El mencionado santuario era un convento de Religiosos Agustinos de la antigua observancia, y muy apropósito para un retiro espiritual. Antonio permaneció allí por espacio de ochos dias consecutivos para hacer egercicios espirituales. Hacia tres dias que habia salido, cuando D. Diego Torrecilla, Beneficiado de la Nava del Rey, se dirigió al mismo convento, y habiéndose presentado al Padre Maestro Plaza, que á la sazón era Prior, y con quien tenia íntima amistad, preguntó al D. Diego como estaba el hermano Antonio que hacia tres dias habia salido del convento. D. Diego, que por espacio de ocho dias continuos, anteriores á su partida habia visto constantemente al Bermejo en el Hospital de la Nava, y que con él habia dado de comer á los pobres, y desempeñado otros cargos del instituto, pre-

guntó lleno de asombro al Padre Prior, de que hermano Antonio hablaba. El Padre Prior le replicó, que deseaba tener noticias del hermano Antonio Alonso Bermejo, que por espacio de ocho dias habia estado haciendo ejercicios espirituales en dicho convento, y hacia tres dias que se habia marchado. D. Diego Torrecilla repuso, que en aquellos mismos dias continuos, en que aseguraba, que el hermano Antonio habia estado haciendo ejercicios espirituales en su convento, en esos mismos dias habia estado en union del D. Diego, asistiendo á los pobres del hospital de la Nava. Insistiendo unos y otros en lo que decian, y teniendo evidencia de ello, se confirmaron en la opinion de que algun ángel en figura de Antonio habia estado desempeñando sus veces en el hospital de la Villa. (1) El P. Plaza, para acreditar mejor el suceso, escribió á D. Manuel Gonzalez, vecino de la Nava, fijando con toda precision el dia y la hora en que Antonio habia salido del convento de Agustinos. Aun cuando Gonzalez no le habia visto en los dias anteriores, pudo sin embargo, asegurar al Prior, que en aquel mismo dia de que hablaba, y una hora despues de la en que el Prior decia que el Bermejo se habia marchado del convento de Ntra. Sra. del Risco, dicho Bermejo estaba en el hospital. (2) Facilmente se comprende cuán imposible era que el Siervo de Dios pudiera andar catorce leguas en una hora. Esta maravillosa bilocacion está tambien acreditada por otros diferentes testimonios. (3)

(1) Proc. ord. fol. 383.

(2) Proc. Apost. fol. 388.

(3) Proc. Apost. fols. 4735 y 1903.

CAPITULO XI.

De la fama de santidad del Venerable Siervo de Dios en vida y despues de su muerte.

83. Aun cuando no faltaban, ni en la familia, ni en el hospital, ni en su pais, ni fuera de él, personas maliciosamente dispuestas contra el Siervo de Dios que excitaran su paciencia, como se vé en el discurso de esta historia, sin embargo, es preciso confesar, que la inmensa mayoria de cuantos le conocieron y trataron ó tuvieron alguna noticia de él, le profesaron una estimacion profunda como hombre de virtud heróica y particularmente favorecido por Dios. Aquel afan y entusiasmo con que todos los padres de familias, ya fuesen de la clase mas distinguida, ya de la última del pueblo, querian que fuese padrino de sus hijos para unirse á él con el vínculo del parentesco espiritual, aquel deseo de todos cuantos caian enfermos para tenerle á su lado, aquella afluencia de gente que á él acudia para pedirle consejo, direccion, consuelo y alivio en cualquier duda, angustia ó tribulacion, aquella vergüenza con que de él se alejaban los que sentian remordimientos de conciencia, aquella eficacia con que interponia su auto-

ridad para conciliar litis, hacer cesar los escándalos, atraer á los estraviados al camino recto, aquella facilidad para encontrar quien con sus limosnas y auxilios contribuyera á llevar á cabo sus mas arduos proyectos, aquella docilidad con que aun las personas investidas de dignidad eclesiástica ó civil se sometian á su consejo ó deseos, aquellos honores, en fin, que con tanta esplendidez le rindió en su muerte un concurso inmenso de personas de toda clase, todo demuestra hasta la evidencia, la estimacion universal que le profesaban sus compatriotas, sus convecinos y estraños.

84. Si en Antonio hubiera podido infiltrarse un pensamiento de vanagloria, bien hubiera podido enorgullecerse de vestir un hábito tosco y destrozado, mas que en llevar una púrpura real, hábito ó traje destrozado, porque todos aspiraban á tener alguna reliquia suya. A tal extremo llegaba el deseo de poseerla, que en los últimos años de su vida, cuando ya habia perdido la vista, le perseguia la gente é iba detras de él para cortar los filamentos ó pedazos de su traje. Poco era el escrúpulo que tenian sus admiradores en quitarle algunas de sus cosas. Refiérese, que yendo D. Agustin Casasola á caza á un bosque prócsimo á la Nava, encontró á alguna distancia un envoltorio que contenia uno de los instrumentos de penitencia con que se mortificaba el Siervo de Dios, al que pasando poco antes por allí, se le habia perdido con otros objetos. D. Agustin, que conocia al Siervo de Dios, recogió el envoltorio y se le llevó á su casa. Apenas llegó á ella, se le presentó el

Siervo de Dios lleno de ansiedad diciéndole,—amigo mio, deme V. por amor de Dios, deme V. pronto lo que se ha encontrado en el bosque, por que me hace suma falta—¿Yo?, repuso D. Agustin con disimulo. ¿Y qué es lo que me he encontrado?—Vamos, amigo mio, bien lo sabe V.,démelo V. por amor de Dios.—D. Agustin que continuaba disimulando, le dijo:—Dígame V. de qué es de lo que me habla, porque sino es imposible que le entienda. Antonio teniendo vergüenza de dar esplicaciones que no eran necesarias, calló, y se marchó sin recobrar los objetos perdidos. El Venerable Siervo de Dios acostumbraba en los últimos años de su ancianidad á llevar un baston en que apoyarse, baston que le fué robado un dia en la Iglesia. Estándolo buscando, le dijo uno;—No se canse V.,se lo han robado.—A que Antonio contestó: no amigo mio,no crea V. eso, no me lo han robado, se lo han llevado.

85. Antonio adquirió esta gran estimacion desde su juventud, y fué creciendo y dilatándose, no solo en los pueblos de la Abadia de Medina del Campo, sino en el resto de la Diócesis de Valladolid, de donde se difundió á otras Diócesis y Ciudades nobilísimas de España (1) como Salamanca, Toledo, Zamora, Avila y hasta Madrid. No eran solo el vulgo y sus paisanos los que le estimaban y admiraban; eran tambien los personajes mas distinguidos en virtud, en ciencia, en dignidad eclesiástica y civil, y en nobleza. En el curso de esta his-

(1) Proc. ord. fol. 638.

toria, hemos visto en cuanta estimacion lo tuvieron el Ilmo. Sr. D. Martin Delgado, Obispo de Valladolid, el Ilmo. Sr. D. Agustin Gonzalez Pisador, Conde de Norena y Obispo de Oviedo, el Ilmo. Sr. D. Francisco Rodriguez Chico, Obispo de Teruel. No fué menor el concepto que de él formó el Ilmo. Sr. D. Bartolomé Sarmentero, Obispo de Vich que consideró al hermano Antonio dotado de virtudes heróicas y guiado por el Espíritu Santo, de un modo maravilloso. Entre los admiradores y estimadores de sus virtudes, se cuentan entre otros el P. Pedro de Calatayud, profesor de teología, el Padre Camargo, Catedrático de Teología de la Universidad de Salamanca, el Padre Luis de Losada, todos tres de la compañía de Jesus. Hay que agregar á estos al Padre Fr. Francisco de S. Gerónimo, Agustino Descalzo, Lector de Teología y Provincial de ambas Castillas, al P. Fr. Francisco de la Lanza, religioso Francisco de la primitiva observancia, Profesor de Teología y consultor de la Santa Inquisicion, al Rmo. P. Fr. José de Jesus Maria, Carmelita Descalzo, Maestro en Sagrada Teología y Rector del Colegio de estudios de Salamanca, y á otros cien personajes Ilustres por su piedad, por su doctrina y por los importantes cargos que desempeñaron.

86. La gloria que el Señor concede á sus siervos, especialmente en premio de su humildad, es muy diferente, y contraria á la gloria mundana. Esta es como un vapor que momentaneamente parece eclipsa la luz del Sol, pero poco á poco se disipa y desvanece, sin que

quede recuerdo alguno de ella. La gloria que sigue y acompaña á los humildes, dura despues de su muerte y se engrandece, y se estiende, y se hermosea y llena al mundo con el suave perfume de sus virtudes. Asi sucedió con el Venerable Bermejo, porque la fama redobló sus voces despues de su fallecimiento. Si las alabanzas de Antonio se trasmitian con sus discursos domésticos y con sus cartas familiares, ahora se propagan con cartas solemnes de Obispos, de Magistrados, de Corporaciones que públicamente atestiguan las heroicas virtudes del difunto, ahora se dilatan con historias y comentarios de su vida, con elocuentes oraciones fúnebres, pronunciadas por acreditados oradores, ahora se legan á la posteridad en los autorizados volúmenes de los procesos jurídicos, que la autoridad eclesiástica emprende y sigue, para saber si el nombre de Antonio debe inscribirse en el catálogo de los héroes del cristianismo. Luego que aconteció la muerte de Antonio, las autoridades y el Ayuntamiento de la Nava dieron noticia de ella á su compatriota el Ilmo. Sr. Obispo de Teruel, como un acontecimiento de altísima importancia: la congregacion de la Escuela de Cristo lo participó á las demas escuelas de España, con el elogio del difunto en una estensa carta que se imprimió despues (1) el P. Antonio Guerra fué el encargado del elogio fúnebre que

(1) Esta carta escrita casi inmediatamente despues de la muerte del Venerable, se imprimió con la de 15 de Marzo de 1759, y contiene un breve compendio de su vida enriquecido con documentos y testimonios interesantes de personas respetables.

se predicó en las exequias del Venerable, elogio que se imprimió y difundió con profusion. D. Antonio Monge y D. José Miguel Petino recogieron cuidadosamente las memorias de su vida, que despues vieron la luz pública, y el Ilmo. Sr. Obispo de Valladolid escribió al Pontífice Clemente XIII para que se dignara abrir el proceso de introduccion para la causa de su beatificacion.

87. Entre tanto concurrían al sepulcro del Venerable personas de tódas clases y condiciones de todos los lugares de España, deseósas de visitarlo y de venerar su memoria con culto privado. Esparcida la voz de los prodigios obrados mediante su intercesion, mil y mil voces invocan su auxilio y proteccion, y se buscan con avidéz sus reliquias, que se conservan como tesoros inestimables. Palencia, Leon, Toledo y otras Ciudades de España hacen resonar el nombre de Bermejo. La peninsula Italiana responde á la Española, y las biografías de Antonio, traducidas al italiano, son impresas con tipos de Venecia, Roma sobre todas las demas Ciudades hace públicos en el mundo el mérito y la virtud del Siervo de Dios, y discutido con la mayor madurez la causa, un gran Pontífice, el inmortal Pio IX en el día solemnisimo de la Concepcion de Maria del año de 1860, pronuncia desde el Vaticano y ante el mundo que lo escucha reverente su solemne oráculo, en el que despues de hacer un brillante elogio de Antonio, declara ser claro y evidente que Antonio cultivó y practicó en grado heróico todas las grandes virtudes teologales y cardinales y las á ellas anejas; así es, que én el pueden reco-

nocer todos los fieles, y con la mayor seguridad, un gran héroe y un gran modelo digno de imitacion. A tanta altura de gloria elevó Dios al rústico y humilde vecino de la Nava.

CAPITULO XII.

De los milagros despues de su muerte.

88. Para aumentar la celebridad y el esplendor que acompañaron al nombre de Antonio Alonso despues de su muerte, contribuyeron los prodigios que Dios obró por invocacion suya. Los maravillosos fenómenos observados en su cadáver y referidos al fin del libro primero, mostraban ya la accion de una causa sobrenatural, y á estos se agregaron otros mas sorprendentes en favor de los que invocaron la intercesion del Siervo de Dios. Durante los 3 dias que estuvo espuesta su cuerpo en la Iglesia del Hospital, concurrió como hemos dicho antes, una extraordinaria multitud de personas con el fin de verlo y adquirir alguna reliquia; pero fueron otras muchas con la esperanza de conseguir de Dios gracias por los méritos é intercesion de su Siervo. Atestigua el cirujano D. Antonio de la Fuente, haber visto entre las personas que concurrieron, á una Sra.

baldada, que en el acto quedó buena y sana. El mismo cirujano y otros testigos narran la curacion prodigiosa de Bartolomé Vicente, vecino de la Nava, que padecia de fuertes dolores reumáticos, que le tenian postrado y privado del uso de un brazo, sin que surtieran efecto alguno los medicamentos. El piadoso cirujano aplicó al enfermo un pedazo del vestido de Antonio, excitándole á que implorase su favor ó intercesion, y habiendolo hecho así, sobrevino al enfermo un sudor copioso, que le dejó completamente sano y expedito el movimiento del brazo, pudiendo, por consiguiente, desde entonces, volver á trabajar en su oficio, cosa que no habia podido hacer durante muchos meses (1).

89. Mas estupenda y divulgada fué la curacion de Sor Maria Clara Hernandez, religiosa capuchina profesa en el monasterio de la Nava. Desde principios del año de 1757, viviendo aun el Venerable Siervo de Dios, y teniendo dicha religiosa la edad de 23 años, comenzó á padecer ciertos accidentes, que la quitaban el movimiento y las fuerzas, y concluyeron con dejarla completamente paralítica. La violencia del mal la habia incapacitado tanto, que para todo, hasta para comer, necesitaba el auxilio de otro. Los vómitos continuos y violentos hacian ineficaces todos los alimentos y medicinas, y las fuertes convulsiones que la asaltaban, la arrojaban del lecho, por lo que fué necesario poner su cama en tierra. Cerca de dos años duró este padecimiento, redu-

(1) Proc. apost. fols. 3713, 1325, 1548.

ciendo á la enferma á tal estado, que parecia la imágen de la muerte. El médico y el cirujano la consideraron incurable, despues de haber agotado todos los recursos de la ciencia y del arte. A mediados del mes de Noviembre esperaba la enferma la muerte, preparada con la recepcion de Sacramentos. En este tiempo falleció el Venerable Siervo de Dios, de cuyo cadáver, como se dijo en el libro primero, fluia sangre, que fué recogida en varios pañuelos. D. Francisco Nuñez, á quien pertenecia uno de ellos, lo llevó á la madre Maria Paula Florez, ábadesa del monasterio, la cual se acercó á la enferma y la exhortó, para que tuviera confianza en la intercesion y méritos del Venerable Siervo de Dios, por cuyo medio conseguiria la curacion de su penosa enfermedad. En seguida puso sobre la cabeza de la enferma el pañuelo lleno de sangre, diciendo:—«Señor, si conviene y si place á vuestra divina voluntad, manifestad por este medio la virtud de vuestro Siervo el hermano Antonio, de quien es esta sangre, yo os suplico concedais la salud á esta enferma.»—Eran las once de la mañana del dia 16 de Noviembre de 1758, y en aquel momento sonaba la campana que llamaba á refectorio, razon por la que, luego que la Abadesa concluyó su invocacion, se separó de la enferma, y fué á comer con las demas religiosas. Sor Maria Clara estaba interiormente suplicando y encomendándose al Venerable, cuando pocos momentos despues de haber salido la Abadesa, sintió en si una mutacion extraordinaria. Ya no la incomodaba sensacion alguna molesta ó dolorosa, ya experimentaba un vigor no

acostumbrado, ya en fin, estaba completamente sana. Se levanta con la mayor presteza, se viste, sale de su celda, se dirige á la de otra religiosa enferma y de allí á una habitacion de la enfermeria, y todo esto sin la menor dificultad. Bien hubiera podido ir al refectorio, pero la retuvo el temor de alborotar á las religiosas. La Abadesa luego que tuvo noticia del suceso, acudió con otras monjas á ver á la que habia sido objeto del prodigio, y todas juntas se dirigieron al coro para entonar un himno de gracias al Dador Sumo de todo bien. En seguida llamaron al médico, y la reciensanada salió á la porteria donde conoció la curacion prodigiosa, sobre la cual dió la declaracion en los procesos. Sor Maria Clara continuó por espacio de mucho tiempo disfrutando completa salud y siendo objeto de la admiracion de todos (1).

90. La noticia de la curacion de Sor Maria Hernandez sirvió para consolar á otra religiosa, muy jóven y tambien enferma en el monasterio de Medina del Campo, sin que pudieran curarla los auxilios de la ciencia. El feliz suceso de Sor Maria Clara movió á la Abadesa de Medina á pedir una parte de aquel pañuelo ensangrentado, que habia sido instrumento de tan prodigiosa maravilla. La Madre Superiora de las Capuchinas participó á D. Francisco Nuño la peticion de Medina, y este se encargó de remitir á la Abadesa de Medina la reliquia deseada. No quedó burlada la esperanza de la

(1) Proc Apost. fol. 4090 y siguientes.

que deseaba la reliquia, porque aplicada que fué á la enferma, adquirió en el acto la curacion, se levantó del lecho, se vistió, y se dirigió al coro con las demas religiosas, para entonar un *Te-Deum* en accion de gracias.

91. En los procesos formados para la beatificacion del V. Siervo de Dios, se habla tambien de una declaracion jurada, hecha ante un notario de Madrid, por D. José Villegas, el cual dice:—«que estando enfermo en 1767 de una fiebre aguda complicada con pleuresia, hasta el extremo de encontrarse estenuado y afligido por continuas angustias, imploró la proteccion del Venerable Bermejo, se aplicó una reliquia de su vestido y una estampa, é instantáneamente quedó sano, fuerte y libre de sus padecimientos.»—Esta declaracion fué formada por el mismo Villegas, por su mujer y por su criado, que habian sido testigos oculares del suceso, y lo tenian por milagroso (1). No fué menos admirable el de la curacion de Sor Manuela Alvarez, religiosa Benedictina en el monasterio extramuros de Alba de Tormes, Diócesis de Salamanca. Sufria ciertos accidentes diarios, que la acometian constantemente á las cinco de la tarde, privándola del sentido, en cuyo estado permanecia hasta las once del dia siguiente. Siendo inútiles todos los auxilios de la ciencia, se acudió á la intercesion del Siervo de Dios, y habiendo aplicado á la enferma un pedazo del vestido del Venerable, quedó enteramente sana. La religiosa curada tan prodigiosamente, la Superiora, del Mo-

(1) Proc. apost. fols. 3032 y 3158.

nasterio y todas las religiosas publicaron el suceso como un milagro, obrado por la intercesion del Venerable Antonio Bermejo.

92. Otras curaciones maravillosas se leen en las vidas ya publicadas del Venerable Bermejo. Refiérese de un tal Francisco Saez, natural de San Vicente del Palacio, que estando enfermo en el año de 1764, fué abandonado por los médicos, que consideraron incurable la pleuresia que padecia. Habiendolo dejado en una ocasion por muerto, le cubrieron el rostro, y se disponian á amortajarlo. El enfermo, aunque no podia moverse, ni comprendia nada de lo que con él hacian, se encomendó en su interior y con gran fé á la intercesion del V. Antonio, y en seguida, sin saber cómo, sé sintió libre del dolor agudísimo y de la fiebre mortal, prometiendo luego que recobró las fuerzas, ir á visitar el sepulcro de su venerable bienhechor, y dedicarse en su hospital al servicio de los pobres. Francisca Hernandez, vecina de Talavera, asegura, que mediante la invocacion del V. Siervo de Dios, quedó curada de dos graves indisposiciones habituales. Refiérese tambien, que en el año de 1785 fué admirablemente curada de una larga enfermedad, que los médicos no pudieron curar ni clasificar, una religiosa profesa en el monasterio de Agustinas Descalzas del partido de Gijon, en el Principado de Asturias, llamada Sor Maria Benita de los Dolores. Destrozada por horribles convulsiones, y estenuada por frecuentes sangrias propinadas por los facultativos, se encontraba en el estado mas lamentable. La religiosa tomó un pedazo de

la túnica interior del Venerable Siervo de Dios, y se lo aplicó con gran fé á la cabeza y al pecho, invocando fervorosamente el auxilio del Venerable Siervo de Dios, y rezando el Magnificat y un Padre-nuestro y Ave-Maria para mayor gloria de Dios, de su Santísima Madre y de su Venerable Siervo. No habia concluido su oracion, cuando sintió correr por las espaldas un sudor frio, que instantáneamente la dejó sana, fuerte y ágil, y empezando á gritar, decia á sus compañeras:—«*Estoy sana, estoy sana; voy á vestirme!*»—y lo hizo como lo dijo. Su compañera, como fuera de sí, se apresuró á comunicar la noticia á las demas religiosas. A poco tiempo, llegó otra religiosa, pues las demas estaban en coro, y la encontró llena de júbilo, vestida y fuera de la celda. Grande fué la alegría de la comunidad, cuando al salir del coro, vieron que estaba á la puerta la hermana enferma, curada ya de todos sus padecimientos. En seguida entró en el coro, y puesta de rodillas, cantó con las demas religiosas un solemne Te-Deum, en cuyo acto sintió correr por su cuerpo un sudor abundante, que le comunicó mayores fuerzas, librándola del último resto de los humores que le habian producido su enfermedad. Si hubiere alguno á quien esto no pareciere un milagro, al menos se verá obligado á reconocer en este hecho un suceso extraordinario y una gracia singular.

FIN.

DECLARACION.

El autor de la presente Vida declara, que en todo cuanto ha dicho y expuesto en la presente Vida, se somete á los decretos de Urbano VIII.

El traductor hace la misma declaracion.

APÉNDICE.

Celo religioso de la villa de la Nava del Rey para promover la causa de beatificacion y canonizacion del Venerable Bermejo.

El BOLETIN ECLESIASTICO de Valladolid publicó en su número de 11 de Febrero de 1860, el siguiente importan-

te artículo, escrito por el Párroco de la Nava del Rey, cuya modestia ofenderíamos con elogios.—Dice así:

La piadosa villa de la Nava del Rey, representada por una comision del Ilustre Ayuntamiento y otra del Venerable Cabildo Eclesiástico, se ocupaba con suma actividad en dar un nuevo impulso á la causa de la Beatificacion y canonizacion del V. siervo de Dios, el Hermano Antonio Alonso Bermejo, cuya causa pendiente en Roma ante la Congregacion de Sagrados Ritos, estaba paralizada desde el año de 1828.

Todo el conjunto de las circunstancias y raras coincidencias, acaecidas desde la introduccion y seguimiento de esta causa, hicieron decir al historiador de la vida del Hermano Antonio en su parte final, que no podrian explicarse sin la concurrencia visible de la proteccion Divina, que habia venido en su ayuda, atendido el particular modo de cuanto en ella se obraba y como se obraba; razon por la cual, dice el piadoso escritor, que mas de una vez habia oido de boca de los mismos Señores Jueces Apostólicos Delegados que intervinieron en los respectivos procesos «Que el mayor y mas principal milagro del Venerable Siervo de Dios era la continuacion de esta causa de su Beatificacion y la formacion de los procesos de ella.» Esta ligera observacion podrá servirnos de clave á la explicacion de ulteriores acontecimientos.

Prescindiendo por ahora del medio de que Dios se

haya valido para en esta ocasion resucitar este espediente, es lo cierto que la comision encargada de su continuacion desde los primeros pasos que dió, se halló dulcemente sorprendida con resultados muy superiores á sus deseos, por mas que estos fuesen los mayores que concebirse pudieran. En efecto, en 19 de Diciembre del mismo año de 1858, era en nuestro poder carta de Roma de fecha 9 del mismo en que se nos daba noticia circunstanciada del estado que tenia la causa, que era el en que habia quedado por los años de 1827 y 28. ¡Gracias sean dadas á Dios! porque habiendo sido renovado enteramente todo el personal que componia en aquella época la Sagrada Congregacion, hasta el último escribiente, nos conservó su Providencia y nos conserva hoy para consuelo nuestro, á un Ilustre y preclaro Español, que ya interviniera entonces en nuestra causa y hoy conoce en ella con un celo que le honra, habiendo tomado á su cargo la Postulacion. Con tan entendido guia y con los divinos auxilios tan manifiestos ahora como siempre, no dudamos nunca que coronariamos nuestra empresa con éxito glorioso. La causa habia quedado en el siguiente estado; habianse presentado por el Promotor de la Fé, nuevas *Ani-madversiones* contra las pruebas alegadas al tratar de las virtudes en grado heróico en la Congregacion *Anti-preparatoria*, y se iba preparando la llamada «Preparatoria», que no llegó á celebrarse. En este estado y habiendo fallecido tambien nuestro abogado el Sr. Amici, nos asaltó el temor de un posible extravío de

pruebas y demas documentos de su razon, pero merced al interés y celo de nuestro agente Postulador, el muy Ilustre Sr. D. Esteban Azpeitia, no sin grandes desvelos y á fuerza de investigacion y reconocimientos de papeles en varias testamentarias, pudo al fin providencialmente procurarse lo mas indispensable para poner al despacho la causa. Faltaba no obstante la defensa escrita que ó no se hizo, ó se habia estraviado, por lo que hubo necesidad de nombrar inmediatamente un Abogado defensor, que lo fué el Sr. D. Juan Sotlovía, Catedrático de Teología Dogmática en el célebre Colegio de «Propaganda Fide». Este Sr. tomó á su cargo la defensa de nuestra causa, y examinados trece volúmenes en fólío de que consta, habiéndola estudiado y trabajado en ella con toda asiduidad, ha podido terminar su defensa y las pruebas en el preciso término de diez meses, tiempo limitado para tan ímprobo trabajo. La villa ya en esta caso, otorgó nuevos poderes que legalizados en forma por nuestro Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo, fueron remitidos á Roma, y unidos que fueron á la causa se halló esta en estado de ser puesta al despacho.

Con esta preparacion, se solicitó de Su Santidad el nombramiento de un Cardenal Ponente para esta causa á que el Romano Pontífice se dignó acceder, nombrando para este cargo al Eminentísimo Sr. Cardenal Altieri Camarlengo de la Santa Iglesia Romana y señalar el dia 10 del presente mes de Enero para la celebracion de la Congregacion «Preparatória.» «Super dubió: An

»constet de Virtutibus Theologicalibus Fide, Spe et Charitate in Deum, et Proximum; necnon de Cardinalibus »Prudentia, Justitia, Fortitudo, et Temperantia earumque adnexis in gradu heróico in casu, et ad effectum de quo agitur?»

Llegamos al día 10 de Enero de 1860, interumpiendo por un momento la historia de nuestra causa que la continuaremos en su día, si Dios nos concede esa gracia, vamos á referir como se preparó esta piadosa y religiosa villa y cómo recibió la noticia de haberse celebrado en Roma la Congregacion «Preparatoria» el citado día 10 de Enero.

Con la debida anticipacion se anunció al público la funcion religiosa de circunstancias que tendrá lugar, segun costumbre, de exponer á su Divina Magestad Sacramentado á la veneracion, de los fieles durante las horas de la Sagrada Congregacion, que suele ser de nueve á doce de la mañana. Nuestro Postulador tambien lo haria en Roma de nuestra cuenta en una Iglesia particular.

Tambien á nuestra súplica, nuestro dignísimo Prelado el Excelentísimo é Illmo. Sr. Arzobispo, en su comunicacion del 24 de Diciembre, habia concedido ochenta dias de indulgencia á todos los fieles de uno y otro sexo que visitando á su Divina Magestad Sacramentado pidiesen á Dios por que asistiera con las luces de su Divino Espíritu al Emmo. Cardenal Ponente y demas individuos de la Sagrada Congregacion.

Así dispuesto, los fieles acudieron para mejor a-

provecharse de estas gracias, á santificarse con la recepcion de los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión, que desde las primeras horas de la mañana del dia 10 de Enero, se les administraba en la parroquia y en el Convento de las Madres Capuchinas. Esta venerable y Santa Comunidad, tambien ofreció aquel dia la Sagrada Comunión con el mismo piadoso objeto. Los hermanos de la Escuela de Cristo así lo verificaron tambien por su fundador el Hermano Antonio.

A las nueve de la mañana las espaciosas naves del suntuoso templo de la Parroquia, se hallaban ya ocupadas por un inmenso concurso que no permitia mas paso franco, que por el de la valla que forma la verja de hierro, desde el coro á la capilla mayor, que poco despues fué tambien ocupado por la Corporacion municipal y convidados que se colocaron en su puesto. Se cantó en seguida á toda orquesta, una solemnisima Misa, y quedó espuesta Su Divina Magestad hasta las doce. Durante estas horas hicieron constantemente la vela al Santísimo Sacramento, de mandato del Sr. Vicario de Medina, cuatro eclesiásticos de sobrepelliz. El Ilustre Ayuntamiento, á la cabeza sus alcaldes, alternaron tambien de cuatro en cuatro, con ademas otros cuatro hermanos de la Venerable Órden Tercera de San Francisco, á que perteneció, y cuyo hábito vistió siempre el Hermano Antonio. Todos los Señores que hacian la guardia tenian achas de cera en mano, lo cual contribuyó sobremanera á dar á la funcion un aspecto á la vez que religioso, imponente, magestuoso y devoto.

El altar magníficamente adornado é iluminado. La capilla de música, hizo tres visitas al Santísimo, cantando á intervalos villancicos é himnos propios, concluyendo á las doce con el correspondiente á la reserva. En la Iglesia del Hospital de S. Miguel, fundación del Venerable hubo tambien misa, manifiesto y vela por los hermanos de la Santa Escuela de Cristo, y en todas las escuelas de España con quien la nuestrá se comunica.

En el Convento de las Capuchinas, hoy bajo la direccion del R. P. Fr. Paulino Portillo, se celebró misa solemne con Ministros, cantada por las religiosas: durante la esposicion permanecieron estas en el coro haciendo la guardia. El P. Fr. Paulino desde el púlpito ejerció á la numerosa concurrencia, con oraciones y otros fervorosos afectos á Jesus Sacramentado, á su Sagrado Corazon y sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo, cuyas devociones ha establecido con grande aprovechamiento y edificacion de les fieles.

Asi puede decirse que como la mañana terminó el dia, que los artesanos y muchos obreros del campo celebrasen santamente, con toda la poblacion que vistió de gala como en otra solemnidad cualquiera de las que celebra nuestra Santa Madre la Iglesia.

Corrian los dias sin que nadie creyese posible el recibir noticia de la Capital del mundo cristiano, de si se habia ó no verificado la anunciada Congregacion por lo ménos hasta al dia 20. Pero Dios dispuso otra cosa. ¡Estraña coincidencia! ¡agradable sorpresa! El Herma-

no Antonio nació el 17 de Enero año de 1678, y en el día 17 de Enero de 1860 recibimos nosotros, para recordar el día de su natalicio, una noticia importante relativa á su Beatificación por la que estamos tan interesados. A las seis de la tarde de este día por el correo ordinario, recibimos carta de nuestro encargado en Roma fechada el día 10, en que nos da la enhorabuena por haberse celebrado en la mañana de aquel día, como estaba anunciado, la *Congregacion Preparatoria* ante la de Sagrados Ritos, reunida para tratar de las virtudes en grado heróico, en la causa de Beatificación de nuestro Venerable el Hermano Antonio Alonso Bermejo.

Respetamos mucho á Roma y no nos hemos propuesto prejuzgar cuestion alguna, y mucho menos cabe en nosotros siquiera la idea de sorprender á tan sagrado tribunal en el secreto de sus reservadas previsiones, que de corazon acatamos y veneramos. Esperamos en Dios que en su día, un fallo favorable en nuestra santa causa, habrá de coronar nuestra empresa. Mientras tanto, séanos permitido manifestar nuestro júbilo por ver en este acontecimiento un paso mas dado en la marcha lenta con que se procede en asuntos de este género. La villa que fué pátria del Siervo de Dios Alonso Bermejo ha recibido esta noticia con demostraciones de cristiano regocijo y santa alegría.

Un repique general de campanas y algunos voladores fueron bastantes para que el pueblo se apercibiera inmediatamente de lo que pasaba, comprendió per-

fectamente la señal, y contestó la poblacion entera con una iluminacion general. El Cabildo Eclesiástico y el Ayuntamiento iluminaron tambien sus galerías de balcones, desde donde se despidieron multitud de fuegos y voladores de variadas luces, que parecia querer llevar la noticia á remotas regiones, como si las virtudes de nuestro Venerable paisano no fuesen bien conocidas en casi todas las provincias de España. Las salvas de toda clase de armas de fuego suplían en las casas de los particulares la falta de fuegos, de que solo las corporaciones se habian provisto con toda anticipacion, y las estrepitosas detonaciones nos hacian recordar el simulacro de un gran combate.

Era en extremo sorprendente el aspecto que ofrecia la villa, iluminadas las fachadas de las casas con vistosos faroles, habia por complemento delante de cada portada una gran hoguera, que enlazada la del rico con la del pobre formaban dos grandes fojas de fuego, que se dilataban en toda la estension de las espaciosas y bien alineadas calles de esta poblacion. En varias casas particulares adornaban su iluminacion con magníficos retratos del Hermano Antonio que representaban las principales escenas de su vida, siempre ocupado en actos de acendrada caridad hácia el prójimo.

Pasados los primeros momentos de religioso entusiasmo, reunidas las corporaciones Municipal y Eclesiástica, acordaron una solemnidad en accion de gracias al Todopoderoso por tan dichoso acontecimiento.

Nuestro dignísimo Prelado el Excmo. é Illmo. Señor

Arzobispo, en su piadosa comunicacion de 22 del que rige, ha hecho un nuevo llamamiento á la religiosidad de este vecindario, con el objeto de instar con la misma actividad y celo para la prosecucion de la causa hasta su terminacion. Esta indicacion ha sido recibida con la debida sumision y respetuoso entusiasmo, y á ella nos proponemos corresponder como la mejor prueba de homenaje y gratitud que tributar pudieramos á este Excelentísimo é Illmo. Sr. que tanto nos ha distinguido con el interés religioso y santo celo que ha manifestado por nuestra santa empresa.

Se han despachado nuevas instancias á la Côte de Roma para la continuacion de la causa hasta su terminacion y esperamos con gran confianza en la Providencia Divina que Dios abreviará los dias de amargura porque esta pasando nuestro bondadoso Pontífice Pio IX, para bien de nuestra causa y la de la Iglesia Católica.

Nava del Rey á 27 de Enero de 1860.—Agustin Guerras.

El Clero, Ayuntamiento y fieles de la Nava del Rey tuvieron la dicha de ver premiados sus esfuerzos, y coronado su celo religioso con el siguiente Decreto, que es un presagio feliz de que llegará el día, en que la Nava del Rey venera en sus altares á un hijo suyo.

DECRETUM

VÁLLISOLETANA

BEATIFICATIONIS ET CANONIZATIONIS

VEN. SERVI DEI

ANTONII ALONSI BERMEJO,

FUNDATORIS NOSOCOMII SANCTI MICHAELIS ARCHANGELI OPPIDI DE LA NAVA DEL REY.

SUPER DUBIO.

An constet de Virtutibus Theologicalibus, Fide, Spe et Charitate in Deum et Proximum, nec non de Cardinalibus, Prudentia, Justitia, Fortitudine et Temperantia in gradu heroico in casu, et ad effectum de quo agitur.

Dum filii hujus saeculi saecundum desideria sua ambulantes in impietatibus, ac radicem omnium malorum

cupiditatem appetentes errant a fide, omnique sprete dominatione, libertatem promittunt, cum ipsi servi sint corruptionis: Deus filiis lucis, ne carnali hac philosophia decipiantur novum in Venerabili Servo suo ANTONIO ALONSO BERMEJO exemplum exhibet perfectae illius libertatis, qua Christus nos liberavit. Ortus enim Venerabilis ANTONIUS anno MDCLXXVIII, in oppido *De la Nava del Rey* Vallisoletanae Dioecesis, atque octuagenario major viam universae carnis ingressus, cum ad laicam vitam in saeculo agendam divinitus fuisset vocatus, in id unum ab infantia ad extremam usque canitiem incubuit, ut fugiens ejus. quae in mundo est, concupiscentiae corruptionem, in legem perfectam libertatis perspiceret, et permaneret in ea. Hinc sobrie, et juste, et pie vivens in hoc saeculo tanta semper morum innocentia enituit, ut candidam, quam in Baptismate accepit vestem, immaculatam pertulerit ante tribunal Christi. Hinc, quae retro sunt obliviscent, ad ea vero, quae priora sunt, jugiter extendens seipsum, adeo admirabiles in corde suo adensiones disposuit, ut, maxime arduo emisso voto id semper efficiendi quod perfectius esse intelligeret, fideliter illud ad ultimum usque vitae spiritum fuerit executus. Hinc denique omnia detrimentum esse existimans propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini Nostri quae mundus appetit eousque despexit. ut non satis habuerit amplissimum patrimonium suum in aegrotis subveniendis totum conferre, egenus factus pro Christo cum esse dives, sed seipsum quoque voluerit illorum famulatu mancipare, atque id humili inservientium gradu cons-

titutus vilissima quaeque officia diuturno quinquaginta annorum spatio iisdem exhibuerit.

Tot tantisque claras virtutibus cum Ven. ANTONIUS anno MDCCLVIII, decessisset, fama sanctitatis ejus, quae praetergressa sepulchrum longe lateque apud hispanos percrebuerat, Summum Pontificem sa. me. Clementem XIII. Anno MDCCLXIV induxit ad comisionem causae de Ejus Beatificatione et Canonizatione propria Manu signanda.

Praemissis posthac, riteque absolutis actis omnibus ad hoc expediandum causarum genus ab Apostolica Sede praescriptis, quaestio de heroicis Ven. ANTONII Virtutibus, quam notissimae totius Europae vicissitudinis institui antea non permiserant, agitari tandem potuit anno MDCCCXIX. in Congregatione *Antepreparatoria* habita IX Kalendas Decembris in aedibus cl. me. Cardinalis Bardaxy tum causae Relatoris. Post hanc Congregationem cum rursus ob temporum injuriam, ac miserrimas Hispanici Regni perturbationes diu Causa siluisset, alteri de virtutibus disquisitioni locus esse non potuit usque ad praesentem anuum MDCCCLX. quo curis et studio concivium Venerabilis Servi Dei causa ipsa ad novam veluti vitam excitata ac revocata fuit. Pontificia itaque auctoritate in causae Relatorem electo Rmi. Cardinali Ludovico Altieri quaestio de Virtutibus discussa denuo fuit in coetu *Praeparatorio* celebrato IV. Idus Jan. hujusce anni MDCCCLX in Palatio Apostolico Vaticano. Succesit tandem *Generalis* conventus hoc pariter anno MDCCCLX, coram Sanctissimo Domino Nostro Pio Papa IX. in Palatio

Vaticano actus III. Idus Septembris, ubi cum idem Rmus. Cardinalis Altieri Dabium proposuisset «*An constet de Virtutibus Theologicalibus, Fide, Spe et Charitate in Deum et Proximum; nec non de Cardinalibus, Prudentia, Justitia, Fortitudine et Temperantia. earumque adnexis in gradu heroico in casu, et ad effectum, de quo agitur?*» singuli tum Rmi. Cardinales sacris tuendis Ecclesiae Ritibus praepositi, tum Patres Consultores suum ex ordine votum aperuerunt.

Omnibus auditis, Sanctissimus Dominus Noster suam statim noluit declarare sententiam, sed spatium ad deliberandum sumpsit admonens in negotio gravissimo coelestis consilii spiritum á Patre luminum interim esse possendum.

Re autem mature secum perpensa, fervidisque precibus iteratis, supremum suum iudicium hac die, qua Immaculatae Deiparae Conceptioni plaudit Ecclesia, proferre constituit Eucharistico itaque Sacrificio piissime celebrato, cum in Sixtino Sacello ad Vaticanum Sacro circumdatus Patrum Cardinalium Collegio Pontificali Missae solemniter adstitisset, eo advocari praecepit Rmos. cardinales Constantinum Patrizi Episcopum Albanensem Sacrorum Rituum Congregationis Praefectum, ac Ludovicum Altieri causae relatores una cum R. P. Andrea M.^a Frattini Sanctae Fidei Promotore, meque subscripto Sacrorum Rituum congregationis secretario, iisque adstantibus declaravit «*Constare de virtutibus Theologicalibus, »Fide, Spe, et Charitate in Deum et proximum: ac de »cardinalibus, Prudentia, Justitia, Fortitudine, et Tempe-*

»rancia, earumque adnexis V. Servi Dei ANTONII ALONSI
»BERMEJO in gradu heroico in casu, et ad effectum, de quo
agitur.»

Hoc autem Decretum publici juris fieri, et in acta
Sacrorum Rituum Congregationis referri mandavit. VI
Idus Decembris MDCCCLX.

C. Episcopus Albanensis CARD. PATRIZI.

S. R. C. Praefectus.

Loco†sigilli

H. Capalti S. R. C. Secretarius.

ENTUSIASMO RELIGIOSO CON QUE LA NAVA DEL
REY SOLEMNIZÓ LA PROMULGACION DEL ANTERIOR DECRETO

Boletín oficial Ecco. de Valladolid sábado 26 de Enero 1861.

El día 8 de Diciembre de 1861 consagrado á celebrar la Inmaculada Concepcion de la Virgen, la Santidad del Papa Pio, IX, en la Capilla Sixtina del Vaticano. rodeado del Sacro Colegio de Cardenales, de los Patriarcas, Arzobispo y Obispos asistentes al Sólío, de todas las Dignidades eclesiásticas y seculares, que tienen lugar en las funciones pontificias. y de un numerosísimo concurso de personajes de la mayor distincion, asi nacionales como extranjero, se dignó publicar el decreto de aprobacion de las virtudes del Venerable Siervo de Dios Antonio Alonso Bermejo, en grado heroico.

La noticia oficial de tan fausto acontecimiento se recibió en esta Villa el día 18 del mismo Diciembre, por lo que se dispuso un repique general de campanas y una espontánea iluminacion que todo el vecindario, lleno de regocijo, puso en aquella noche. Reunida despues la Comision que entien - de en la contínuacion de esta causa, y puesta de acuerdo con las Corporaciones eclesiastica y civil, acordaron celebrar una solemne funcion en accion de gracias al Altísimo para el dia 17 del corriente Enero, como cumpleaños del Venerable Antonio. á los 183 de su feliz natalicio. En su virtud el Dia 16 á las doce de su mañana, el toque de relox suelto, con un repique general de campana, y el disparo de algunos voladores vinieron á anunciar á este pueblo, ya impaciente y alborozado. la proximidad de una gran solemnidad religiosa, repitiéndose dicha señal al toque de oraciones, y al de las á - nimas. A la mañana siguiente bien de madrugada, las espaciosa - sas naves de templo se hallaban enteramente ocupadas, no solo por los vecinos de esta Villa, sino por multitud de forasteros de los pueblos comarcanos, interesados tambien en la gloria del humilde Siervo cuya caridad se hizo estensiva á todo este pais. Rica y lujosamente decorada la Iglesia llamaba la atencion del numeroso concurso un vistoso y sencillo monumento de forma piramidal, levantado muy oportunamente sobre la tumba del Hermano Antonio, cuyo sitio se ignoraba por muchos. Ostentaba este monumento multitud de flores y coronas alegóricas á las virtudes con las siguientes inscripciones en verso para cada una de las coronas.

Tu Fé, ó Bermejo. firme y reverente,
no obstante mil horribles tentaciones,
siempre te hizo mirar á Dios presente.

Jamas alteracion sufrio ó mudanza,
aunque el infierno entero combatiola,
de Alonso la firmisima Esperanza.

Tu Caridad, ¡oh Antonio! ardió en el suelo;
un *Hospital* se vió á sus resplandores,
y á ti, abrasado en él, subir al Cielo.

Por su altísima Prudencia
el Angel del buen consejo,
le acreditó la experiencia.

Resplandeció en la aspereza
de una vida penitente
de Antonio la Fortaleza.

Fué la virtud cardinal
de la Justicia en Antonio,
para todos siempre igual.

Negóse con gran pujanza
aun á los gastos mas lícitos
por conservar la Templanza.

La vasa de la pirámide tenia el siguiente.

SONETO.

Ese que veis sencillo monumento,
De guirnaldas y flores laureado,
A la memoria ha sido levantado,
(Como señal de justo acatamiento)
De aquel que bajo el frio pavimento
Recibe hoy á este Pueblo entusiasmado
De aquel á quien la Iglesia ha proclamado
De heroicas virtudes gran portento.

Venid. Pueblos, venid; y la rodilla
Doblad ante la tumba, respetuosos,
Del que va á ser la gloria de esta Villa;
Del que hoy sus compatriotas generosos,
Aclaman Protector de sus hogares;
Del que han de ver muy pronto en los altares.

Por último la pila baustimal estaba lujosamente adornada de terciopelo carmesi con franjas de oro, y leíase en ella la siguiente inscripción:

Aquí el Hermano Antonio fué lavado.
y limpio de la culpa original
hoy se encuentra en el cielo coronado;
pues de *heroicas virtudes* fiel dechado,
¡amas perdió la gracia baustimal.

Reunidos oportunamente en las Casas Consistoriales, el Ayuntamiento y demás Autoridades y Corporaciones de la Villa, se trasladaron á las 10 en punto á la Iglesia parroquial en donde fueron recibidos, segun fuero y costumbre, por el Cabildo eclesiástico pasando á ocupar los asientos designados. Acto seguido dióse principio á la función con la exposición del Santísimo Sacramento y lectura solemne del Decreto Pontificio origen de esta solemnidad, que hizo desde el púlpito uno de los Señores Presbíteros Beneficiados; dejando despues dicho Decreto y demás sumarios de la causa colocados junto al altar en un magnífico atril de plata. Concluida su lectura, el Sr. Dean de Orense, electo de la de Santiago, entonó con toda magestad el cántico *Te-Deum* en accion de gracias, que fué continuado por la numerosa capilla compuesta de la orquesta del pueblo, parte de la capilla de la Catedral de Valladolid y algunos músicos de Medina. Siguióse el Santo Sacrificio de la Misa, oficiando el expresado Sr. Dean con asistencia de de ventitantos Señores Eclesiásticos, á cuyo solemne acto daban gran realce el magestuoso porte del oficiante, las magníficas vestiduras de los Ministros y riquísimos ornamentos del altar. Concluido de cantar el Evangelio subió á ocupar la cátedra del Espiritusanto el Sr; Dr. D. Juan González, Dignidad de Chantre de la Metropolitana Iglesia de Vallado-

lid y Predicador de S. M.; quien, con el mayor desinterés y generosidad, habia aceptado, para cuando llegase este dia, la invitacion que oportunamente le hiciera la Comision, que entiende en la continuacion de la causa, en que tanta parte tiene este mismo Señor. Inútil creo detenerme á manifestar el maravilloso efecto que la divina palabra, salida de tan autorizados lábios, produjo en el religioso auditorio: en todos los semblantes se reflejaba el piadoso entusiasmo de que sin duda sentiase tocados los corazones de todos sin que en mas de siete cuartos de hora que duró el discurso, se notase la menor señal de cansancio. Al empezar su discurso, anunció la concesion de ochenta dias de indulgencia para cada uno de los tres actos de asistir al Santo Sacrificio, oir devotamente el sermon y rezar una estacion al Santisimo, que nuestro Excmo. y amantísimo Prelado hacia como prenda de su pastoral solicitud y de los santos deseos que le animan por el triunfo de la causa empezada. Las dos y cuarto eran ya cuando concluyose el Santo Sacrificio y empezó á retirarse la numerosa concurrencia que llenaba el templo todo.

El ilustre Ayuntamiento y demas Corporaciones acompañaron al Señor Orador y Sr. Dean á las Salas Capitulares donde se les obsequió á la hora conveniente con un ligero refresco, prevenido y costado por el Cabildo y Ayuntamiento, como debil muestra de gratitud y respeto: siendo de admirar el buen gusto y disposicion de las mesas y la cordialidad y regocijo de los convidados. A su despedida así el Sr. Chantre como el Sr. Dean tuvieron la amabilidad de dirigir su autorizada palabra, exhortando á las corporaciones á la continuacion hasta su feliz término, de una causa en que tanta gloria ha de alcanzar, no solo esta villa, sino la provincia y aun España toda. A estas afectuosas exhortaciones siguiéronse las mas espontáneas y satisfactorias promesas; ocurriéndose allí mismo mil medios y arbitrios, á cual mas generosos, para su realizacion y subvenir á los muchos gastos que aun son con-

siguientes. Concluido este acto se les acompañó hasta la casa habitacion en que dichos señores se hallaban hospedados.

A la hora en que esto pasaba, lucia una vistosa iluminacion general: ostentandose en las principales casas, como señal de religioso entusiasmo, el retrato del Venerable Siervo de Dios, pero mas especialmente en el ayuntamiento, cuya fachada, iluminada de gas dejaba ver tambien en su centro, y bajo un rico dosel de damasco carmesi, un magnifico retrato del Hermano Antonio, en tamaño natural. Innumerables voladores de colores varios, cruzando la atmósfera en las sombras de la noche, vinieron a aumentar el regocijo general del inmenso concurso que por do quiera discurría, para tomar parte en las públicas fiestas. ¡Ah cuántas y cuán importantes reflexiones no se presta la solemnidad que me ocupa hasta en sus mas insignificantes episodios! ¡Ver á un Pueblo á quien la Divina Providencia favorece, bendiciendo constantemente sus frutos, ver á este Pueblo repito que en medio de su prosperidad material, no se olvida de los goces del espiritu ni se desdeña en pleno Siglo XIX, en este siglo de tanto por ciento de correr ansioso en busca de glorias, que no sean las del vil interés, sabedor de que no solo de pan vive el hombre y de que no están reñidos, en el buen sentido de la palabra, los intereses temporales y los eternos!.

Para concluir diré que á los dos días despues de la fiesse ha repartido con profusion en el Pueblo el discurso pronunciado por dicho Señor Chantre, en cuya impresion no consintió sino despues de reiteradas instancias de la Comision y aprobacion explicita de su dignisimo Prelado; siendo recibidos con particular aprecio todos los ejemplares, igualmente que los del Decreto pontificio que tambien se ha impreso.

Nava del Rey 22 de Enero de 1864.—A. G.

INDICE.

DEDICATORIA.

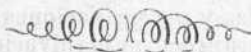
Prólogo del Autor.

LIBRO I.

	<u>Páginas.</u>	
CAPITULO I.	Nacimiento é infancia del Ven. Siervo de Dios.	
CAP. II.	Adolescencia del Ven. Siervo de Dios. hasta el fallecimiento de sus padres .	6
CAP. III.	Desde la muerte de los padres del Siervo de Dios hasta la fundacion del Hospital de S. Miguel.	12
CAP. IV.	De la fundacion del Hospital de S. Miguel y de la donacion universal que en favor suyo hizo de sus bienes el Venerable Siervo de Dios.	18
CAP. V.	Del oficio que tomó á su cargo el Venerable Siervo de Dios en el Hospital que fundó .	26
CAP. VI.	Ejercicios de piedad practicados por el V. Antonio en el Hospital de S. Miguel.	33
CAP. VII.	De los votos que hizo el V. siervo de Dios y de la exactitud con que los cumplió.	44
CAP. VIII.	Ereccion de las Hermandades de la Sta. Escuela de Cristo y de la Virgen del Carmen.	50
CAP. IX.	De otras obras de Antonio para procurar en su patria la santificacion de las almas .	56
CAP. X.	Salidas y peregrinaciones del V. Antonio para procurar la salvacion de las almas.	63
CAP. XI.	Persecuciones y malos tratamientos sufridos por el V. Siervo de Dios al propagar las prácticas de devocion .	74
CAP. XII.	Ultima enfermedad y muerte del V. Antonio.	80
CAP. XIII.	Honores tributados al V. Siervo de Dios despues de su fallecimiento.	87

LIBRO II.

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO I.	Fé heróica del V. Bermejo.
CAP. II.	De la Esperanza del mismo. 104
CAP. III.	De su amor á Dios 109
CAP. IV.	Su amor al prójimo 120
CAP. V.	De la prudencia del V. Antonio 126
CAP. VI.	De su justicia. 131
CAP. VII	De la templanza y mortificacion del V. An- tonio. 135
CAP. VIII.	De su fortaleza 144
CAP. IX.	De la humildad del V. Bermejo 146
CAP. X.	De los dones sobrenaturales del V. Anto- nio 151
CAP. XI.	De la fama de santidad del V. Siervo de Dios en vida y despues de su muerte. 166
CAP. XII.	De los milagros despues de su muerte . 172
APÉNDICE.	Celo religioso de la villa de la Nava del Rey para promover la causa de Beatifi- cacion y Canonizacion del V. Siervo de Dios. 179
Decreto de Su Santidad. 189
Entusiasmo religioso de la villa de la Nava del Rey para solemnizar la promulgacion del anterior decreto. . 193	



EL GOBIERNO MONARQUICO,
Ó SEA EL LIBRO
DE REGIMINE PRINCIPUM,

ESCRITO
POR STO. TOMÁS DE AQUINO
Testo latino y traducion castellana
POR DON LEON CARBONERO Y SOL.

La obra ya impresa consta de un tomo de mas de 500 págs.
edicion magnífica: se vende á 20 reales franca de porte.
Los pedidos á D. Leon Carbonero y Sol Director de *La Cruz* en SEVILLA.

COMPENDIO DE TEOLOGIA
O
BREVIS SUMMA DE FIDE,

escrito por Sto. Tomás de Aquino.
TESTO LATINO Y TRADUCCION CASTELLANA
POR D. LEON CARBONERO Y SOL,
Director de LA CRUZ.

Termmada la impresion de esta importantísima obra, ha sido ya remitida á los Sres. Suscritores.

La obra se vende á 26 rs. y se remitirá al que la pida á D. Leon Carbonero y Sol, Director de LA CRUZ — SEVILLA.

OPÚSCULOS DE SANTO TOMAS DE AQUINO *sobre vicios y virtudes, modo de confesarse y el adorable Sacramento de la Eucaristia*, testo latino y traducion castellana. Está en prensa esta obra que constará de un tomo en 4.º y se venderá á 24 reales en rústica.

2.ª EDICION DEL DICCIONARIO DE DECRETOS DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS con un apéndice estenso. Se admiten suscripciones á esta obra al precio de 6 reales cada entrega.

PRIMERA EDICION
DE LA COLECCION COMPLETA
DE TODAS LAS CONFERENCIAS

PREDICADAS

*en Ntra. Sra. de Paris por el P. Félix
desde 1856.*

La justa y universal celebridad que han adquirido las Conferencias predicadas en Paris por el gran orador del siglo, el eminente P. Félix, y los deseos manifestados por gran número de personas de poseer una coleccion completa, de que hasta hoy carecemos, son causas que nos han impulsado á hacer una edicion de todas las Conferencias del P. Felix, desde la primera que predicó en 1856, con la biografia y un prologo del autor.

Esta edicion se hace por años separados en 4.^o español y forma igual á las ya publicadas, con foliacion separada por la LA ESPERANZA, LA REGENERACION, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y LA CRUZ, con el fin de que los Sres. que ya poseen las publicadas por estos periódicos desde 1860, puedan formar coleccion completa, tomando las anteriores.

El precio de suscripcion es el de 6 reales por las Conferencias de cada año.

Los Sres. suscritores que deseen adquirirlas, pueden dirigirse á D. Leon Carbonero y Sol, Director de La Cruz, SEVILLA, remitiendo libranza sobre tesoreria de Provincia.

